

TEORÍA GENERAL DE LA MEDIACIÓN INTERLINGÜE

Sergio Viaggio

MG
MONOGRAFÍAS

PUBLICACIONES
Universidad de Alicante

TEORÍA GENERAL DE LA MEDIACIÓN INTERLINGÜE

SERGIO VIAGGIO

TEORÍA GENERAL
DE LA MEDIACIÓN INTERLINGÜE

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Publicaciones de la Universidad de Alicante
Campus de San Vicente s/n
03690 San Vicente del Raspeig
Publicaciones@ua.es
<http://publicaciones.ua.es>
Teléfono: 965903480
Fax: 965909445

© Sergio Viaggio
© de la presente edición: Universidad de Alicante

ISBN: 84-7908-783-8
ISBN eBook: 978-84-9717-068-0

Diseño de portada: candela + alenda
Corrección de pruebas: Rafael Ferrer Sarió

Composición:
 Espagrafic

Impresión:
Publidisa

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información, ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etcétera–, sin el permiso previo de los titulares de la propiedad intelectual.

A MARIANO, MI MAESTRO

*A León,
que me enseñó todo lo que sé acerca de la vida*

*Y a la memoria de Danica,
que no podrá leer este libro que tanto le debe*

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
---------------	----

PRIMERA PARTE: LA TEORÍA Y EL MODELO

LOS PRECURSORES	15
INTRODUCCIÓN	15
TRADUCIR ES, EN EFECTO, HABLAR PARA REDECIR LO DICHO EN OTRA LENGUA, PERO ESO NO BASTA	35

CAPÍTULO I

HABLA, COMUNICACIÓN, TRADUCCIÓN Y MEDIACIÓN	37
POR QUÉ ME PARECE PRECISO DESARROLLAR EL MODELO LANDIANO	37
TRADUCCIÓN Y MEDIACIÓN INTERLINGÜE	47
LA TEORÍA DE LA PERTINENCIA DESARROLLADA	50
ALGUNAS CONSIDERACIONES ADICIONALES SOBRE LA SIMILITUD Y LA IDENTIDAD ..	53
PENSAR PARA HABLAR	60
EL FETICHISMO DE LA REPRESENTACIÓN SEMÁNTICA	63
EL OBJETO DE LA PERCEPCIÓN HABLÍSTICA	66
UN EJEMPLO TRIVIAL	69
MÍ DESARROLLO DE LOS MODELOS LANDIANOS	71
LOS REQUISITOS DE LA PERCEPCIÓN HABLÍSTICA	78

UNA DISTINCIÓN MÁS PRECISA ENTRE SIGNIFICADO Y SENTIDO, CONTEXTO Y SITUACIÓN	83
<i>Un enunciado</i>	85
<i>Más acá del enunciado</i>	86
<i>El enunciado</i>	89
<i>En torno al enunciado</i>	93
<i>Del otro lado del enunciado</i>	97
LA ARTICULACIÓN DEL ACTO DE HABLA	99
LA ASIMETRÍA ENTRE PODER Y QUERER DECIR Y PODER Y QUERER COMPRENDER ..	102
UN EJEMPLO NO TRIVIAL: LA LAMENTABLE HISTORIA DE DEREK BENTLEY	105
CONSECUENCIAS PRÁCTICAS PARA LOS MEDIADORES	109
QUÉ ES, PUES, ‘TRADUCIR’	114
UNA NUEVA DEFINICIÓN DE EQUIVALENCIA Y ADECUACIÓN	125
LA LIBERTAD DEONTOLÓGICAMENTE RESPONSABLE DEL MEDIADOR	127
UNA PUERTA ABIERTA A LA INVESTIGACIÓN	128

CAPÍTULO II

LA ESPECIFICIDAD DE LA MEDIACIÓN INTERLINGÜE	131
NO TODO LO QUE LOS TRADUCTORES HACEN ES TRADUCIR	131
LA TRADUCCIÓN COMO MODALIDAD DE LA MEDIACIÓN INTERLINGÜE	136
LA MEDIACIÓN INTERLINGÜE COMO ALGO MÁS, ALGO MENOS Y OTRA COSA QUE TRADUCCIÓN	144
CARA, TIPOS DE MEDIACIÓN Y PODER	148
‘LARGO AL FACTOTUM DELLA CITTÀ!’	154
EL MODELO DE LA MEDIACIÓN INTERLINGÜE	158
EL INTERÉS AFECTIVO: COMBUSTIBLE DEL MOTOR COGNITIVO	162

CAPÍTULO III

LA CALIDAD: LA CUESTIÓN DECISIVA QUE LOS ESTUDIOS DESCRIPTIVOS NO PUEDEN NI ABORDAR	166
LAS LIMITACIONES DEL DESCRIPTIVISMO ANTISÉPTICO	166
EL ABISMO ENTRE LAS NORMAS PROFESIONALES Y DE EXPECTATIVA	173
LA CALIDAD EN LA MEDIACIÓN INTERLINGÜE	178

SEGUNDA PARTE: EL MODELO APLICADO

CAPÍTULO IV

LA MEDIACIÓN ORAL	187
LA PRIMACÍA ONTOLÓGICA DE LA ORALIDAD	187
EL MODELO DE LA MEDIACIÓN ORAL	189
TAMBIÉN LOS ‘TEXTOS’ ORALES PUEDEN SER INSTRUMENTALES O DOCUMENTALES	193
MODALIDADES DE LA INTERPRETACIÓN	195
<i>La interpretación dialógica</i>	195
<i>La interpretación consecutiva</i>	198
<i>La interpretación simultánea</i>	201
LA PRESENCIA FÍSICA DEL INTÉRPRETE EN TODA SUERTE DE SITUACIONES	209
ALGUNAS SITUACIONES SOCIALES ARQUETÍPICAS	211
<i>La interpretación judicial</i>	211
<i>La interpretación médica</i>	213
<i>La interpretación de conferencia</i>	216
<i>La interpretación simultánea mediática</i>	224
LA INTERPRETACIÓN EN LENGUAS GESTUALES Y TÁCTILES	230
EL MODELO AUSTRALIANO, CAMINO SENSATO HACIA EL FUTURO	231
EL HUECO ABISAL EN LA CAPACITACIÓN DE INTÉRPRETES	232
‘POST SCRIPTUM’: UN CASO PARADIGMÁTICO	233

CAPÍTULO V

LA MEDIACIÓN ESCRITA	235
UN ACTO CONTRA NATURA	235
EL MODELO DE LA MEDIACIÓN ESCRITA	238
LA APLICACIÓN DEL MODELO	239
<i>La traducción como mediación pasiva</i>	239
<i>La traducción como mediación activa</i>	275
LA DIFERENCIA ENTRE LA ORALIDAD Y LA TEXTUALIDAD	286
EL MODELO DE LA TRADUCCIÓN AUTOMÁTICA	296
UNA GIRA INFORMAL POR EL ESPINOSO PROBLEMA DE LA UNIDAD DE TRADUCCIÓN	298

CAPÍTULO VI	
LA MADRE DEL BORREGO: LA TRADUCCIÓN LITERARIA	301
EL HABLA LITERARIA	302
<i>La forma en literatura</i>	309
<i>Las restricciones formales</i>	318
LA APLICACIÓN PRÁCTICA DEL MODELO	323
<i>El señuelo de la obsesión semántica</i>	345
<i>El error en traducción literaria</i>	349
UN POCO DE PUSHKIN	354
<i>El despiste genial de Nabókov</i>	355
<i>‘¡Habeas corpus!’</i>	365
<i>Más Pushkin</i>	427
<i>Nabókov redimido</i>	440
DIFERENCIAS INSUPERABLES	445
<i>Metamorfosis de un poema</i>	454
<i>Un caso límite</i>	460
CONCLUSIÓN	471
BIBLIOGRAFÍA	475

PRÓLOGO

Este libro es producto de una larga reflexión basada en la práctica cotidiana de la traducción y la interpretación simultánea, y de la enseñanza de ambas.

Sus antecedentes inmediatos son la teoría de la pertinencia, la skopostheorie, el modelo de Lvóvskaya y, fundamentalmente, la teoría y el modelo del acto de habla de García Landa. Gracias a la revolucionaria concepción landiana del habla como proceso perceptual he comprendido que la mediación interlingüe y su subtipo, la traducción, consisten no en lograr una determinada relación entre «textos» o «enunciados» sino una relación determinada entre lo que el locutor original quiere hacer comprender y lo que el interlocutor del mediador finalmente comprende. La relación que cuenta, pues, no se da entre cadenas de signos lingüísticos, sino entre representaciones mentales.

Que yo sepa, es algo que, al menos con respecto a la traducción, no se había dicho antes de García Landa ni, hasta ahora, respecto de la mediación (monolingüe o interlingüe). Desde esta óptica, no solo se «destrona» el original –como lo había hecho la skopostheorie–, sino incluso el texto traducido, que pasa a ocupar el sitio meramente vehicular que corresponde a todo estímulo semiótico. Pero la comprensión misma es matizada, pues distingo la comprensión espontánea del habla (la percepción del sentido directamente entendido¹, «oficial» si se prefiere) de la serie más o menos abierta de metarrepresentaciones a que da lugar. Esta sencilla categorización permite, creo, superar varios problemas teó-

1. Como explico más adelante, hago mío este neologismo landiano.

ricos, como el de la intraducibilidad. El sentido ideacional, proposicional o **noético**, como lo llama García Landa, es siempre reverbalizable. Si no, no habría cómo sincronizar la intencionalidad colectiva ni mucho menos podría existir la ciencia. La cosa se complica cuando lo que cuenta son las capas más profundas, afectivas, de lo que queremos o **no** queremos dar a entender. El corolario es sencillo: traducir se puede casi siempre, incluso en poesía. Lo que no se puede siempre –y muchas veces en absoluto–, en cambio, es traducir **que sirva**: que sirva a los efectos **metacomunicativos** concretos de los seres humanos de carne y hueso que se comunican en situaciones concretas e irrepetibles. A la práctica de la traducción –o, mejor dicho, de la mediación interlingüe– solo le interesa la traducción práctica, que sirva, es decir pertinente. Y para que sirva, la traducción ha de ser siempre algo más, algo menos y otra cosa que simple «traducción». Este es el axioma fundacional de mi teoría.

¿Pueden conceptualizarse esos «algo más», «algo menos» y «otra cosa»? ¿Comparten, además, la misma regla constitutiva que abarque asimismo la regla constitutiva de la traducción propiamente dicha, de modo que podamos darles el mismo nombre? ¿Qué relación hay entre estrictamente traducir y no traducir tan estrictamente? Creo tener una respuesta teórica. La doy a conocer con la esperanza práctica de que ayude a que los mediadores se desenvuelvan más eficazmente y de que contribuya al afianzamiento científico, social y –¡cómo no!– económico de nuestra querida profesión.

La primera parte de este libro está dirigida sobre todo a los traductólogos y a los docentes (aunque he procurado hacerla accesible también a los traductores e intérpretes profesionales, como también a los estudiantes, de donde su estilo que los estudiosos encontrarán quizá demasiado coloquial y, sin duda, reiterativo). La «Introducción» pasa breve revista a las escuelas que me han influenciado. Es el tramo más árido. El «Capítulo I» expone mi teoría de la comunicación y mi desarrollo del modelo landiano del acto de habla. Es la piedra angular del libro. El «Capítulo II» extrapola la teoría y el modelo de la comunicación a la mediación interlingüe. El tercero expone la noción y los criterios de calidad que se desprenden de la teoría. La segunda parte es la aplicación de la teoría y del modelo a la gama más amplia posible de situaciones y textos y está dirigida especialmente a estudiantes y docentes. El cuarto trata de la comunicación oral. Lamentablemente, me ha sido imposible «escribir» ejemplos, sobre todo de interpretación simultánea de conferencia, ya que, por definición, la calidad de la interpretación es una función importantísima de la configuración paralingüística y cinética del enunciado. El «Capítulo V» ya va de la comunicación escrita

e híbrida y aquí sí que hay ejemplos para todos los gustos. Algunos lectores los encontrarán tal vez excesivamente prolijos, en cuyo caso no tienen por qué parar demasiadas mientes en ellos. Lo que persigo es verificar cómo la teoría y el modelo se aplican con igual idoneidad a todos los casos. Pero la pièce de résistance es el «Capítulo VI», dedicado a la mediación interlingüe literaria. Es, también, el capítulo donde yo mismo caigo en la tentación de la literatura. Espero que el lector lo lea como lo escribí: un alegato apasionado pero sonriente.

Este texto ha conocido innúmeros avatares en dos idiomas y le debe muchísimo a las críticas tan implacables como sensatas de muchos lectores empedernidos. Pero sobre todo, como he dicho, le debe a Mariano García Landa, y no solo a su mente voraz, quirúrgica y visionaria. Quede pues, como colofón, este sentido agradecimiento a mi maestro.

Antes de concluir, un consejo: tener permanentemente a mano la separata con los símbolos y las definiciones.

PRIMERA PARTE. LA TEORÍA Y EL MODELO

LOS PRECURSORES

[E]l asunto de la traducción, a poco que lo persigamos, nos lleva hasta los arcanos más recónditos del maravilloso fenómeno que es el habla.

José Ortega y Gasset, *Miseria y esplendor de la traducción*.

The problem [...] has troubled translation theory historically. People practiced translation, but were never quite sure what they were practicing».

[El problema ha aquejado a la teoría de la traducción durante toda su historia. Los traductores traducían, pero sin estar jamás totalmente seguros de qué estaban haciendo.]

Edwin Gentzler, *Contemporary Translation Theories*, pág. 44.

INTRODUCCIÓN

¿Qué es la traducción? ¿Qué, si a eso vamos, es el sentido? ¿Qué relación necesaria/o suficiente debe existir entre dos textos o enunciados para que podamos decir que uno es la traducción del otro? Esto, por desdicha, no es más que el comienzo de nuestra pesquisa. Cualesquiera nuestras respuestas a estas preguntas, no podrán menos que fallar en un aspecto decisivo: los traductores (incluidos los intérpretes), bien que básicamente aplicados a traducir, hacemos cosas que no son traducir. ¿Qué es lo que hacemos que podamos llamarle con el

mismo nombre? ¿Cuál es la «regla constitutiva» searleana de eso que traductores e intérpretes hacemos «siempre», de forma escrita u oral, semántica o comunicativa, abierta o encubierta, documental o instrumental, literal o libre, literaria o pragmática? La pregunta es milenaria y las respuestas han variado, pero creo que hasta hoy no ha habido una completamente satisfactoria. El problema estriba en que, al margen de la definición –es decir de la *teoría*– explícita o implícita de la traducción que haya regido la actividad de los traductores a través de los siglos –especialmente ahora, cuando la traducción se ha transformado en una actividad directamente ligada al desarrollo de las fuerzas productivas–, los traductores se han visto en la necesidad de hacer innúmeras cosas que han escapado a cualquier definición. Un hecho es, sin embargo, seguro: la traducción es una forma de la comunicación entre los seres humanos, y no simplemente una operación entre lenguas y textos orales o escritos. Es esta óptica la que propicia los mejores abordajes del momento. Sería demasiado oneroso y poco práctico hacer aquí una reseña de los abordajes lingüísticos, que ven la traducción como una sustitución de unidades de un código por las de otro (Catford, Vinay y Darbelnet, Kade, Newmark, Malone, Komissarov, etc.), ni de los descriptivos (Toury, Hermans y los «manipulacionistas»), que renuncian de plano a buscar una regla constitutiva de la traducción, y con ello a toda noción de equivalencia o adecuación, y con ello a todo juicio crítico acerca de la idoneidad de un texto traducido o de un determinado método de traducción. He de limitarme, pues, a reseñar sucintamente a aquellos que han influido directamente en la teoría que expondré más adelante, empezando por el que da el primer paso decisivo camino de concebir la traducción como comunicación.

Eugene Nida y la equivalencia dinámica. Nida (1964, 1977 y 1996) –que sigue viendo la traducción básicamente como una operación entre estructuras profundas chomskianas– tiene el enorme mérito de haber comprendido que no basta reproducir el mensaje, sino que es preciso tener en cuenta los efectos de la comprensión en el interlocutor entendido¹. Como estos efectos no son solo función de lo que se dice, sino también de los conocimientos, capacidad y sensibilidad del interlocutor, toca al traductor establecer cómo decir lo dicho para que el efecto sea el mismo. Ello lo obliga a «manipular» el contenido proposicional y referencial con miras a la comprensión por un interlocutor (o grupo de

1. Adopto así, como adelantaba en el prólogo, el neologismo inicialmente creado por García Landa, que llena un vacío importante en castellano: es «entendido» todo aquello que es producto u objeto de una intención.

interlocutores) concreto, es decir a dejar de lado, por comunicativamente estéril, la *equivalencia formal*. Nida es el primero en decir que la traducción no existe, que existen posibles traducciones que serán más o menos idóneas o eficaces en función del lector al que van destinadas. La traducción tiene por fin, empero, mantener invariablemente intacto el *espíritu del original*, lo cual exige que su comprensión por diferentes interlocutores en diferentes lenguas y situaciones produzca el mismo efecto. La aporía es que el efecto jamás puede ser exactamente el mismo, ni siquiera entre los lectores del original; es más, la traducción bien puede perseguir efectos diferentes. La llamada *equivalencia dinámica* («primero con respecto al contenido y luego en relación con la forma») es, entonces, solo una de las formas posibles de equivalencia traductiva.

Katharina Reiss y Hans Vermeer y la *skopostheorie*: Es lo que señalan pioneramente Reiss y Vermeer, los fundadores de la *skopostheorie*. La traducción es, no solamente según los conocimientos, capacidad y sensibilidad del lector, sino también según sus intereses (o, mejor dicho, los de quien encarga la traducción). El original deja de ser la «palabra de Dios» (o del autor, que hasta aquí venía siendo lo mismo) y pasa a ser una mera «oferta informativa»:

«Un texto se puede definir como una “oferta informativa” dirigida a un receptor por parte de un productor. El texto [...] producido por el traductor ofrece, a su vez, información sobre el sentido y, en cierto modo y en ciertas circunstancias, también sobre la forma del texto de partida y es, por tanto, una oferta informativa sobre una oferta informativa» (Reiss y Vermeer, 1996: 14)

Que los autores expresan simbólicamente como:

$$Trl. = OI_f(OI_o)$$

aclarando que: «utilizamos estas pseudofórmulas para expresar en forma concisa y fácil de recordar los aspectos esenciales de la teoría» (*ibid.* 1996: 62).

Un receptor habrá «entendido» una información si ha podido interpretarla como suficientemente coherente en sí misma y coherente en relación con su situación (la del receptor²). Ahora bien, como la traducción es una oferta informativa sobre una oferta informativa precedente, se supone que guarde cierto tipo de relación con el texto original. Vermeer llama a esta relación *coherencia inter-*

2. Como vemos, la información se ve como algo abstracto, desprovisto de intencionalidad: la información *es*, y toca al lector arreglárselas para interpretarla como suficientemente coherente *en sí misma* y en relación con la situación. No se trata, pues, de entender el querer decir de otro. Esta es la limitación fundamental, creo, de la *skopostheorie*.

textual o fidelidad. La coherencia intertextual que ha de mediar entre original y traducción se define como la relación existente entre la traducción y el texto de partida, que depende, por una parte, de la interpretación que del texto original hace el traductor y, por otra, del escopo³. La teoría se resume así:

Un translatum está condicionado por su escopo. Un translatum es una oferta informativa en una cultura y lengua final sobre una oferta informativa en una cultura y lengua de origen. Un translatum reproduce una oferta informativa de modo no reversible unívocamente. Un translatum debe ser coherente en sí mismo. Un translatum debe ser coherente con el texto de partida.

(1996: 101).

Cabe señalar que Reiss y Vermeer son los primeros en incorporar y aquilatar explícita y debidamente casi todos los factores metacomunicativos de la comunicación interlingüe (faltan los factores inconscientes y los efectos cualitativos de la comprensión), así como los paralingüísticos y paratextuales, y son también los primeros en prever que en ningún lado está escrito que el mediador debe necesariamente hacer suya la intención del locutor. Se produce así un desplazamiento decisivo del locutor al interlocutor que, con justicia, alarma a muchos: si lo único que cuenta –o, en todo caso, lo que cuenta más– es la funcionalidad del texto meta y esta la establece el mediador, ¿qué resguardo hay frente a la arbitrariedad? Muerto el *Dios autor*, ¿quién decide la diferencia entre el bien y el mal? Aquí es donde Nord (1991a) introduce la noción *ética de lealtad*. La garantía deontológica de que el mediador ejercerá su libertad de manera responsable es su lealtad a los protagonistas del acto traductivo: locutor, originador e interlocutor. Pero ¿qué ocurre cuando sus intereses no coinciden o, peor, son encontrados? Para Nord, la lealtad es, en rigor, siempre al «cliente», que es quien imparte las «instrucciones» [*brief*]. A los ojos de autores como Newmark, esta lealtad al que paga transforma al mediador en un «mercenario». Pero lo mismo puede decirse, sin ir más lejos, de un abogado: tiene que haber, como en el caso de los letrados, una instancia deontológica suprema: esa lealtad suprema no puede ser otra que la lealtad a la profesión misma.

La conversión de hecho del traductor en mediador interlingüe hace preciso, además, distinguir todo lo que le toca hacer que no es estrictamente traducir. Holz-Mänttari distingue entonces *traducción de acción traductiva*:

3. Adopto igualmente el neologismo de las traductoras de Reiss y Vermeer (1996).

Translators... bridge the gap between situations where the differences in verbal and non-verbal behaviour, expectations, knowledge and perspectives are such that there is not enough common ground for the sender and the receiver to communicate effectively by themselves [...] The translator's mediatory role does not always involve translating in any literal way [...] Translating in the narrower sense always involves the use of some kind of source text, whereas translational action may involve giving advice and perhaps even warning against communicating in the intended way».

[Los traductores salvan la brecha entre situaciones diferentes en las que las diferencias de comportamiento verbal y no verbal, expectativas, conocimientos y perspectivas son tales que no hay suficiente terreno común para que locutor e interlocutor puedan comunicarse eficazmente por sí solos. La traducción en sentido estricto siempre supone usar cierto tipo de texto original, mientras que la acción traductiva puede consistir en aconsejar y, tal vez, desaconsejar la comunicación en la forma entendida.]

(citado y traducido por Nord 1997: 7).

Como podemos apreciar, falta una definición satisfactoria de esa *coherencia intertextual* específicamente traductológica. ¿Qué condición debe satisfacer esa coherencia para determinar que el segundo texto es un *translatum* del otro? Dada la independencia metacomunicativa del traductor (las más de las veces supeditada, es cierto, a las instrucciones que le endilga el cliente), entonces, todo parecería valer. No es, por cierto, lo que propugnan Reiss y Vermeer, pero no llegan a aclararlo debidamente. El problema no es en realidad ese, sino que entre original y traducción puede haber innúmeros tipos de coherencia. Y puede haberla entre dos textos en lenguas diferentes que no sean traducción el uno del otro; puede haberla también entre dos textos en la misma lengua, producidos de conformidad con todas las demás reglas de la teoría (un resumen, una exégesis, una paráfrasis, etc.). Si hasta ahora los abordajes se «quedaban cortos», los escopistas, pareciera, se «pasan de largo». El problema sigue radicando en una insatisfactoria definición de equivalencia (que los autores descartan a favor del concepto de adecuación al escopo), a su vez debida a una definición cuando menos vaga del sentido (que yo sepa, la única que aclara lo que entiende por sentido es Reiss, que habla explícitamente de sentido o significado *cognitivo* (*cognitive meaning*, según traduce Nord, 1997, pág. 10)).

La teoría y el modelo que voy a proponer recogen íntegra la *skopostheorie*, con una salvedad teórica importante, creo: como todas las teorías anteriores a la de García Landa, los escopistas consideran la traducción como una relación

entre textos. Con García Landa, creo que se trata de lograr una relación entre sentidos intenido y comprendido, es decir entre los perceptos hablísticos que los hablantes procuran producir en sus interlocutores mediante los enunciados o textos de que se valen y los que efectivamente producen. Desde esta óptica, la coherencia entre dos textos no es la condición de la traducción sino su resultado. Dicho esto, dudo mucho de que, a la hora de aplicar nuestras respectivas nociones a un encargo de traducción concreto, mi análisis difiriera del de cualquier escopista. Otro aspecto que nuestras teorías tienen en común es que son, a la vez, teorías de la *calidad*: el escopo puede ser más o menos apto y la traducción puede cumplirlo mejor o peor. En este aspecto crucial, mi coincidencia con los escopistas es absoluta.

Zinaida Lvóvskaya y el el sentido como conjunción de lo situacional, lo pragmático y lo semántico. Ya en la primera página de su *Problemas actuales de la traducción* (1997), Lvóvskaya explica que el problema fundamental radica en la diferencia entre significado (lingüístico, objetivo) y sentido (extralingüístico, subjetivo). El sentido es producto de la motivación y el objetivo (o sea, el escopo) de la actividad comunicativa del sujeto en una situación determinada. Dos sujetos difícilmente reaccionan igual en la misma situación, pero ni la falta de correspondencia biunívoca entre significado y sentido ni la índole subjetiva de este último impiden la comunicación si ambos interlocutores comparten los conocimientos extralingüísticos necesarios. La mejor garantía de la comprensión del sentido es una situación comunicativa común a los interlocutores y su pertenencia a la misma cultura. Habida cuenta de que no hay dos sujetos que tengan los mismos conocimientos, vivencias, experiencias o valores, el sentido intenido por el locutor se diferencia en mayor o menor medida del comprendido por cada uno de sus interlocutores, lo que constituye una característica generalizada de la comunicación verbal. Ningún mensaje se comprende, pues, perfecta y totalmente. Lvóvskaya define el sentido como la combinación de un componente semántico (lingüístico) y otro pragmático (extralingüístico) que se diferencian tanto por su naturaleza como por su relación jerárquica: el componente semántico se subordina al pragmático. Ahora bien, entre ambos componentes existe cada vez una relación unívoca, lo que hace suponer la existencia de un tercer componente que haga posible su comprensión, toda vez que el componente pragmático, por extralingüístico y subjetivo, no es observable, mientras que el semántico no es una señal inequívoca de la intención del locutor. Ese tercer componente es la situación comunicativa, que tiene su «significado» para los interlocutores a

condición de que compartan la misma cultura, a pesar de que cada uno interprete esa situación, en parte, de manera subjetiva. El papel de la situación es triple: motiva, determina y actualiza el sentido del enunciado. Los componentes de la estructura del sentido no existen por separado, pero su relación jerárquica es tal que la cumbre corresponde a la situación. El componente pragmático o *programa conceptual (intencional-funcional) del autor* depende de la interacción entre las características subjetivas del locutor y la situación, mientras que el componente semántico ocupa el lugar inferior, puesto que depende de la situación y del programa conceptual del locutor. La subestructura situacional incluye invariablemente toda la serie de factores que observan los funcionalistas, pero nunca puede preverse de antemano qué factores adquirirán qué peso en cada caso concreto. La subestructura pragmática tiene, a su vez, dos componentes: intencional y funcional, dotados respectivamente de su propia estructura jerárquica. Cabe destacar, sin embargo una intención principal y una función dominante, invariablemente correlacionada con la intención principal. En aras de realizar su intención principal, el locutor produce enunciados sucesivos. La subestructura semántica también está jerarquizada: consta de los significados referencial, connotativo y extensional –el que la unidad de sentido adquiere en el contexto lingüístico–, que es el supremo.

La comunicación consiste en establecer la cadena: sentido (intendido) – enunciado – sentido (comprendido). La traducción estriba en establecer una nueva cadena: sentido (ahora entendido por el traductor pero idéntico al que ha comprendido) – enunciado en lengua meta – sentido (comprendido por el nuevo interlocutor). Ahora bien, sucede que de los tres componentes del sentido, el variable es, precisamente, el principal: la situación. La estructura semántica puede serlo (en realidad, dado el cambio de lengua, en traducción siempre lo es). Y el otro, la estructura pragmática, debería permanecer, en lo posible, constante, pero no puede ni en la comunicación monolingüe. Aun así, la comunicación, monolingüe o mediada, empieza y termina por el sentido (es decir, en la cabeza de los interlocutores). El corolario es que la equivalencia traductiva será siempre dinámica y relativa y se define a partir del principio básico de la traducción: máxima fidelidad al programa conceptual del locutor y aceptabilidad del enunciado traducido por el interlocutor; o sea una posición similar a la de Nida, solo que no ya desde la lengua, sino desde la intención de decir del hablante. Este es el mérito indudable de Lvóvskaya: comprender que la traducción es un puente no ya entre textos –ni mucho menos lenguas–, sino entre estados o representaciones mentales, y que este puente se da siempre en situación concreta y depende de ella.

Lvóvskaya no prevé, sin embargo, una traducción heteroscópica y heterofuncional, ya que esta sería, por definición, infiel al programa conceptual del locutor. Pero, además, no explicita la relación que debe mediar entre sentidos entendido y comprendido: ¿cuán parecidos o similares o análogos deben ser para poder decir que la comunicación o la traducción han prosperado? Para responder hay que analizar un factor fundamental que Lvóvskaya deja de lado: la subjetividad del interlocutor, que, aparte de saber lo que sabe, tiene su propio «programa de comprensión», motivaciones e intereses.

Ernst.-August Gutt y la teoría de la pertinencia como sucedáneo de la teoría de la traducción. Gutt (1990, 1991, 1996 y 2000) sostiene que la teoría de la pertinencia de Sperber y Wilson es suficiente para explicar la traducción, la cual deja de requerir, entonces, su propia teoría. Según Sperber y Wilson, los enunciados pueden usarse como representaciones de dos modos básicamente distintos. Según los pertinentistas, el enunciado puede asemejarse proposicionalmente 1) a un estado de cosas en el mundo, en cuyo caso el habla se usa *descriptivamente* o 2) a otro enunciado, en cuyo caso el habla se usa *interpretativamente*. En el primer caso, el enunciado describe un estado de cosas (real o imaginario), en el segundo reproduce el contenido proposicional de un enunciado previo o, si se prefiere, una descripción previa de un estado de cosas (real o imaginario). En otros términos, la verdad –y, llegado el caso, la pertinencia– de un enunciado descriptivo es, básicamente, función del estado de cosas que describe y de la forma como lo hace, mientras que la de un enunciado interpretativo lo es de la forma como se asemeja proposicionalmente a otro enunciado. Esto lleva a Gutt a definir la traducción como uso interpretativo de segundo grado: el traductor dice, mediante un enunciado en lengua meta, lo que el locutor original ha comunicado por medio de un enunciado en lengua de partida. Se supone, pues, que el enunciado traducido se asemeja interpretativamente al original. Los textos paralelos en diferentes lenguas –por ejemplo, las diferentes versiones lingüísticas de un manual de instrucciones– en los que el habla se usa descriptivamente para «describir» el aparato y la manera correcta de utilizarlo no serían, entonces, traducciones (por mucho que hayan sido producidos por traductores que basaran sus propias descripciones en la verbalizada en lengua de partida).

La definición es teóricamente impecable, pero plantea un problema práctico: si la aceptamos, la mayoría de los traductores no traducen y los más de los textos traducidos no son traducciones. La definición, por cierto, empalma perfectamente con las de Nida y Lvóvskaya, y también, como veremos, con la

de los parisinos y García Landa, con lo que la pertinencia –la funcionalidad– de cualquier traducción se limita a permitir que el sentido intenido por el locutor original resulte proposicionalmente semejante al comprendido por el interlocutor del traductor, independientemente del estado de cosas descrito por el locutor original y de las intenciones metacomunicativas de locutor e interlocutor(es). Y hay un segundo problema: si la semejanza interpretativa se juzga exclusivamente al nivel proposicional, ¿cómo se ha de juzgar la traducción literaria? ¿Qué papel le toca a la semejanza formal? ¿Qué diferencia traductológicamente pertinente hay entre dos textos castellanos, uno en prosa y otro en forma de soneto, que se asemejen ambos «interpretativamente» a un mismo soneto inglés?

El problema, a mi juicio, estriba en que, en su formulación canónica (Sperber y Wilson 1986/1995), la teoría de la pertinencia deja de lado los efectos contextuales no cognitivos de la comprensión. Como veremos, una teoría de la traducción que dé la espalda a los efectos cualitativos (o sea, a «cómo se siente haber comprendido»), se la da a los efectos estéticos, y ello la hace incapaz de conceptualizar la traducción literaria.

Danica Seleskovitch y Marianne Lederer y la teoría del sentido. La experiencia reveladora de la interpretación consecutiva lleva, por su parte, a Seleskovitch y Lederer (1984, 1986 y 1989) a descubrir que la traducción es la transmisión o reproducción del sentido (asimilado al «querer decir» del locutor). Si, pese a que el intérprete no puede –por más que trate– recordar las cadenas de signos que ha comprendido, es capaz de volver a decir lo dicho, lo dicho *tiene* que ser distinto de los signos empleados para decirlo. Sostienen que entre que se comprende y se vuelve a enunciar, el sentido es un estado mental desverbalizado. El sentido no es, sin embargo, una entelequia: su producción y comprensión exigen la activación de toda una serie de complementos cognitivos, ya que es el producto simultáneo de la comprensión de los signos lingüísticos y de la activación de los complementos cognitivos necesarios. Muchos han criticado el carácter especulativo de esta desverbalización. Hay, incluso, quienes niegan la posibilidad misma de la existencia de un sentido «no verbal». El hecho es, sin embargo, que si el sentido puede permanecer invariable pese a la mutación de los signos que lo vehiculan, ha de tener una existencia ontológicamente independiente, al margen de que para percibirse deba encarnarse siempre en una forma verbal (pero no necesariamente en la misma, y de aquí la posibilidad de la traducción). En todo caso, al igual que Gutt, los parisinos no llegan a explicitar que la traducción puede tener fines diferentes de los del original y, a raíz de su hincapié absoluto

en el sentido (que, aunque no llegan a definir, entienden prácticamente como el contenido proposicional que el locutor se propone comunicar) a expensas casi totales de la forma, también desestiman, de hecho, los efectos contextuales —especialmente cualitativos— de la comunicación. En efecto, no es lo mismo querer decir que querer hacer diciendo, ni, si a eso vamos, comprender que querer hacer comprendiendo.

Mariano García Landa y el habla como proceseo perceptual. García Landa (1990, 1995, 1998a y b, y 2001) es el primero en comprender que la independencia ontológica del sentido no es la explicación del fenómeno de la traducción sino, precisamente, lo que hay que explicar. García Landa define el habla como la producción de perceptos de segundo grado (es decir no naturales) cuyo objeto es el sentido: lo que el hablante quiere decir.

«La revolución del descubrimiento del Sentido como la realidad radical de la traducción significa que [la visión de que los hablantes «eligen» las palabras que les convienen para expresar lo que quieren decir], sin ser del todo errónea, no es exacta porque oculta un hecho importante: las «lenguas» o «sistemas de signos» no existen, lo único que existe son los actos de habla concretos y reales. Los significados semánticos no «existen» sino que se crean en cada acto de habla y se crean como el «sentido» concreto y real, existente de veras... El sentido se *realiza*, se hace real, se pone a existir en los actos de habla reales y concretos [...] Hemos caído en la trampa de que las lenguas y los significados semánticos son entes reales, que de veras existen en la actualidad, y que son como la cazuelas y sartenes que el cocinero saca del aparador cuando quiere cocinar. Esa visión oculta la realidad que es que las «lenguas» y las significaciones semánticas existen pero solo como normas introyectadas o aprendidas que los hablantes usan casi siempre de manera casi «automática» y a veces de manera deliberada como cuando uno no encuentra la palabra que tiene en la punta de la lengua pero que no llega a materializarse» (2001: 326-327)

Esta es la idea central: fuera del acto de habla concreto «el sentido no existe», tampoco está «en los textos» y solo «se pone a existir» en la cabeza de los hablantes. El sentido no está, pues, en los signos, sino que es el producto de una percepción social cuyo vehículo son los signos, que, por añadidura, tampoco tienen existencia «material». Lo que el locutor físicamente hace, en efecto, es producir diferencias de presión de aire o dibujitos⁴, y eso es lo que el interlocu-

4. O ni siquiera: puede simplemente oprimir teclas que se transformen en bits que luego serán puntos de luz en una pantalla.

tor percibe con los sentidos; solo que lo que el locutor quiere producir no son diferencias de presión de aire (ni mucho menos dibujitos), ni son ellas lo que el interlocutor comprende. Hay una diferencia ontológica decisiva entre la percepción del objeto social, intencional, y las cadenas acústicas (o su representación gráfica) en que ese percepto se plasma o de las cuales se deriva.

La placa perceptual producida por las percepciones hablísticas, que es inseparable de la contraplaca formal en el momento de su producción, contiene una parte *noética* (contenido proposicional, es decir, ideas que se pueden expresar en forma de proposiciones lógicas aunque uno no lo sienta así necesariamente al comprender), y una parte afectiva, que es el *affectus* [...] Todo lo que dicen los hombres está lleno de un *affectus* que sale del alma de la que brota ese decir. [...] Esos dos ingredientes, lo noético y lo afectivo, siempre forman parte de la *placa perceptual* [...] La idea es que, en el momento en que se produce la «comprensión», o sea, al final del proceso de percepción hablística, se producen juntos los espacios sénsico y formal [...] pero esa coexistencia solo dura unos instantes (salvo algunas frases especiales que se nos quedan grabadas en la memoria) [...] Podemos hablar [metafóricamente] de una placa perceptual rectangular que tiene una base noética sobre la que se levanta el «relieve» afectivo. Ambos elementos son inseparables [...] durante unos instantes [...] Este relieve afectivo tiene una graduación que va desde el grado cero hasta la llamada «forma» literaria. En la conversación corriente o en el discurso matemático y científico, el relieve afectivo tiene grado cero porque, aunque existe [...] no es pertinente y se descuida [...] En esto no hay diferencia entre los tipos de habla [...] No se puede hablar [...] de un [espacio perceptual hablístico entendido] que solo sea el contenido proposicional, y que esté alejado de una «forma» literaria que esté [...] ¿dónde? No en la cadena de signos [del espacio formal], es decir, en cuanto a una «peculiaridad» de la placa de las percepciones hablísticas. Por ello, el afecto no lo produce una determinada «forma» [...] que fuera anterior a la comprensión que junta un espacio [formal] y un espacio [sénsico]. Naturalmente que esta distinción es solo importante para la ciencia y que en la vida diaria uno puede vivir tan tranquilo pensando que la forma del verso es lo que produce la reacción afectiva (o estética).

(*ibid.*: 358-359).

El locutor verbaliza el percepto hablístico entendido mediante una cadena lingüística que debe hacerse sensorialmente perceptible como ruido (o imágenes visuales); es decir, que debe transformarse en un estímulo natural, de primer grado, que produzca otra percepción natural, de primer grado. Al otro extremo del acto de comunicación hablística, el interlocutor proyecta su conocimiento

de los sistemas de signos (sedimentación de los innúmeros actos de habla en que ha participado) y del mundo sobre el estímulo que ha recibido y asocia esas diferencias de presión de aire con signos lingüísticos, de modo que también él percibe una forma hablística. Esta cadena se analiza, pues, en un vasto laboratorio mental en el que todos los demás estímulos que acompañan la percepción hablística propiamente dicha entran en juego como complejo conjunto de conocimientos y experiencia. El producto final de esta alquimia es un nuevo percepto hablístico. La comunicación habrá prosperado en la medida en que el objeto percibido por el locutor como sentido intenido sea el mismo que ahora percibe el interlocutor como sentido comprendido, es decir que medie entre ellos una relación de identidad. Esta no ha de entenderse en sentido matemático, sino como la relación que se establece, al igual que en la percepción natural, entre el percepto y su objeto. Saliendo al encuentro de quienes critican el término por no comprenderlo debidamente, García Landa matiza diciendo:

Lo que estoy escribiendo aquí produce en ti, lector, percepciones hablísticas lo suficientemente idénticas a las mías como para poder decir que son idénticas a secas.

(2001: 81)

Aunque a la hora de explicitar la teoría, su aseveración es mucho más radical:

La teoría de la traducción consiste en dos gestos teóricos muy sencillos: uno, el modelo del acto de habla que modela lo que pasa al hablar, quedando entendido que se trata de una comunicación y que la comunicación solo existe cuando hay una identidad absoluta entre la percepción cadacualsuya que el primer hablante quería transmitir y la percepción cadacualsuya que su interlocutor produce cuando comprende, y, dos, el modelo del habla traductora, que presenta dos actos de habla, un primer acto de habla en el que un hablante produce una serie de percepciones hablísticas manipulando signos de un sistema de signos, y un segundo acto de habla en que un hablante, llamado intérprete [...] o traductor [...], produce la misma serie de las mismas percepciones hablísticas manipulando signos de otro sistema de signos, quedando entendido que se trata de una comunicación y que la comunicación solo existe cuando hay una identidad absoluta entre la percepción que el primer hablante quería transmitir y la percepción el intérprete/traductor ha producido y la percepción que el interlocutor del intérprete/traductor produce cuando comprende.

(*ibíd.*: 98)

Es importante recalcar que el interlocutor no percibe directamente una cadena lingüística. La cadena lingüística le viene, por así decir, «de dentro», cuando proyecta sobre esos ruidos sus propios conocimientos lingüísticos y extralingüísticos. Toda vez que, por las razones que sean, esta retroproyección se hace imposible, todo lo que podemos percibir es el «ruido» del habla. El segundo hecho decisivo es que la comprensión de la cadena lingüística no entraña automáticamente la comprensión del sentido: podemos entender las palabras que nos dicen sin llegar a captar lo que nos quieren decir con ellas. El tercer hecho es que el sentido puede llegarse a comprender pese a una percepción defectuosa de los signos lingüísticos. El cuarto es que, las más de las veces, el sentido se comprende automáticamente, sin conciencia alguna de la cadena lingüística que lo vehicula. Estos cuatro hechos prueban la independencia ontológica del sentido respecto de la forma lingüística.

García Landa compara el sentido con la luz reflejada por un objeto (en este caso, el querer decir, el sentido intenido) a través de un cristal (en este caso, lingüístico). Si el vidrio (o la cadena de signos) es demasiado oscuro, la percepción se torna difícil y aun imposible. Igual que el vidrio sucio, la cadena lingüística no se percibe conscientemente salvo cuando obsta a la comprensión del sentido (cuando llama la atención sobre sí misma). De allí que la segmentación del proceso de articulación lingüística en fonación, percepción acústica, reconstrucción fónica y fonética, organización morfosintáctica y realización del potencial semántico sea artificial. En el habla cotidiana intercambiamos sentidos sin percatarnos de que haya nada en el medio. Los experimentos realizados por García Landa con intérpretes simultáneos lo han llevado a postular que los perceptos hablísticos que terminan constituyendo un espacio perceptual complejo se producen más o menos cada 250 milisegundos (1998: 28-32, y 2001: 402-405); estos perceptos vienen a ser las «unidades de sentido» que sirven de base a la comprensión. El propósito del locutor, empero, es producir un **espacio perceptual hablístico**, una serie articulada de perceptos, y ese sería, asimismo, el verdadero objeto de la comprensión. Pero esta distinción fundamental no se conceptualiza con claridad. El modelo landiano del acto de habla se aplica tanto a la producción y comprensión de cada percepto de 250 milisegundos como a cada espacio perceptual, del más simple al más complejo. Otro problema es el del «relieve» afectivo: hablísticamente, ¿cómo se «transmiten» las emociones si no se explicitan proposicionalmente? El modelo no incorpora ni la configuración paralingüística ni la cinética, es decir la manera como el hablante «dice» lo que

dice (a menos que pasen a considerarse parte de la situación, pero me parece un poco cogido por los pelos).

La teoría de García Landa se plasma en su modelo del acto de habla. El acto de habla es una transacción social⁵ que se inicia cuando el locutor percibe su propia intención de decir y concluye cuando la ha percibido el interlocutor. Es decir que el habla comienza y termina en la cabeza del hablante y del interlocutor concretos. Cada acto de habla se produce en una situación concreta sobre la que gravita, rigiéndola, un campo «exponencial» virtual, constituido por los saberes, la experiencia y las prácticas sociales de los protagonistas. El sentido «aparece» en la cabeza de los participantes en el acto de habla como una serie de perceptos hablísticos que se produce invariablemente en situación (una idea, como vemos, paralela a la de Lvóvskaya) y que no existe fuera de ella. Como en el caso de la percepción natural, el sentido, producto de la percepción social, consiste en la identidad del percepto con su causa (de la comprensión y del objeto de la comprensión) cada vez. Esta «cadacualsuidad» es fundamental: fuera del acto de habla concreto, recordemos, el sentido no existe, solo «se pone a existir» cuando se percibe, y se percibe cada vez en una situación diferente. García Landa presenta sus modelos del acto de habla directa y traductiva empleando una notación que simplifica enormemente el debate científico pero que, hasta ahora, ha aterrorizado a sus lectores que creen que se trata de una farfalla matemática, cuando no es más que un artificio taquigráfico (sorprendentemente, nadie parece hacerle el reproche a Reiss y Vermeer, cuya simbología es mucho más complicada). García Landa comienza por modelar la comunicación monolingüe:

$$Do: LPI^{K_o^6} \rightarrow Fo(Xm^L, Sm^H, Vm^R)G^{PM}_{o_{VHm}} \leftrightarrow LPC^{K_o}$$

Que se lee como sigue:

1) Se produce un **acto de habla** (exitoso⁷) *D* en cierta lengua *o* mediante el cual el hablante quiere producir un **percepto hablístico intencional** *LPI* que es

5. También lo ven así Hatim y Mason: «All texts are seen as evidence of a **communicative transaction taking place within a social framework**». [los textos se ven, todos, como prueba de una transacción comunicativa efectuada dentro de un contexto social] (1990, pág. 2).

6. En su *Teoría de la traducción*, García Landa usa los símbolos *EPHI* y *EPHC* (siglas de *espacio perceptual hablístico intencional/comprendido*), pero en las versiones publicadas en inglés (García Landa 1990, 1995 y 1998) emplea *LPI* y *LPC* (siglas de *linguistic percept intended/comprehended*). Opino que cambiar de símbolos según la lengua es contraproducente, de modo que conservo los más breves, que son los que voy a utilizar en mi desarrollo del modelo.

7. Como sabemos, hay actos más y menos exitosos. Lo que ocurre es que la comunicación noéticamente feliz requiere un paquete hermenéutico totalmente compartido, y ese requisito suele no cumplirse.

la actualización de un **acervo de conocimientos** K . A tal fin pone en marcha una compleja operación mental que consiste fundamentalmente en construir y presentar (\rightarrow) a su(s) interlocutor(es) un producto social: una **cadena signica** F en esa lengua o .

2) Esa cadena manifiesta una **estructura fonomorfosintáctica** X (actualización de un **sistema fonomorfosintáctico** L), está dotada de un **potencial semántico** S (actualización de un **sistema semántico** H) y de una **estructura ritmicoprosódica** V (actualización de un **sistema rítmico** R). Todos estos componentes se caracterizan por una serie de **rasgos** m, n , etc.

3) La cadena se produce en una determinada **situación social** o **campo sociohistórico** G regidos por un **sistema de creencias, normas y prácticas sociales explícitas o implícitas** o cierta **experiencia personal y de vida** P dentro de un «**mundillo**» M en un **tiempo histórico** VH y, dentro de éste, en un **lapso concreto** t (caracterizado, como todos los demás componentes, por un conjunto específico de **rasgos** individuales específicos m, n , etc. que en el caso del lapso t indica un momento preciso).

4) El sujeto de la comprensión (interlocutor, testigo casual, espía, curioso, o el propio locutor en diálogo consigo mismo) escucha y comprende en otra compleja operación mental –que consiste en aplicar retroactivamente (\leftrightarrow) sus conocimientos lingüísticos para interpretar el estímulo acústico– que le hace «ver» algo, o sea producir a su vez un **percepto hablístico comprendido** $LPCo$ (necesariamente actualización del mismo acervo de conocimientos K).

Se postula así una identidad perceptual entre lo que el locutor quiere decir y lo que el interlocutor comprende; de otra forma no habría comunicación. La comunicación habrá prosperado entonces si:

$$(LPIo=LPCo)Go^{PM}_{VHtm}$$

que se lee así: Sentidos intenido y comprendido en función de los conocimientos compartidos y respectivamente verbalizado y percibido en determinada lengua son idénticos en una situación concreta regida por normas, experiencias y creencias compartidas (tanto generales como específicas al acto de habla).

Sobre la base de este complejo modelo de la comunicación, García Landa ofrece una definición sencillísima de la traducción: «traducir es hablar para redecir lo dicho en otro idioma»; un juego hablístico cuyo objeto es aislar y reproducir en una segunda lengua el LPI . El traductor hace las veces de interlocutor vicario para comprender en lugar de éste y producir luego su propio LPI aquila-

tando todos los nuevos factores pertinentes para la verbalización mediante una nueva cadena $Fi(Xn^L, Sn^H, Vn^R)$, lo cual puede entrañar numerosas modificaciones formales a los niveles menos pertinentes. El modelo de la traducción resulta así la reproducción del *LPI* en un segundo acto de habla en lengua *i*, que nunca es una simple réplica simétrica del original:

$$\frac{LPIo^K \rightarrow Fo(Xm^L, Sm^H, Vm^R)G^{PM}VHtm \leftrightarrow LPCo^K \rightarrow}{\text{Do}} \frac{\rightarrow LPIi^K \rightarrow Fi(Xn^L, Sn^H, Vn^R)G^{PM}VHtm+n \leftrightarrow LPCi^K}{\text{Di}}$$

donde, recordemos, los subíndices *m* y *n* representan los rasgos característicos específicos de los componentes *X*, *S*, *V*, y *VHt* y los subíndices *o* e *i* las respectivas lenguas. Pero el resultado es el mismo:

$$(LPIo = LPCi) Gi^{PM}iVHtm+n$$

La limitación fundamental de los abordajes citados anteriormente, sostiene atinadamente García Landa, es que no parten de una teoría adecuada del habla. Las cosas solo comienzan a encauzarse definitivamente cuando empezamos en la cabeza del que habla y terminamos en la del que comprende. *Esas* son las riberas que el puente del habla une: el sentido es un percepto cuyo objeto es el querer decir del otro, y, traductológicamente hablando, las equivalencias de cualquier tipo lo son en la medida en que permitan cierta equivalencia, mismidad o identidad entre el querer decir del locutor y su percepción por el interlocutor. La cosa, sin duda, dista de terminar ahí, pero ahí empieza. Si no partimos de ahí, el primer paso es en el vacío y luego se hace muy difícil mantener rumbo y equilibrio.

Hay un factor decisivo que contribuye a aclarar la confusión acerca de los diferentes «significados» que se producen en torno de la comunicación o que esta genera:

Hay que distinguir siempre el hecho de la comprensión, cuando se produce la placa perceptual [espacio sénsico-formal], y las consecuencias «psicológicas» posteriores. La percepción hablística se produce en una relación social entre agentes sociales en un punto determinado del espacio-tiempo históricos, Es el resultado de una comunicación que, utilizando un sistema de signos en una transacción social, permite transmitir informaciones (lo noético) y emociones (lo afectivo) pero la percepción hablística resultante no contiene nada de «pragmático» porque esto está en las intenciones o bien en los efectos, ambos posteriores, de los hablantes pero nunca en el espacio [formal] y por ello nunca en el espacio [sénsico]. El comprendedor, una vez percibido lo que el otro quiere

decir, tiene una «placa perceptual», lo que permite, junto con el conocimiento de la situación [...] (que incluye la historia pasada), inferir intencionalidades del otro, pero estas intencionalidades no están nunca en la placa de la percepción, son una reflexión posterior, aunque se trate de cien milisegundos más tarde [...] Normalmente las intenciones pragmáticas se ocultan o disimulan. Si están en [el espacio sénsico-formal], hay que traducirlas. Si no están en ese espacio, es decir, si no se verbalizan, no pueden estar en la percepción sino en lo que pasa después de la percepción, cuando pensamos sobre lo que acabamos de comprender [...] y no se pueden ni se deben traducir.

(*ibid.*: 360-361)

Es una certera distinción. Si separamos lo dicho como contenido proposicional i) de la intención a que obedece y ii) de los efectos que su comprensión produce, nos queda aislado el meollo de la traducibilidad: traducir es hablar para volver a decir lo dicho, al margen de que volver a decir lo dicho permita inferir tal o cual intención y/o produzca o deje de producir determinados efectos en determinada situación. El problema, claro, radica en detenerse aquí.

Bruno Osimo y la traducción como actividad semiótica. Este libro estaba ya en lo fundamental concluido cuando conocí la obra de Osimo (2001 y 2002). No es, pues, un «precursor» de esta teoría, pero su visión me ha ayudado a precisar y redondear varios aspectos clave, sobre todo en lo que respecta al traducción literaria. Como sus trabajos están publicados únicamente en italiano, creo conveniente una exégesis más prolija. Al igual que García Landa, Osimo otea el fenómeno desde una perspectiva general de la traducción como comunicación, pero en lugar de concentrarse en la producción y comprensión del habla, aborda la comunicación como proceso semiótico peirceano (es el único en aplicar las nociones de Peirce a la traducción, salvo los trabajos menos ambiciosos de Gorrée (1989, 1994, 1997 y 1998) y, por supuesto, de Eco (2000)). Para Osimo, la comunicación y la traducción son un proceso semiótico más que comienza y culmina en textos «mentales». La idea tiene grandes puntos de contacto con la de García Landa, pero no termina de coincidir. La razón, a mi juicio, es que Osimo se deja engeguetar por el habla escrita. El procedimiento de la escritura, dice, consiste en trasponer un texto mental a un texto escrito. El material mental es «multimedial» y está compuesto de afectos, emociones, recuerdos y un código producido en parte por varios órganos de la percepción: imágenes, olores, sabores, sensaciones táctiles y sonidos.

El hecho de que la relación entre signo y objeto sea mediada por una representación psíquica, por un afecto (en el sentido psicoanalítico), hace de la semiosis un hecho subjetivo. Nuestro pensamiento o lenguaje interiorizado está hecho de interpretantes⁸, o signos mentales, no de signos verbales, y por ello cada vez que queremos expresar nuestro pensamiento debemos traducir los interpretantes en signos verbales (Osimo se hace así eco de la «desverbalización» de que nos hablaban Seleskovitch y Lederer). Nuestra capacidad de mediar obedece a la conciencia de la subjetividad de nuestros interpretantes y al hecho que, para comunicar, es preciso recurrir, por aproximación, a signos que, para nuestros interlocutores, tienen buenas probabilidades de hacer referencia a objetos al menos similares a los que, comunicando, aludimos dentro de nuestra mente. Como en las lenguas naturales no existe correspondencia biunívoca entre signo y objeto, si quiero expresar el mismo concepto en dos momentos diferentes, recurro a signos diferentes, obteniendo en mis interlocutores efectos diferentes. Dos interlocutores intercambian signos, pero cada uno, mediante sus propios interpretantes, se refiere a objetos internos, a signos mentales, total o parcialmente diferentes, y en esto reside el residuo comunicativo, que es, por definición, inefable. El signo, por su parte, solo lo es si es interpretado como tal. Todo acto de percepción, incluida la lectura, es un acto interpretativo. El lector no está seguro de lo que cree haber comprendido leyendo: las suyas son solo conjeturas, que resultan constantemente confirmadas o no confirmadas o desmentidas durante el proceso de lectura. De esta suerte, la semiosis de un texto es ilimitada. El traductor, por su parte, ocupa un lugar fundamental dentro del círculo hermenéutico, pues, como el crítico, tiene una gran responsabilidad y el deber de comprender a fondo las estrategias del texto. La traducción interlingüística modifica los signos del texto y los sustituye con otros. El traductor, obligado a escoger un único «traduciente», altera el aspecto semántico del signo que se presenta al nuevo lector. El lector del texto traducido dispone de un espacio interpretativo acaso igualmente vasto, pero diferente. La traducción es un proceso que lleva del *prototexto* en lengua original al *metatexto* en lengua meta. *Prototexto* y *metatexto* son más que los textos original y traducido propiamente dichos, pues incorporan todo el aparato paratextual. El final del proceso es un «texto mental» en la cabeza del interlocutor. La ciencia de la traducción, agrega Osimo, se caracteriza como disciplina que estudia el proceso traductivo a medida que se desarrolla, pero como ciencia

8. En este caso y recogiendo la terminología peirceana, los interpretantes son interpretaciones de signos verbales. Las metarrepresentaciones serían, entonces, interpretantes de segundo grado.

empírica y descriptiva debe disponer también de instrumentos para estudiar el proceso traductivo culminado. La crítica de la traducción es, por ende, uno de sus componentes. La crítica de la traducción tiene muchas particularidades, ante todo que su objeto no es un texto sino, como mínimo, dos: prototexto y metatexto.

A mi modo de ver, el problema es que Osimo habla de signos simplemente como todo lo que se puede conocer –en el sentido peirceano–, mientras que los signos hablísticos se caracterizan por ser manifestaciones de una intención comunicativa humana inaccesible a la percepción directa. Contra lo que precave García Landa, Osimo pasa a tratarlos como si tuvieran existencia independiente. La traducción deja de ser un proceso de comunicación entre dos seres de carne y hueso para transformarse en el solitario *ping-pong* entre el signo inmóvil, desprovisto de intencionalidad (la «estrategia» no es del locutor, sino del texto), y el sujeto dinámico. Es, creo, la trampa en que caen todos los que olvidan que la escritura es habla congelada: ¿qué diferencia hay entre quedarse pensando y procediendo a infinitas semiosis a partir de la lectura de un texto o de la contemplación de las nubes? Cuando tenemos una percepción hablística percibimos (o creemos percibir) lo que el otro está tratando de decirnos y, al mismo tiempo, tenemos la conciencia directa o indirecta de que eso que percibimos viene de ese ser de carne y hueso que nos está hablando. Esta es la gran diferencia entre la percepción natural y la percepción social. Las nubes no se nos muestran, ni nos muestran esos rostros que creemos ver en ellas; las nubes no están hechas con la «intención» de que las veamos. Pero las intenciones comunicativas son, precisamente, tanto comunicativas como intencionales; están para ser percibidas, se dirigen, calculan, forjan y materializan con la percepción (y la reacción) en mente, en la mente del ser social que es su sujeto. Son producto de una intención unida a una estrategia pragmática, hermenéutica y retórica.

Osimo «mezcla», pues, lo hablístico con todo lo demás. Sin duda que al hablar «también» tenemos en la cabeza todas esas cosas, pero las tenemos aun cuando no hablamos. Esta definición de texto me parece demasiado general, sobre todo a la hora de hablar de traducción. Considero metodológicamente más productivo ceñirnos a lo específicamente hablístico, ya que traducir es hablar, y hablar, como nos ha mostrado García Landa, es producir percepciones hablísticas. Todas estas cosas que nos vienen a la cabeza o nos suceden (y de las cuales a veces ni somos conscientes) solo pueden comunicarse si se transforman en signos exteriorizados, y solo pueden, por así decir, «explicarse» si se exteriorizan mediante signos lingüísticos que induzcan una representación semántica. La

comprensión habrá prosperado en la medida en que lo que tú comprendes (sobre la base de la percepción y comprensión de mis signos lingüísticos) que te quiero decir sea «lo mismo» que quería que comprendieras, al margen de las pérdidas y residuos inefables (o sea de lo que no puedo o no llego a decirte). Como el habla tiene por instrumento principal la representación semántica, la única *mismidad* en que podemos confiar sin mayor recelo es la del contenido proposicional (ni siquiera referencial –mucho menos afectivo–, porque no basta conocer el significado de la palabra *camello* tal como lo activo en este enunciado concreto, ni percibir el concepto de *camello* que activo mentalmente, para saber qué es un camello ni para comprender todas las reverberaciones afectivas que su activación ha suscitado en mí en este instante).

Las cosas se aclaran enormemente, me parece, si partimos del modelo landiano de producción y comprensión del habla y entramos a analizar luego cómo y qué de todo lo que hay en la cabeza del locutor entra por el «embudo» de la comunicación hablística, y qué y cómo sale y se desparrama por la cabeza del interlocutor para mezclarse con lo que ya está ahí, por así decir, aguardándolo.

Osimo, decía, no logra desaferrarse del signo escrito, inmóvil, inmutable, que se comprende una y otra vez. Ocurre que ese signo es, por lo pronto, una invención (no así el habla, que es producto de la evolución biosocial) reciente y, por añadidura, estadísticamente poco difundida: la enorme mayoría de los seres humanos que son (incluidos, claro, los niños) –por no hablar de los que han sido durante estos últimos 50.000 ó 100.000 años– no saben leer. Es peligroso alejarse demasiado de la oralidad. Pero si no perdemos de vista ese origen, las reflexiones de Osimo adquieren una pertinencia capital, sobre todo a la hora de traducir literatura (que es, evidentemente, lo que más le interesa).

Otro problema, pienso, es que ve a los seres humanos como subjetividades aisladas, cada una repleta de signos mentales de todo tipo, que a veces deciden comunicarlos y nunca les sale del todo bien. García Landa, en cambio, los ve inmersos en el magma social. Es la vida social la que permite la adquisición del habla y, con ella, la existencia misma de todos los demás signos mentales que constituyen la conciencia humana como interiorización de la experiencia social del sujeto. En ese magma social, los seres humanos no pueden dejar de comunicarse y lo hacen produciendo percepciones hablísticas que, a la larga –o, más comúnmente, a la corta– son lo suficientemente idénticas lo suficientemente a menudo para que «nos entendamos», para posibilitar la intencionalidad colectiva y, con ella, la supervivencia de la especie y el desarrollo de las fuerzas productivas. Poco o nada importan los residuos que se hayan quedado estancados en las cabe-

zas de los ingenieros que diseñaron el transbordador espacial, o de los operarios que lo construyeron, o de los políticos que aprobaron su construcción. Y poco o nada importan los efectos que hayan sentido cada vez (a menos, claro, que estos efectos les hayan llevado a cambiar sus actos socialmente pertinentes).

Al margen de estas críticas, Osimo dice varias cosas para mí fundamentales. Acaso la más importante es que la comunicación empieza con un «texto mental» y culmina en otro «texto mental». Sin duda, excepto que, como digo, estos «textos mentales» son respectivamente previo y posterior a la producción y comprensión del habla y solo pueden accederse desde la conciencia de cada sujeto como una serie lineal de perceptos hablísticos en sendos actos de habla interiorizada, lo que significa, a su vez, que solo pueden accederse si se reducen a contenidos proposicionales plasmados en representaciones semánticas. Lo que interesa a la hora de hablar y, por ende, de traducir, es la relación que, a raíz de la producción de dichos perceptos, media entre esos dos «textos mentales». Ambos serán, por definición, a la vez similares y diferentes, pues que cada uno se conjugará cada vez con toda una serie de sensaciones, recuerdos, impresiones, afectos o emociones propias del sujeto en general y en ese momento. Así y todo, para que la comunicación y la traducción hayan prosperado (¡para que resulten posibles!), estos «textos mentales» tienen que tener algo en común. Algo de lo que había en la cabeza del locutor tiene que «pasar» a la cabeza del interlocutor más o menos intacto, y eso es no más, pero tampoco menos, que lo que el hablante efectivamente verbaliza en la situación concreta: en principio, la comunicación hablística y la traducción son igualmente posibles e imposibles, perfectas o defectuosas. El principio de Arquímedes no se va modificando cada vez que se enuncia o comprende, por mucho que los efectos que su comprensión produzca vayan cambiando cada vez. El problema, a mi ver, reside en que, al igual que los «prelandianos», tampoco Osimo establece una distinción ontológica ni metodológica entre la producción y la comprensión del habla propiamente dicha y la producción y comprensión de toda otra suerte de «signos» peirceanos, internos o externos, externalizables o no. Su concepción, bien que magníficamente global, no termina de enfocar de cerca el proceso hablístico ni, por ende, el traductivo.

TRADUCIR ES, EN EFECTO, HABLAR PARA REDECIR LO DICHO EN OTRA LENGUA, PERO ESO NO BASTA

Volver a decir lo dicho es, en buen romance, hacer que se comprenda el mismo contenido noético. Pero los traductores casi nunca se limitan a esto. Hay una

brecha entre lo que es la traducción como concepto teórico y lo que hacen los traductores. Este libro intentará salvarla.

El problema fundamental de los distintos abordajes teóricos hasta lo que yo llamo la revolución landiana, como hemos visto, es que no se parte de una teoría del habla. Falta una teoría de la producción y comprensión del habla como proceso perceptual que desencadena todos los procesos posteriores, pragmáticos y cognitivos; y, con ella, falta también una definición satisfactoria del sentido; y, con ella, una definición a la vez teórica y prácticamente idónea de la traducción. Si nos limitamos a ver la traducción como una relación entre textos, o como una actividad de comprensión y producción de textos (como, en efecto, lo es también) se nos quedan por fuera los dos grandes pilares que sostienen la comunicación hablística: las cabezas de los participantes en el acto de comunicación y, más concretamente, la intención histórica, situacional y psicológicamente condicionada del hacer diciendo y la intención histórica, situacional y psicológicamente condicionada del hacer entendiendo. Reiss, Vermeer, Nord, Holz-Mänttari y los demás funcionalistas, bien que sin desatenderlos, no terminan de incorporar explícitamente estos factores que anteceden a la producción y a la comprensión del habla, de los textos y de la traducción, y que han de repercutir después, y ello les impide, a mi juicio, una definición a la vez lo suficientemente precisa y general. Tal como está, el enfoque funcionalista se revela incapaz de distinguir la traducción de todas las demás formas de la mediación interlingüe. Ese es, creo, su talón de Aquiles teórico en el que se clava el certero dardo de Gutt. En suma, los abordajes de Nida, Gutt, Lvóvskaya, los parisinos y García Landa (traducir es, en buen romance, volver a producir el sentido/contenido proposicional) son demasiado restringidos, el de Reiss y Vermeer (traducir es ofrecer una oferta informativa acerca de otra oferta informativa) demasiado lato y el de Osimo (traducir es producir un nuevo texto mental) demasiado difuso para definir a la vez con suficiente generalidad y precisión no ya qué es traducir, sino qué les toca hacer a los traductores como profesionales de la mediación interlingüe.

CAPÍTULO I

HABLA, COMUNICACIÓN, TRADUCCIÓN Y MEDIACIÓN

In a context of translation, preservation of the experiential meaning is neither a necessary, nor a sufficient condition for a translation to be uniquely classified as «good» or «bad», at least for many text types [...] The question of preservation of meaning is factored into a series of dimensions (field, tenor, mode, and their sub-attributes), any combination of which can be foregrounded, dependant on the text type, purpose of translation, etc.

[En el contexto de la traducción, conservar el significado «experiential» no es condición necesaria ni suficiente para que la traducción pueda clasificarse binariamente como «buena» o «mala», al menos para muchos tipos de texto. La conservación del significado se desmembra en una serie de dimensiones (campo, tenor, modo y sus subatributos), cualquier combinación de los cuales puede privilegiarse según el tipo de texto, el escopo de la traducción, etc.]

Erich Steiner, *A Register-Based Translation Evaluation: An Advertisement as a Case in Point*, pág. 314.

POR QUÉ ME PARECE PRECISO DESARROLLAR EL MODELO LANDIANO

El resumen de la teoría de García Landa que hacía en la introducción es a todas luces demasiado sucinto para hacerle justicia, pero creo que los aspectos funda-

mentales saltan a la vista. Para mí, como adelantaba, la revolucionaria concepción landiana del habla como proceso perceptual, bien que sólido fundamento para una teoría del lenguaje y la traducción, no es suficiente para explicar lo que los traductores e intérpretes profesionales deben hacer aparte de traducir.

Mi argumento fundamental es que la identidad *LPI/LPC* (es decir la identidad del percepto hablístico y su causa, o entre diferentes perceptos y su causa común¹) no es el fin del proceso hermenéutico sino más bien su comienzo². Lo que me interesa no es tanto el micronivel de la producción espontánea, lineal, *bottom-up*, del precepto hablístico, sino el macronivel postperceptual del procesamiento ulterior, *top-down* de los *LPC* que constituyen la materia prima perceptual. Por lo pronto, para comprender mi habla, no es preciso comprender todos y cada uno de los *LPI* que estoy tratando de verbalizar. Basta, en cambio, percibir una cantidad suficiente de la serie que constituye mi espacio perceptual entendido para decir que, a todos los efectos prácticos –exclusivamente tuyos, únicamente míos o nuestros– has comprendido lo que quería que comprendieses³. En el nivel

1. Ésta es una cuestión espinosa que estoy tratando de resolver. Si, como creo al escribir estas líneas, el sentido entendido viene a la conciencia del locutor como una percepción (por ejemplo, si Jackendoff (1996a y b) da en el clavo con su teoría del nivel intermedio de la conciencia, aunque yo no coincido con muchos de sus postulados), el *LPI* es, entonces, su objeto o causa y es percibido por el propio locutor en realidad como *LPC* (la primera y a menudo única percepción del *LPI*, que no necesita manifestarse externamente a fin de que un interlocutor lo perciba a su vez). En este caso, el *LPC* del interlocutor sería una *segunda* percepción del mismo *LPI*. En la medida en que haya verbalizado adecuadamente mi *LPI*, tú y yo acabamos con sendos perceptos de ese mismo *LPI* –o sea, sendos *LPC*– que, por definición, han de ser idénticos a éste. Ahora bien, la pregunta del millón de rublos es si esos dos perceptos, esos dos *LPC* del mismo *LPI*– son idénticos *el uno al otro*. Siendo producto del mismo aparato perceptual social común a la especie (representada en el grupo social), se obtienen sin duda aplicando las mismas *reglas de interpretación* (como sucede con la percepción natural: Hoffman (1998)). Pero aun así, ¿es tu percepto de mi *LPI* idéntico al mío? Por fortuna, creo que la teoría y modelo que propongo pueden sobrevivir cualquiera de las dos respuestas.

2. Osimo lo dice impecablemente:

«La prima fase [del processo di comprensione è] inconsapevole, automatica [ed] in certi tipi di comunicazione è anche l'unica (si pensi alla lettura superficiale), mentre che per la traduzione... professionale è solo l'inizio» (2001: 27).

[La primera fase del proceso de comprensión es inconsciente, automática, y en ciertos tipos de comunicación incluso la única (piénsese en la lectura superficial), mientras que para la traducción profesional es solo el inicio.]

3. Osimo (2001 y 2002) habla de la *dominante* (y de la constelación de *subdominantes*) del texto. La dominante es el componente central del texto, que garantiza su integridad y puede ser, por caso, ideológica, estética, informativa, etc. En este acto de lectura concreto, la dominante puede ser diferente para ti de la que me proponía al escribir (como ocurrió con los *Versos satánicos* de

postperceptual, la comprensión es, entonces, cuantitativa y cualitativamente, cuestión de grados. Todo depende de cuánto has comprendido espontáneamente y de cuán pertinente es lo que has comprendido y/o dejado de comprender.

Cuando digo lo que has comprendido o dejado de comprender me refiero a tu **metarrepresentación**⁴ de lo que quería que entendieras globalmente y a diferentes niveles; por ejemplo, lo que va de esta explicación de mi teoría⁵. Puedes haberla comprendido sin haber percibido debidamente todos los *LPI* que tengo verbalizados (por lo pronto, en una segunda lectura no te detendrás más que en los momentos clave), y puedes no haberla comprendido aun si los has percibido todos⁶.

Esta diferencia en definitiva de grados cuantitativos y cualitativos de comprensión *bottom-up* resulta crucial a la hora de metarrepresentarnos globalmente *top-down* las intenciones comunicativas y metacomunicativas de quien nos habla. Si, debido a la linealidad del habla, al nivel perceptual, la comprensión también es lineal (bien que más discretamente segmentada), al nivel postperceptual supone una reorganización y sistematización cabales de esos *LPC* producidos linealmente. Nosotros enriquecemos y corregimos nuestra representación global de lo que esa serie lineal de *LPI* –presumible, pero no necesariamente idénticos a sus respectivos *LPC*– supone como sentido globalmente intenido por nuestro interlocutor. Cognitivamente, la cosa parece palmaria: mientras que *F* casi nunca atraviesa la barrera de la memoria a corto plazo, los *LPI* difícilmente logren salirse de la memoria a mediano plazo. Únicamente las metarrepresentaciones a que dan pie se almacenan en la memoria a largo plazo (lo cual, ya veremos, es un obstáculo fundamental en interpretación simultánea). Estas metarrepresentaciones, por supuesto, solo pueden activarse como habla interiorizada mediante

Rushdie, que adquirieron inopinadamente una dominante religiosa para muchos de los lectores –y, sobre todo, no lectores– musulmanes). La comprensión pertinente podría definirse casi como comprensión noética *sub specie dominantis*.

4. Ver asimismo Noh (2000) y Sperber (2002). En términos peirceanos, esta metarrepresentación vendría a ser un nuevo interpretante, ya no de *F* sino del propio *LPC*. Los tres traductólogos que conozco que han incorporado explícitamente en su teoría el modelo de Peirce son, como he señalado, Gorlée (1989, 1994, 1997 y 1998), Eco (2001) y Osimo (2001).
5. Un enfoque similar es el que patrocinan Malmkjaer (2000) y, especialmente, Osimo (2001).
6. También existe una diferencia socialmente pertinente entre a) no comprender y ser concientes de que no hemos comprendido o logrado hacernos comprender y b) no comprender y ser inconcientes de que no hemos comprendido o logrado hacernos comprender, o sea, el malentendido liso y llano. Los malentendidos, como sabemos, suelen ser mucho más difíciles de detectar y remediar que la incomprensión evidente.

una nueva serie de *LP* que ya no son producto del enunciado del locutor original ni producidos en el sujeto por alguien «externo al sistema perceptual» cuya intencionalidad es preciso inferir. Su origen se encuentra en la memoria a largo plazo del sujeto, que es necesariamente imperfecta y puede estar distorsionada. Al macronivel, insisto, la *mismidad* noética de las (meta)representaciones no ha de confundirse con la identidad de los perceptos hablísticos. Esa mismidad –ya no identidad perceptual– de las representaciones del mismo sentido global es, repito, cuestión de grados. En efecto, como la cantidad y combinación de los *LPI* concretamente comprendidos puede variar de interlocutor a interlocutor (o incluso para el mismo interlocutor en momentos diferentes), y como el procesamiento ulterior del sentido comprendido a raíz de la percepción de la secuencia de *LPI* corre a cargo de un mecanismo complejísimo de factores cognitivos y afectivos, al nivel postperceptual los interlocutores terminan produciendo necesariamente metarrepresentaciones sutil o diametralmente diferentes. Esta es –birlando de García Landa el término, pero no la noción– la relatividad del sentido (que otros prefieren llamar *inestabilidad*⁷): no que hoy percibo A y mañana percibo B, sino que la *misma* secuencia de perceptos hablísticos me lleva a metarrepresentarme hoy A y mañana B, o a mí A y a ti B⁸ (igual que en la percepción natural el mismo objeto puede ser interpretado por un arqueólogo como una simple piedra y por otro como una punta de flecha). Ello no obsta a que demos por sentado que estamos hablando del mismo objeto, por ejemplo, de la misma teoría de la comunicación interlingüe, aun si la hemos interpretado cada uno a nuestra manera. De modo que tenemos dos estratos diferentes de comprensión noética: el primero es el objeto de la percepción hablística y el segundo el producto de una o varias metarrepresentaciones producidas a partir de aquel.

La distinción que propongo, creo, permite explicar tanto la identidad de primer grado que García Landa postula como necesaria para la comprensión del habla y la no identidad de segundo grado de que hablan Lvóvskaia, Osimo y otros, como Peeters (1996), quien rebatiendo a Jackendoff (1996) afirma:

«I [...] had to guess what Jackendoff meant, and readers of my comments will have to guess what I have in mind [...] Every reconstructed meaning is a function of the original meaning and of contextual factors [...] Some elements may

7. Por ejemplo Chesterman y Arrojo (2000) y muchos de los demás participantes en el debate publicado en *Target* a partir del número 2000:1, en particular Simeoni (2000).

8. Y esto explica, como veremos, que el *Quijote* de Cervantes y el *Quijote* del Pierre Menard borgeano se «lean» igual, pero se entiendan de diferente manera.

be lost, others gained, others still transposed. It would be rash to conclude that the original and the reconstructed meaning are identical, and it would be equally rash to conclude that there is no relationship at all.

[He tenido que *hipotetizar* lo que Jackendoff quería decir, como los lectores de *mis* comentarios tendrán que hipotetizar lo que yo tengo en mente. Todo sentido reconstruido es función del sentido original y de factores contextuales. Algunos elementos pueden perderse, otros ganarse, y otros resultar transpuestos. Sería apresurado concluir que sentido original y reconstruido son idénticos, como sería apresurado también concluir que no guardan relación alguna.]

(1996: 147)

El corolario es que, al nivel postperceptual, según nuestro propósito concreto en determinado momento, nuestra percepción de cierto objeto natural o incluso social como el sentido intenido puede no ser la pertinente.

Hay, por añadidura, un salto cualitativo entre comprender lo que el otro nos dice y comprender al otro: no solo lo que quiere decir sino también lo que quiere esconder, por qué, etc. Esta comprensión de tercer grado, desde luego, trasciende con creces la comprensión del habla propiamente dicha. No estoy negando la posibilidad de la identidad *LPI/LPC* espontánea, de primer grado; sin ella jamás podríamos llegar a comprender nada de lo que nos dicen. Lo que encuentro problemático, en cambio, es la «identidad» de las metarrepresentaciones globales del querer decir del que nos habla y de lo que quiere lograr diciéndolo. Las consecuencias para la mediación, como veremos, son enormes.

La relatividad del sentido, repito, es siempre *top-down*. Lo de veras relativo es, entonces, el sentido globalmente metarrepresentado a partir de la percepción de una serie proposicionalmente compleja de *LPI*, es decir, a partir de la correspondiente serie de *LPC*. La que, en la feliz expresión de Seleskovitch, deja la *huella mnésica* es esta última, ya que es la única capaz de suscitar ulteriormente metarrepresentaciones más complejas mediante su enriquecimiento proposicional (ver, por ejemplo, Katan, 1999). Así, cuando Rickert asevera:

When you speak, and I listen, I do not record a verbatim reproduction of your speech in my brain. I interpret it, and my memory will be of my interpretation.

[Cuando tú hablas y yo escucho, no registro en mi cerebro una reproducción textual de tu habla. La interpreto, y mi memoria será de mi interpretación.]

(citado por Peeters 1996: 149).

yo interpreto que se está refiriendo no a una comprensión espontánea sino a una metarrepresentación, y esto es ya una metarrepresentación personal mía. Esta es la diferencia entre el acto de habla elemental, mediante el cual se produce una unidad de sentido, y una secuencia compleja de tales «actitos» a raíz de la cual se crea todo un espacio perceptual. Podríamos llamar al segundo *acto de comunicación* para distinguirlo del más elemental de habla, pero no me parece que tenga sentido práctico. Por eso prefiero atenerme a la terminología landiana y emplear *acto de habla* y *LPI* para referirme, respectivamente, al acto mediante el cual se crea un espacio perceptual hablístico proposicionalmente complejo y al percepto y a las metarrepresentaciones inmediatas que suscita e *identidad* a la mismidad de contenido noético, proposicional o «ideacional» intenido y comprendido (o sea, que ya no hablamos de identidad como la relación entre la percepción y su causa). Nuestra memoria de actos de habla pasados se reduce, repito, casi enteramente a contenidos noéticos metarrepresentados (recordamos más o menos pertinentemente lo que los poetas han dicho, pero no cómo lo han dicho ni en toda su riqueza noética⁹) que, al ser evocados como nueva serie de perceptos hablísticos en actos (casi siempre de lectura o de habla interiorizada), dan pie a nuevas metarrepresentaciones.

Además está el hecho de que, mediante un proceso ulterior basado en la comprensión hablística, un interlocutor más avezado puede llegar a metarrepresentarse mejor que otro –cuando no que el propio locutor–, lo que este ha querido decir. Sucede todo el tiempo: en algunas situaciones hay personas más duchas en comprender a sus interlocutores que los interlocutores mismos. Es sistemáticamente el caso entre los adultos y los niños. Recordémoslo: si lo que te quiero decir y tu comprensión de lo que quiero decirte no coinciden totalmente (si hay blancos en la comprensión, como tiende a suceder en cualquier conversación telefónica normal), lo que de veras importa es que ambos coincidamos en los aspectos que nos resulten mutua o, incluso, individualmente pertinentes, que sean idénticos lo suficiente. Lo suficiente para los fines metacomunicativos concretos, que lo que cuenta al cabo no es la mera identidad noética, sino lo que los interlocutores logran gracias a ella, por imperfecta o parcial que sea.

9. Y si bien podemos recordar que hemos sido afectados de determinada manera, no podemos revivir el efecto a menos que volvamos a percibir (mediante un estímulo externo o por evocación, lo que corrobora una vez más que el *LPI* puede ser efectivamente una percepción para el propio locutor).

Otra pregunta metacomunicativa fundamental es de dónde vienen los objetos de nuestra intención comunicativa, los sentidos entendidos que pretendemos transmitir. Se me hace que vienen de donde proceden los sentidos que queremos transmitirnos cuando dialogamos interiorizadamente con nosotros mismos. Seguramente se remontan al flujo constante de la comunicación que es la savia misma de la vida social y su realización individual como nuestra mente. Pero ¿cómo es que, de pronto, sin razón aparente, fulguran encogedores o titilan débilmente en nuestra conciencia? La explicación más plausible es que nos vengan a la conciencia de su antesala inmediata: el preconsciente, o incluso del inconsciente. Suele suceder que tengamos una idea de lo que queremos decir, y que esta idea resulte aún imprecisa, que no esté totalmente articulada en forma proposicional y no sea, entonces, del todo efable. En efecto, si las más de las veces lo que quiero decir me viene a la conciencia automáticamente, también ocurre que sé que tengo algo que te quiero decir, pero que no puedo «ver» del todo; no, en todo caso, como una serie cohesiva y coherente de *LPI*. Otras (y esta no es más que una mera hipótesis), tal vez lo que quiero decirte ya está «cocido» en mi preconsciente, pero el servicio tarda. Como sea, poca duda cabe, me parece, de que el sentido entendido llega a nuestra conciencia de su antesala, aunque únicamente adquiera su forma «definitiva» a medida que vayamos tratando de verbalizarlo para nosotros mismos o para el otro¹⁰. Hasta aquí puedo hurgar dentro de mi propio ser. Aquí es donde comienza mi desarrollo del modelo landiano, en la motivación inconsciente que, en última instancia, rige mi conducta hablística como locutor y, junto con ella, todas mis otras conductas. Y aquí es donde termina, en los efectos que la comprensión tiene en mí como interlocutor, que, una vez más, son regidos por el inconsciente y se disuelven en él.

Como locutor, no me basta que tú, mi interlocutor, comprendas cada pizca del contenido noético que estoy verbalizando, lo que busco es que lo comprendas (que comprendas *esto*, no algo parecido, análogo o equivalente a esto) *de cierta manera*, que la comprensión de lo que quiero que entiendas produzca determinados efectos y, sobre todo, que *no* produzca ciertos otros, que no produzca efectos contraproducentes. Como apunta tan atinadamente Bajtín:

Un énoncé... est relié non seulement à ceux qui le précèdent, mais aussi à ceux qui lui succèdent dans la chaîne de l'échange verbal [...] L'énoncé, dès son tout début, s'élabore en fonction de la réaction-réponse éventuelle [...] Les autres,

10. Véase, en este sentido, el apasionante debate en torno de Jackendoff (1996) y Chafe (1996) en *Pragmatics Cognition* vol. 4, Número 1, especialmente la contribución de Ellis.

ceux pour qui ma pensée devient, pour la première fois, une pensée réelle (et, de ce fait, réelle pour moi-même), ne son pas des auditeurs passifs, mais des participants actifs de l'échange verbal. Le locuteur, d'emblée, attend d'eux une réponse, une compréhension réponsive active. Tout l'énoncé s'élabore comme pour aller au-devant de cette réponse.

[Todo enunciado está vinculado no solamente a los que lo preceden, sino también a los que han de sucederle en la cadena del intercambio verbal. Desde el inicio, el enunciado se elabora en función de una reacción-respuesta. Los demás, aquellos para quienes mi pensamiento pasa a ser, por primera vez, un pensamiento real (y, por tanto, real para mí mismo), no son oyentes pasivos, sino participantes activos en el intercambio verbal. Ya desde el vamos, el locutor espera de ellos una respuesta, una comprensión reactiva activa. Todo enunciado se elabora como para adelantarse a esta respuesta.]

(1979: 302-303).

A medida que verbalizo mi serie de *LPI* según van llegando a mi conciencia, lo hago tratando de convencerte, de no resultar demasiado aburrido ni hacer-te trabajar más de la cuenta. Y espero que, aun si no te llevo a convencer, me comprendas indulgentemente, que suspendas un instante tu descreimiento y te muestres dispuesto a considerar lo que te digo como tuyo antes de pronunciarte definitivamente, antes de decidir qué vas a hacer con lo que has comprendido. Todo ello está impregnado de afectos, y esto, como locutor, me resulta pertinente a rajatabla. Y estoy seguro de que sentirte o no convencido ni, por cierto, irritado o aburrido, es a rajatabla pertinente para ti como interlocutor.

Y hay otro importante aspecto de la comprensión a este nivel postperceptual. En el habla escrita (o, mejor dicho, *registrada*) el espacio formal adquiere su propia independencia ontológica: se puede examinar, diseccionar, manipular (aunque siempre como espacio formal *de* un espacio sénsico). Su percepción (aun si ella misma es producto de la percepción noética) nos hace «cosillas». Ya no podemos compararlo al invisible cristal de una ventana que posibilita la percepción natural. Cuando hablamos, podemos llegar a «ver» el cristal invisible, podemos hasta llegar a engañarnos y creer que la luz que lo atraviesa no viene de ninguna parte ni va a ninguna parte (que es lo que hacen los formalistas). Lo que cuenta, a mi juicio, es cómo esas cosillas que nos hace la percepción del espacio formal (incluida su configuración paralingüística y cinética o gráfica y tipográfica) afectan nuestra actitud frente al contenido noético comprendido y para con el que nos lo verbaliza. Porque esa es, *en definitiva*, la preocupación fundamental de todo ser humano de carne y hueso, esté o no traduciendo: lo que *se siente*, no lo que

realmente es ni cómo se percibe, por mucho que lo que se siente dependa, a la larga, de lo que realmente es y de cómo se percibe.

Que el contenido noético pueda reverbilizarse sin más, decía, es decisivo para la traducción. La traducción de textos pragmáticos es, básicamente, cuestión de reproducir el contenido noético. Es, precisamente, lo que dan a entender Reiss y Vermeer (1991) cuando se refieren al texto como oferta informativa. Y por ello se reconoce universalmente que son más «fáciles» de traducir que los textos literarios, en especial que los especímenes más marcados de la poesía lírica, en los cuales el contenido proposicional puede perder casi toda su importancia. El problema es que hay muchas otras capas de significado que pasan de locutor a interlocutor, aunque no formen parte del *LPI* propiamente dicho y sean producto de la comprensión noética (por lo que sería un error equipararlas a ella). Tal vez una sea el *relieve afectivo*. Si es así, para hacerlo percibir como parte del *LPI* es preciso «trasponerlo» en forma proposicional y/o a los atributos de *Fo* (colocaciones, registro, prosodia, etc., que, siendo por definición atributos *formales*, podrán acaso imitarse, pero nunca «traducirse») y/o a su configuración paralingüística y cinética o gráfica y tipográfica. En todo caso, todos estos aspectos noéticos se encuentran, efectivamente, fuera de la producción y comprensión del habla en sí, y por ende resultan mucho más difíciles de conceptualizar, pero no pueden desestimarse. No en la comunicación humana en general ni, sin duda, en la mediación interlingüe.

Un modelo de la comunicación hablística tampoco puede pasar por alto la importancia de la metarrepresentación de lo que habría podido decirse en lugar de lo dicho: el hecho de que la esposa diga al marido «*te aprecio*» en vez de «*te quiero*» puede significar montañas (y ciertamente no menos el hecho de que no diga absolutamente nada). Como puede significar montañas que en una reunión internacional un delegado español de origen catalán hable en francés *en vez de* en castellano. Desde este punto de vista, las opciones léxicas y otras positivas se tornan pertinentes, pues, solo en la medida en que el interlocutor pueda metarrepresentarse las alternativas y la significación de que no hayan sido escogidas o, incluso, de que hayan sido conscientemente descartadas. Porque eso es una parte más que pertinente del sentido o bien indirectamente entendido por el locutor o bien comprendido por el interlocutor *pese* a las intenciones de aquel. Nuevamente, esta circunstancia reboza de consecuencias para la comunicación, ya que el peso específico de *F'* –y en especial de su forma semántica– puede resultar más pertinente o menos como opción positiva. Un ejemplo que viene lamentablemente al caso es el de la notoria *Coalition of the Willing*, literalmente,

la coalición de los «que quieren», es decir de los que en ese momento querían invadir el Irak contra viento y marea. El nombre, no lo dudo, fue escogido con toda intención. Los «que querían» buscaban diferenciarse con todas las letras de los reacios que «no querían», sobre todo de Alemania y, especialmente, de Francia, a quienes tildaban con el mote políticamente peyorativo de Vieja Europa. Como se sabe, una de las traducciones castellanas corrientes fue *Coalición de voluntades*, que vaporizaba la fortísima implicatura débil. La otra, *Coalición de los dispuestos*, daba más certeramente en el clavo (otra, acaso mejor, habría sido *Coalición de los decididos*). El sustantivo *coalition*, en cambio, no estaba tan políticamente cargado: se trataba únicamente, pienso, de no decir *alliance* para no activar asociaciones con la alianza antifascista de otrora. El mediador, por lo tanto, debe cuidarse de qué decir por el primer término y de qué no decir por el segundo. Tiempo antes se producía un caso aún más ilustrativo: Pekín y Washington trababan cuernos diplomáticos a raíz de la colisión sobre el Mar de la China de un avión de inteligencia estadounidense y un Mig, que ocasionó la desaparición y presunta muerte del piloto del caza chino al tiempo que el avión norteamericano debió efectuar un aterrizaje forzoso en la isla china de Hainán. Todo el revuelo era sobre si el aparato norteamericano era un avión *espía* (como lo llamaba la más independiente EURONEWS) o *de vigilancia* (al decir de la más obsecuente CNN) que no hacía más que fisgonear legalmente desde lejos. En este contexto concreto, la diferencia semántica entre una *disculpa*, como exigían los chinos, y una *expresión de pesar*, que era todo lo que los norteamericanos estaban dispuestos a conceder, **no** era de detalle. Daba lugar a metarrepresentaciones pertinentemente distintas (aun contradictorias) y políticamente cargadas. En casi todos los demás contextos, en cambio, las expresiones hubieran sido perfectamente intercambiables: «Siento que tu padre esté enfermo, Pedro» no dará a Pedro demasiado pábulo para disquisiciones metarrepresentativas acerca de si he dicho «siento» en vez de «disculpa» para no dar a entender que me considero personalmente responsable. Afirmar que cada locutor escoge sus palabras con el mismo recelo que un ministro que está a punto de perder un voto de confianza en el parlamento, sopesando y descartando diligentemente todas y cada una de las demás posibilidades (cosa por cierto imposible), y que, por ende, cada palabra presente cuenta tanto como cada palabra ausente, es tan traído por los pelos en la comunicación directa como resulta peligroso a la hora de definir la fidelidad en mediación interlingüe.

El resto, claro, es *silencio*. Un modelo global de la comunicación hablística tampoco puede dejarlo de lado. En efecto, el silencio no es parte del enunciado,

pero puede estar cargado de significado. Muy a menudo, lo que no se dice es también una parte importante de lo que comprendemos o, en todo caso, de lo que terminamos comprendiendo una vez comprendido lo que se ha dicho con todas las letras. El silencio puede ser una forma ostensiva de la comunicación –una suerte de estímulo negativo–, que, entendido como tal, se interpreta mediante una metarrepresentación de lo que ha dejado de decirse y una meta-metarrepresentación de por qué ha dejado de decirse.

Como podemos ver, las motivaciones e intenciones que acercan a los interlocutores –y que dan pie al acto de habla– son una parte decisiva de la totalidad de la comunicación humana que trasciende la producción y comprensión del habla. Lo que trato de incorporar explícitamente, entonces, es que buscamos algo más que comprender el habla del otro; buscamos también comprender sus motivos y metarrepresentarnos todo lo que pueda querer transmitirnos u ocultarnos produciendo determinada serie de *LPI*, y lo hacemos sobre la base de nuestras propias motivaciones cargadas de afectos. Si el mediador no aquilata por qué y para qué quienes lo han contratado se aplican a producir por su intermedio perceptos hablísticos el uno en el otro, podrá «traducir» muy bien, pero será incapaz de mediar eficaz o al menos óptimamente. Porque lo que debe perseguir no es la identidad *LPIo/LPCi* cualesquiera las consecuencias sociales, sino permitir una identidad, coincidencia, o superposición pertinentes de significado metarrepresentado –noético y no noético– que resulten a su vez todo lo pragmáticamente adecuadas que las circunstancias exijan, aconsejen o permitan.

La comunicación directa puede, sin duda, modelarse prescindiendo de las motivaciones e intenciones que la rigen a ambos extremos y de los efectos que surte la comprensión. Pero cuando nos vemos no con uno sino con dos actos de habla, es imposible extirpar la subjetividad del mediador, que se encuentra precisamente en medio de ambos. Porque el mediador no puede, por mucho que se esfuerce, reverbalar el *LPI* del locutor exactamente como lo ha comprendido: debe necesariamente modificar al menos ciertos elementos de su perspectiva. La pregunta, entonces, es cómo ha de escoger adecuadamente esta nueva perspectiva a menos que haya sopesado el propósito metacomunicativo del acto de habla original y el del suyo, que puede ser muy diferente (como bien apunta la *skopostheorie*).

TRADUCCIÓN Y MEDIACIÓN INTERLINGÜE

Si la traducción propiamente dicha es un juego hablístico consistente en rededir lo dicho en un segundo acto de habla en otra lengua, la mediación, tal como yo

la entiendo, es un juego más amplio, que consiste las más de las veces y fundamental, pero no necesariamente, en traducir (o sea, en manipular la forma sin manipular el contenido noético). La mediación –que no ha de ser forzosamente interlingüe– tiene, sin duda, por tarea primordial ayudar a producir identidad noética y/o correspondencia pragmática (no necesariamente ambas, como veremos) en situaciones diversas, pero siempre como medio para un fin ulterior: lograr una comunicación pertinente. En vista de la insoslayable asimetría entre las motivaciones, las intenciones y los intereses de cualquier par de interlocutores –más los de todos aquellos que tienen algún interés concreto en juego en el acto de mediación–, los fines metacomunicativos pueden variar radicalmente del primer acto de habla al segundo en función de lo que el mediador considere como **identidad pertinente** la segunda vez¹¹. Entiendo por tal el grado de identidad LPi/LPCi necesario –de suficiente a total, pasando por óptimo– unido a una correlación entre los efectos buscados y producidos idónea –de suficiente a óptima– a los fines metacomunicativos de que se trate. Si la comunicación humana en su conjunto es inseparable a) de las motivaciones, intenciones, intereses, inteligencia y sensibilidad de todos los interlocutores, participantes o interesados directos e indirectos en determinado acto de habla (incluido el propio mediador y cualesquiera terceros pertinentes) y b) de los efectos que la comprensión produce en el sujeto, el mediador –interlingüe o no– no puede limitarse invariablemente a reverbalar el sentido intenido «oficial» del locutor, ni entendido como lo que quiere decir ni entendido como lo que en efecto dice (como sabemos, el mediador hará hacer prevalecer una cosa u otra según las circunstancias). Dicho esto, si los interlocutores están tan separados que no hay modo de establecer identidad pertinente, no hay nada que el mejor mediador –monolingüe o interlingüe– pueda hacer: también los mediadores se ven ante enfermos incurables.

La traducción como tal, prototípica¹², puede –y ciertamente debe– definirse y delimitarse ontológicamente como la reproducción imparcial en un segundo acto de habla del sentido oficialmente intenido en un primer acto. Pero esta definición, útil como es para demarcar la traducción, resulta insuficiente a la

11. Una vez más, el mediador establece la nueva *dominante* de su enunciado (que puede no coincidir con la original), y esta es la parte decisiva de su manipulación.

12. Halverson (2000) afirma que la traducción es, precisamente, una categoría prototípica de límites necesariamente difusos. Me parece que mi diferenciación entre traducción propiamente dicha, como concepto central abstraído a partir de la práctica, y la mediación interlingüe como la realización práctica variopinta y hasta contradictoria de la actividad resuelve el problema teórico.

hora de ponerse a «traducir», porque, repito, el traductor no puede permanecer indiferente a los fines y consecuencias sociales más generales de cada uno de sus actos como profesional. Y estas consecuencias surgen principalmente de las metarrepresentaciones del sentido entendido que los interlocutores terminan produciendo sobre la base de la cadena de actos de habla landianos que el mediador produce. Es acerca de ellas como se pondrán o no de acuerdo, como han de sentirse a su agrado o incómodos, como acabarán por aceptar, tolerar o lisa y llanamente rechazar lo que el otro está tratando de decirles. Y lo harán, además, sobre la base de diferentes consideraciones ideológicas o afectivas. Para definir la comunicación hablística, decía, es posible dejar al margen el territorio previo y posterior a la producción y comprensión del habla. En cuanto a la comunicación directa, en efecto, comprender lo que estoy diciendo es eso... comprender lo que estoy diciendo. Si me voy por las ramas, si soy torpe, basto o sencillamente imbécil, el problema es mío y de mi interlocutor. No hay nadie en el medio para ayudarnos a lograr lo que no podemos conseguir por nuestra propia cuenta. Como iniciador de este acto de habla, yo asumo plena responsabilidad por lo que quiero decir u ocultar, y por cómo y cuándo lo digo. Y tú, lector, asumes plena responsabilidad por cooperar conmigo. Nuestro éxito no está en otras manos que las nuestras¹³.

Pero en el momento en que la responsabilidad porque me comprendas pertinentemente no es únicamente tuya sino también la de un mediador profesional, y en el momento en que la responsabilidad por hacerme comprender pertinentemente por ti tampoco es exclusivamente mía sino asimismo la de un mediador profesional, ambos tenemos el derecho de exigirle su mejor esfuerzo. Tenemos el derecho de esperar que comprenda las razones a que obedece mi haber iniciado este acto de habla –y no solo lo que estoy tratando oficialmente de decir con él– mejor que tú (y acaso que yo) mismo; y que sepa comunicar mejor que yo, aun si la regla concreta del juego concreto es transmitir nada más que el sentido entendido oficialmente, cosa que ocurre únicamente en las situaciones sociales más enrarecidas y rígidamente institucionalizadas. Y también tiene la responsabilidad de comprender mejor que yo (y acaso que tú) mismo las razones que te han traído a ti a participar en este acto de habla. Esto es lo que transforma a un mero «traductor» en un mediador hecho y derecho: su capacidad de comprender

13. No es del todo así: la Editorial se reserva el derecho de exigirme ciertas concesiones o negarse a hacer público mi acto de habla. Tú me comprendes con la anuencia activa de quien ha aceptado publicar este acto de habla.

más allá de los sentidos oficialmente entendidos (independientemente de lo que en última instancia *haga* con esa comprensión). Una teoría general de la mediación tiene que explicar que el papel del mediador es, precisamente, modular –manipular, si prefieres– los sentidos entendidos oficialmente a fin de coadyuvar a que la comunicación supere toda suerte de obstáculos pragmáticos y hermenéuticos con miras a obtener su propósito metacomunicativo. Por ello mismo, una teoría general de la mediación interlingüe tampoco puede limitarse a explicar la reproducción y comprensión del sentido entendido oficialmente: debe dar un decisivo paso adelante y hablar de la reinducción del sentido metarrepresentado dentro del marco más general de la teoría de la pertinencia y hacer lugar a todos los ajustes que la comunicación metacomunicativamente exitosa implica.

LA TEORÍA DE LA PERTINENCIA DESARROLLADA

Sperber y Wilson definen la pertinencia¹⁴ como la razón entre los efectos contextuales producidos en determinado interlocutor por determinado acto de comunicación ostensiva (o sea, producto de una intención de comunicar) y el esfuerzo que necesita para procesarlo. La pertinencia es, pues, coto de la comprensión, no de la producción del habla (aunque rija también la producción en función de que el locutor se pone siempre, consciente o, la mayoría de las veces, inconscientemente «en los zapatos» de su interlocutor). Recordemos los dos Principios de la Pertinencia (1986/1995: 260 y siguientes).

– El primer principio es cognitivo: La cognición humana propende a maximizar la pertinencia.

– El segundo es comunicativo: Todo acto de comunicación ostensiva comunica la presunción de su óptima pertinencia.

De estos principios, Sperber y Wilson derivan la presunción de óptima pertinencia, que consiste de dos postulados:

a) El conjunto de supuestos que el comunicador se propone hacer manifiesto al destinatario es suficientemente pertinente para que valga el esfuerzo que el interlocutor debe empeñar para procesar el estímulo ostensivo.

b) El estímulo ostensivo es el más pertinente compatible con la capacidad y las preferencias del comunicador.

14. Mal traducida como teoría de la *relevancia*, aunque sospecho que, como ha sucedido con *confrontación*, el anglicismo terminará por prevalecer sobre el uso hoy por hoy castizo.

De esto se desprenden dos corolarios decisivos: la pertinencia es siempre 1) *ad hoc* y 2) relativa.

Yo agregaría que los principios se aplican a todo estímulo que el sujeto *perciba* como de comunicación ostensiva dirigido a él (puede atribuir intencionalidad donde, en rigor, no la hay, o no percibirla cuando sí existe o, simplemente, considerarla erróneamente como dirigida a él en lugar de a otro o viceversa) o que le interese procesar «como si» estuviese dirigido a él. Este matiz introduce el elemento clave de la *intencionalidad atribuida*, que resultará decisivo a la hora de analizar la situacionalidad desplazada propia de la comunicación escrita¹⁵.

Otro elemento crucial, como he puntualizado, es la intencionalidad detrás de la intencionalidad de comunicar propiamente dicha, es decir, el propósito que lleva al comunicador a comunicar lo que sea que comunique. Y otro la motivación que lo impele por lo pronto a comunicar algo y que, insisto, puede ser total o parcialmente inconsciente. No me refiero a la fuerza ilocutiva del acto de habla, que es, por así decir, parte constituyente de él. La fuerza ilocutiva puede captarse exclusivamente mediante el enriquecimiento proposicional y suele percibirse automáticamente, como componente del *LPI*. Pienso, más bien, en las complejas motivaciones conscientes e inconscientes que suscitan y rigen la (compleja) intención pragmática que rige el acto de decir. Ni tampoco me refiero a los efectos perlocutorios –que son también parte del acto de habla y se experimentan automáticamente junto con el *LPI*, aunque no necesariamente como parte de él–, sino a los efectos contextuales cognitivos y, especialmente, afectivos o cualitativos. Esta distinción resulta clara al nivel estético. Los efectos estéticos no son perlocutorios en el sentido tradicional; pero poco importa cómo los llamemos ni de qué forma operen, el hecho es que existen y que son ontológicamente independientes de la comprensión noética, lo que explica que podamos sentirnos afectados diferentemente por dos actos de comprensión del mismo *LPI*. Estos efectos son función de nuestra capacidad, sensibilidad y disposición en ese instante, que pueden no coincidir con nuestra capacidad, sensibilidad y disposición generales o con las de la media estadística de determinado grupo de interlocutores.

Pero eso no es todo. Comprender lo que el otro nos transmite proposicionalmente, comprender el conjunto de supuestos que nos quiere hacer manifiesto, no basta. Toda vez que tenemos un interés personal en comprender, queremos comprender también y con más anhelo cuáles son las motivaciones e intenciones

15. Es mi disensión fundamental con Eco (2001). No hay *intentio operis*, solo hay intención humana atribuida por el lector al autor de la obra.

reales del locutor y de dónde vienen. Y no solo cuando tenemos razones para creer que hay «gato encerrado». Sin duda, en muchas ocasiones todo lo que cuenta para los fines del mediador es el sentido «oficial», pero casi nunca a lo largo de todo un discurso o de todo un texto, ni siquiera en los encuentros políticos *in excelsis* o en los documentos más delicados. Sí, la comprensión del habla culmina en la percepción del sentido directamente entendido. Pero los seres humanos, repito, seguimos «pelando la cebolla» tan obsesivamente como lo exija nuestra noción de pertinencia. Como en el viejo chiste de los dos psicoanalistas que se cruzan por la calle y se dicen «Buenos días, doctor» para ponerse a pensar luego «¿Qué diablos me habrá querido decir?».

La limitación fundamental de la teoría de la pertinencia, creo, estriba en considerar que los efectos contextuales son puramente cognitivos, es decir que se ciñen a la manera como los afectan las creencias del sujeto. Me parece conveniente, como explicaba, añadir que los efectos de la comprensión pueden ser afectivos, o cualitativos, y que tienen más que ver con los aspectos fenomenales de las creencias (es decir con «cómo se siente» tenerlas) que con su aspecto noético. Si aceptamos este hecho, la teoría de la pertinencia explica los efectos estéticos, incluso sin entrar en su índole natural y social (territorio vastamente inexplorado). Es lo que ha tratado de hacer Pilkington (2000), aportando la última piedra que precisaba para concluir esta teoría.

En el libro homónimo del *Cuarteto de Alejandría* de Durrel, Justine, que de muchacha ha sido violada por el siniestro Capodistria, se estremece cuando leyendo una partitura llega al «d.c.». Comprende inmediatamente, claro, que ese «d.c.» quiere decir «da capo», una directiva normal al ejecutante para que vuelva a tocar el pasaje desde el principio; pero lo asocia también inmediatamente a «Capodistria» y el efecto cualitativo producido por su comprensión de este *LPI* perfectamente inocente la destroza. Tengo un ejemplo aún más ilustrativo y de la fuente más inesperada. En uno de los episodios de la vieja serie televisiva *Bonanza*, el viejo Cartwright y un pintor que se ha quedado ciego están al borde de un barranco desde el cual se ve un paisaje espléndido. El ex pintor se lamenta de haber perdido la vista, evoca el paisaje que ha plasmado tantas veces en la tela y comienza a describir la imagen que ve en su mente. Cartwright comenta que lo que el ciego acaba de describir es más hermoso que lo que él está viendo. Es un momento un tanto cursi, pero sumamente revelador. Lo que Cartwright le habría dicho a su amigo con el metalenguaje de este libro es que los *qualia* de la percepción de segundo grado producida en él por el enunciado de su interlocutor eran estéticamente más gratificantes que los de su percepción óptica. Gracias a

la representación semántica intermedia, adobada por los atributos extrasemánticos del habla, transformar la percepción de segundo grado en una imaginaria de primer grado resultaba sencillamente «más placentero» o «conmover» que percibir directa –o sea naturalmente– el paisaje. Estos *qualia* no pueden haber sido inducidos exclusivamente por el contenido noético (él mismo una abstracción proposicional inducida por la representación semántica). Había algo más, relacionado, sin duda, con el contenido noético y en este caso con la manera como se verbalizaba, que producía el efecto. Este «algo más que produce el efecto» es lo que una teoría general de la comunicación, de la traducción y, más aún, de la mediación, no puede menos de conceptualizar e incorporar.

ALGUNAS CONSIDERACIONES ADICIONALES SOBRE LA SIMILITUD Y LA IDENTIDAD

Hemos visto cómo la textualización del habla a través de la escritura, y últimamente incluso la conservación de la señal acústica del habla oral nos han llevado a una reificación del habla, a tratarla como un objeto que está allí fuera (y no en nosotros), susceptible de ser observado y disecado como un cadáver en la morgue. Me atrevo a aventurar que esa reificación nos ha hecho ver la traducción como un problema de equivalencia *existencial* entre cadenas de signos lingüísticos en vez de identidad *esencial* entre percepciones hablísticas y sus causas o, de manera menos metafísica, de equivalencia entre especímenes que no de identidad entre especímenes diferentes y el tipo subyacente. La escritura es al habla lo que la grabación fonomagnética al sonido y la cámara cinematográfica a la imagen. La cámara lenta, por ejemplo, permite a la vez la reproducción y la descomposición del movimiento. Gracias a ella es posible visualizar, por caso, la trayectoria de los proyectiles o el «dibujo» de los movimientos musculares de los atletas. Por su parte, la grabación fonomagnética nos posibilita el análisis minucioso y reiterado del habla oral. Ambos medios nos dejan percibir mucho más detalladamente el soporte natural del habla: la realidad del sonido y los movimientos de la lengua y demás componentes del aparato fonatorio. Es así como se revela en toda su amplitud el carácter artificial¹⁶ de la escritura y la forma como esa artificialidad ha llevado a la humanidad no ágrafa a una concepción apostata del habla como lectura de la escritura, como si el habla verdadera estuviese

16. Artificial en el sentido más estricto: la escritura es a la vez un artefacto y un artificio que algunas sociedades han ideado. En modo alguno pretendo denostar tan precioso don que, entre tantas cosas más importantes, permite que yo haya escrito, que tú leas, que alguien alguna vez traduzca y que muchos otros puedan leer este libro.

en la página y la oralidad no fuera más que una versión desprolija, descuidada y torpe de impolutas estructuras superficiales chomskianas perfectamente encarnadas en la inmutabilidad de los grafemas. No podemos ni comenzar a hablar de traducción si no desterramos primero esta noción desquiciada del habla.

Para comprender más cabalmente la naturaleza perceptual del habla a diferencia de su simbolización en grafemas congelados, me parece ilustrativo echar una ojeada al «habla» musical. La *Appassionata* de Beethoven comenzó como una percepción acústica mental en la cabeza del genial sordo, quien, para comunicarla a los demás, debió tornarla sensorialmente perceptible a través de un «acto de habla» musical (directamente acústico o, como este texto, mediante claves gráficas que permitan evocar los sonidos). A diferencia de sus famosas improvisaciones, que jamás anotó y se han perdido para siempre, Beethoven sí consignó su *Appassionata*: valiéndose de un sistema de notación convencional, la redujo aproximadamente a signos gráficos. Aproximadamente tan solo, todo lo aproximadamente que el sistema de notación y su mano rebelde permitían, nada más (los tiempos, los equilibrios sonoros, el fraseo y todo aquello que transforma los sonidos en música fueron desde un inicio cuestión, precisamente, de interpretación¹⁷). Podemos decir que la comunicación de la *Appassionata* percibida por Beethoven habrá prosperado para nosotros si logramos una percepción musical idéntica. Salvo por telepatía, para volver a producir la percepción es menester reproducir el estímulo semiótico o acústico. Como con el habla, la notación permite representar gráficamente a grandes rasgos los sonidos, pero a nadie (sobre todo a la inmensa mayoría de melómanos que no pueden leer una partitura) se le ocurriría que la *Appassionata* «está» en la partitura, y mucho menos aún que «es» la partitura. Lo único que está en la partitura son las claves semióticas gráficas para volver a producir inferencialmente la percepción musical (y, a partir de esa evocación, para tocar esas notas en el piano)¹⁸. Es importante recalcar que como la notación convencional es simplemente aproximada, todo lo que transforma

17. Barbara Hendricks lo dijo con todas las letras en cierta entrevista: «Trato de comprender lo que el compositor quiso que yo transmitiera mediante la partitura que compuso». La partitura no es, entonces, más que un medio, una serie de claves. El insigne Sergiu Celibidache, por su parte, decía «no hago más que averiguar la intención del compositor, que vivió una experiencia y buscó la estenografía adecuada para anotarla. Y nosotros partimos de esta estenografía para revivir la experiencia» (notas a su grabación de las sinfonías 103 y 104 de Haydn, EMI 5 56518 2, pág. 6).

18. Me vienen a la cabeza dos casos pertinentes. En el cuarto movimiento de su *Sexta sinfonía*, Mahler pedía de su percusionista un golpe más ensordecedor del que el bombo podía producir. Su precepto mental no podía reproducirse mediante el instrumento intenido (Osimo y Venuti

esas notas de meros sonidos en auténtica música es cuestión de interpretación, lo que, *mutatis mutandis*, se aplica igual a cualquier acto de lectura¹⁹.

Pero ¿dónde «está» la *Appassionata* de Beethoven cuando nadie la está tocando o tarareando mentalmente? Pues junto con la lengua y los actos de habla pasados: en ninguna parte (o, si te incomoda menos, igual que la *Iliada* y la *Odisea*, durante los primeros siglos de su existencia, distribuida irreconociblemente en trillones de neuronas de los pocos cerebros que la retienen íntegra). La partitura y los discos, los libros y las cintas de los respondedores nos permiten conservar, pues, aunque no siempre con toda eficacia, las cadenas acústicas, o, más indirectamente, las claves gráficas de las cadenas acústicas utilizadas alguna vez para verbalizar perceptos en actos concretos de habla musical o propiamente dicha. No hay otra forma. Por muchas veces que se repita, toda percepción musical o hablística es un fenómeno singular y efímero. En el caso de las señales de segundo grado, la aparente inmovilidad del texto escrito enmascara, en efecto, el hecho decisivo de que a) es imposible reverbalar un *LPI* espontáneamente de la misma manera (ningún poeta puede escribir de manera espontánea dos veces el mismo poema) y b) cada acto de comprensión es también singular y efímero, de modo que aunque la identidad perceptual sigue siendo el criterio de la comprensión, los efectos contextuales (cognitivos o afectivos) no son nunca los mismos. Fuera de un acto de comprensión concreto (o de múltiples actos de comprensión concretos) *no hay* texto, sino simples contrastes sobre el papel o bitios en las microfichas informáticas.

Sin parar demasiadas mientes en sutilezas, podemos decir que el objeto de la percepción es un tipo, y que sus materializaciones son especímenes, y que, como adelantaba, la relación entre tipo y espécimen es *esencial*, mientras que la relación entre especímenes es *existencial*. Hay un salto categorial entre estos dos tipos de relación, de modo que las diferentes versiones de, pongamos, la

dirían que esos decibeles imaginarios constituían el «residuo»). En la Argentina, teníamos un legendario profesor de composición y armonía, el austriaco Erwin Leuchter, quien, me cuentan, se negaba a escuchar interpretaciones grabadas o en vivo de ninguna obra aduciendo que no había intérprete que pudiese hacerles justicia. Prefería percibir las directamente, sobre la base de las notas impresas, como quien se negara a ver ninguna escenificación del *Hamlet* sobre la base de que es imposible hacer justicia a Shakespeare.

19. Peter Brook (*The Herald Tribune*, 27-28 de enero, pág 22), comenta que si bien no se dejaba arredrar en su interpretación de las piezas menores, en el caso del *Hamlet* «tenía tanto miedo que no hacía otra cosa que dejar que hablara por sí mismo, lo que es un gran error, porque las obras teatrales no pueden hablar por sí mismas» (la cursiva es mía); como tampoco puede ningún otro «texto».

Appassionata pueden compararse entre sí, disecarse, desmenuzarse, declararse peores o mejores, más lentas o más veloces, más o menos fieles al modelo ideal que cada uno tiene en la cabeza. Si Beethoven nos hubiese dejado grabada una interpretación suya de la *Appassionata* (como Ravel nos la ha dejado de su *Mi madre la oca*), no sería más que eso: una versión, una «verbalización» más de su percepción musical –que podría compararse con otras versiones y juzgarse similar o equivalente a ellas–, pero no la percepción misma. Por cierto, las versiones que Stravinski y Ravel, entre otros, nos han dejado de sus respectivas percepciones musicales no son muy buenas que digamos. Las hay muchísimo mejores, y a nadie se le ocurre que las de los compositores son necesariamente más fieles. Percibir y hacer percibir son actividades diferentes que requieren diferente capacidad y talento. Lo que, de paso, explica que haya traducciones e interpretaciones muy superiores a sus originales; o genios literarios como Dostoievski que perciben mejor de lo que escriben.

Tanto en el caso de la percepción natural, de primer grado, de la música, como social, de segundo grado, del querer decir, ese «mejor» suele juzgarse en función de los efectos (cognitivos, afectivos, pragmáticos, estéticos) que la percepción produce, por encima de los aspectos puramente musicológicos o filológicos. En general, solemos considerar «mejor» la versión musical o verbal que nos afecta más conformemente a la intención que presumimos en el compositor o en la persona que nos habla (amigo o enemigo, ensayista, relojero o poeta), o la que más idóneamente nos emociona, divierte, aclara, convence, etc.²⁰. Como sabemos, los efectos de la percepción suelen ser más pertinentes que la percepción misma.

Es importante hacer hincapié en la salvedad fundamental: la percepción musical es simplemente una percepción acústica, de primer grado, de un objeto natural como son los sonidos. La percepción hablística, en cambio, es una percepción social, de segundo grado, de un objeto social como es el querer decir. Una percepción social basada, desde luego, en la percepción natural de los sonidos o los grafismos en que se tornan los signos lingüísticos que le dan forma hablística. Pero no se trata de una percepción de esos signos mismos, de

20. Y a veces, preferimos las versiones que sabemos menos «fieles». Aun hoy la mayoría de los melómanos acaso prefieren las versiones tradicionales de la *Appassionata* que las decididamente anémicas que consienten los *fortepiani* originales. Y, francamente, a mí me sigue emocionando más la *Quinta* romántica de Furtwängler que la musicológicamente irreprochable de Norrington. Idénticamente, como veremos, hay traducciones que no son tan buenas como traducciones, pero que muchos lectores prefieren de todos modos.

su «música» o su «ruido», sino de una intención de decir, de un mensaje, de un sentido noético afectivamente cincelado que, al menos proposicionalmente, puede expresarse de infinitas maneras con los signos del mismo o de diferentes sistemas lingüísticos.

Como todos los demás textos, este es también *una* versión de la percepción que expresa (hay, por lo pronto, *otra*: la versión inglesa). Lo que hace que nuestra comunicación prospere es la identidad entre mi percepto original y el tuyo, no la similitud o equivalencia de las cadenas originales o traducidas que lo vehiculen. Estas líneas que estás leyendo son, en otras palabras, la partitura del espacio perceptual habléstico que procuro producir en ti verbalizando el mío en lengua castellana. A medida que lo voy anotando desaparece, y tú no haces sino buscar, en estas pruebas circunstanciales que te dejo, el fantasma de mi acto de habla, que solo llegará a prosperar en la medida en que logres percibir lo que percibo yo ahora (o, más bien, lo que percibía mientras anotaba): no algo parecido, similar o equivalente, sino *idéntico*, idéntico en lo pertinente para ti y para mí. Volverás a leer estas líneas y la percepción –y, sobre todo, los efectos que te produzca– no serán nunca exactamente los mismos, como no lo serán las de los otros lectores, incluido yo mismo cuando me vuelva a leer. Pero el acto de habla volverá a prosperar en tanto que, por encima de todas esas diferencias, subsista una identidad pertinente entre esto que quiero decirte y esto que entiendes, te convenza o no de mis razones. Esta identidad suele ser imposible de demostrar: solo puede postularse; pero la práctica social nos dice que existe, puesto que podemos comprendernos unos a otros respecto de nuestro entorno material y de nuestro mundo social.

Podemos postular, además, que si la versión que Ravel grabó de su propia *Mi madre la oca* no es sino un espécimen, una muestra de su percepción; la verbalización que Shakespeare dejó de *Hamlet* no es sino un espécimen de la suya. Como dice Kipling acerca de escribir un poema: «There are nine and twenty ways... And never think that one of them is right» [hay veintinueve maneras... y nunca creas que una es la justa²¹]. En otras palabras, los originales no son tipos sino especímenes; canónicos acaso, pero nada más. La traducción no puede ser idéntica al original (es decir a otro espécimen), pero el *LPI* que ella verbalice sí

21. Fíjate qué atroz la verbalización española: ¿de qué sirve la precisión aritmética de ese arbitrario veintinueve (¿por qué no treinta o cien o mil?) una vez eliminada la inversión y exterminado el ritmo? Desaparecidos los efectos, queda un contenido proposicional torpemente expresado, contraproducente. Si no fuera para dar pie a esta nota, más me habría valido omitir la cifra por completo. Pero claro, dirá algún despistado a la hora de traducir no esta cita sino el original, igual *hay* que traducir la cifra exacta, ¡como que está en el sacrosanto original!

que puede –y, para que la traducción prospere en cuanto tal, *debe*– ser idéntico al *LPC* que suscite. Y vienen aquí muy a propósito los tratados internacionales multilingües, que se suponen igualmente válidos en todas las versiones, independientemente de cuál haya sido la supuesta lengua original (nunca la hay de veras, ya que el putativo original, como este mismo libro, termina siendo una amalgama de «retraducciones» de los otros idiomas²²). Cualesquiera las diferencias entre ellas, las versiones de estos tratados se consideran todas especímenes del mismo *LPI* (todas prohíben y permiten lo mismo, en las mismas circunstancias y por los mismos motivos). No hay más que *un* tratado, aunque en seis o diez o cien idiomas. El hecho de que a veces las partes contratantes convengan en que una de las versiones prevalezca en caso de interpretaciones encontradas no la transforma en original, sino en *primus inter pares*, en el espécimen canónico reconocido, con el único objeto de simplificar la interpretación del *LPI*. Ahora bien, mientras que para la traducción instrumental la verbalización canónica del *LPI* suele no ser pertinente, en una traducción documental, en cambio, debe existir cierta relación entre los atributos pertinentes de su verbalización canónica y cualquier otra. En esos casos, tal traducción no solo reverbaliza el *LPI*, sino que también *representa* su verbalización canónica en la nueva lengua.

Volviendo a un ejemplo sencillísimo, nuestra comprensión del principio de Arquímedes es idéntica al principio, no similar ni equivalente, al margen de la similitud o equivalencia entre su verbalización primigenia, las que hayamos leído y la que nos venga a la mente cada vez que lo recordemos o procuremos enunciar, y de los efectos (desde la admiración hasta el hastío) que nos produzca; y por eso puede ser también verbalizado en las lenguas gestuales. Esta identidad pertinente de perceptos hablísticos se manifiesta por lo común en una cierta relación entre los respectivos espacios formales, pero eso es una mera coincidencia estadística. El viejo litigio en torno del *grado suficiente de similitud* o del *grado necesario de equivalencia* no es más que una hipóstasis que ha plagado la traductología hasta la revolución landiana. Por fin podemos ver el problema tal como es: las diferentes verbalizaciones serán más o menos similares o se juzgarán más o menos equivalentes en la medida en que posibiliten la identidad pertinente del sentido. La equivalencia, entonces, no es la condición de la traducción sino su consecuencia. La especie ha sobrevivido, pienso, gracias a que podemos comunicarnos «lo que pensamos», cosa que, al posibilitar la intencionalidad co-

22. Para un análisis del fenómeno dentro de la UE, ver *Perspectives* 9:4, 2001, con contribuciones de Schäffner, Wagner, Dollerup, Koskinen, Stolze y Šarčević.

lectiva, ha permitido, a su vez, el desarrollo de las fuerzas productivas y de la superestructura social. La relativa inefabilidad de «lo que sentimos», en cambio, no ha obstado a que descubriéramos la penicilina o «inventáramos» los camarones al ajillo. El lenguaje, en otras palabras, no aparece ni se desarrolla en respuesta a una necesidad de comunicar sentimientos; este es un uso subsidiario al que se presta claramente menos, un poco como las manos a tocar el violonchelo. Esta diferencia ontológica entre lo noético y lo pragmático (sin hablar ya de entre lo noético y lo poético) explica, por ejemplo, que haya una sola ciencia –posible, o sea, efable y por ende traducible, en cualquier lengua– y tantas literaturas como dialectos, a menudo reacias a una traducción eficaz o, mejor dicho, pertinente. Lo que el *LP* permite que nos representemos es, básica –o acaso exclusivamente–, el sentido noético. Todo lo demás es un subproducto de la percepción hablística y, por ende, cae fuera de la producción y comprensión del habla propiamente dicha. Creo que no podremos solucionar ni teórica ni prácticamente el problema de la comunicación ni de la traducción si no establecemos una clara distinción ontológica entre lo cognitivo y lo afectivo, al margen de que, en la práctica, esta distinción se vaya haciendo difícil de establecer.

El meollo de la comunicación exitosa radica simplemente en la identidad de las percepciones del sentido, cual es su propósito. Esta identidad, repito, no puede verificarse en el laboratorio (nadie puede tener la absoluta certeza de haber comprendido o de haber sido comprendido), pero se corrobora empíricamente todos los días. Los humanos logramos comunicarnos la mayoría de las veces, o al menos con suficiente frecuencia para haber logrado la supervivencia de la especie. La incertidumbre metafísica es algo que toleramos «tan campantes» en la comunicación cotidiana, donde tenemos en juego tantos intereses personales. ¿Por qué tendría de quitarnos el sueño, entonces, que la traducción padezca de las mismas limitaciones? No andarán tan mal las cosas si de una u otra forma seguimos viviendo, con la certeza elemental de que podemos comprender razonablemente (léase pertinentemente) el teorema de Tales, las recetas de cocina o *Hamlet*, en el original o en innumerables traducciones orales o escritas, incluso si a veces nos queda la duda de si hemos comprendido realmente lo que han comprendido los demás o lo que los famosos o anónimos iniciadores de esos actos de habla se proponían realmente decir. La investigación empírica nos deja a las puertas de la naturaleza social de esta identidad, pero es incapaz de penetrar en ella... al menos por ahora, que yo sepa. Una vez que hemos comprendido y aceptado esta tozuda realidad, podemos orientar y desarrollar eficazmente la práctica, la enseñanza y la conceptualización de la traducción y la interpretación.

PENSAR PARA HABLAR

Hay toda una escuela de pensamiento lingüístico, inicialmente expresada por Humboldt y articulada en la teoría de Sapir-Whorf, según la cual cada lengua —es decir, cada sistema de organización del habla— determina la forma como los hablantes perciben el mundo. Es indudablemente verdad que, dentro de ciertos límites y hasta cierto punto, el instrumento determina la tarea: el mismo Beethoven no escribía para el piano como escribía para el violín, y su propia transcripción para el teclado del *Concierto en re mayor* es magníficamente ilustrativa. Pero ¿cuál es la tarea que esos instrumentos semióticos que son las lenguas, dentro de ciertos límites y hasta cierto punto, determinan? Con Slobin, creo que no es tanto la de percibir como la de producir percepciones. Slobin procede a un experimento tan sencillo como espléndido: presenta a una serie de niños de entre tres y nueve años de edad, que hablan diferentes lenguas, la misma historia infantil ilustrada en una serie de imágenes y les pide que describan lo que ven. Los niños, claro, no describen «lo que ven» sino su interpretación de las imágenes que perciben, del movimiento que ellos mismos atribuyen a la sucesión de contrastes estáticos. La codificación semántica y gramatical de ciertas categorías, como perfectivo e imperfectivo (los niños hispanohablantes, por ejemplo, distinguen el niño que *cayó* del perro que *corría*), no responde, sostiene Slobin, a maneras de «ver»²³. Dificilmente todo aquello que está en la imagen y que *podría ser* gramaticalmente codificado en todas las lenguas se encuentra implícitamente presente cuando la miramos. En gran medida, la gramática marca distinciones que son pertinentes para el *discurso*. Al hablar en castellano no tenemos más remedio que presentar nuestra representación de las acciones pasadas en relación con su comienzo o fin (con tiempos perfectivos) o independientemente de ambos (con tiempos imperfectivos)²⁴; no podemos, señala Slobin, sino adoptar un punto de vista gramaticalizado.

23. Gile (1985) cita un experimento similar con estudiantes de traducción.

24. La diferencia entre estos dos enunciados del mismo hecho histórico: Véase «El 12 de octubre de 1492 Colón descubrió América» y «El 12 de octubre de 1492 Colón descubría América» es de perspectiva. La diferencia consiste en «pensar» el hecho como consumado o en proceso de consumación. En esta perspectiva, el castellano me obliga a gramaticalizarla exclusivamente en las formas simples del pretérito, que conservan la distinción aspectual. El ruso, por su parte, hace obligatoria la diferencia aspectual en todas las formas y tiempos, incluido el infinitivo; es decir que los verbos vienen por pares: no hay un verbo «escribir», o «pensar» o «convencer», sino dos, aunque el imperfectivo suele considerarse el miembro no marcado.

*For instance, in English I might say: «The bees are chasing the dog» or «The dog is being chased by the bees.» Neither of these viewpoints –active or passive– is in the percept. Active and passive constructions serve to organize the flow of information connected to discourse. Thus, even within a single language, grammar provides a set of **options** for schematizing experience for the purposes of verbal expression. Any utterance is multiply determined by what I have seen or experienced, my communicative purpose in telling you about it, and the distinctions that are embodied in my grammar. The world does not present «events» and «situations» to be encoded in language. Rather, experiences are filtered through language into verbalized events. A «verbalized event» is constructed on-line, in the process of speaking.*

[Por ejemplo, en inglés podría decir «las abejas están persiguiendo al perro» o «el perro es perseguido por las abejas». Ninguno de estos puntos de vista –activo o pasivo– está en el percepto. Las construcciones activa y pasiva sirven para organizar el flujo de la información relacionada con el discurso. De esta forma, incluso dentro de una misma lengua, la gramática ofrece una serie de *opciones* para esquematizar la experiencia a los efectos de la expresión verbal. Todo enunciado está múltiplemente determinado por lo que he visto o experimentado, el propósito comunicativo que tengo al decírtelo y las distinciones plasmadas en mi gramática. El mundo no presenta «acontecimientos» ni «situaciones» que codificar mediante el lenguaje. Lo que ocurre es que las experiencias se filtran a través de la lengua para transformarse en acontecimientos verbalizados. El «acontecimiento verbalizado» se construye en línea, en el proceso de hablar.]

(1996: 74-75).

Es improbable, sostiene, que todos los hablantes tengan plena conciencia, pero no hay duda de que todo enunciado es una esquematización selectiva del concepto que expresa, una esquematización que, hasta cierto punto, depende de los significados gramaticalizados de la lengua y que el hablante escoge para expresarse verbalmente. Para Slobin, la expresión lingüística de la experiencia es *pensar para hablar*. Cuando accedemos a los contenidos de la mente para utilizarlos, los abordamos de manera diferente de cuando accedemos a ellos para lucubrar; o sea, que la actividad de pensar adquiere cierta calidad particular cuando se emplea para la actividad de hablar. En el lapso evanescente que tenemos para producir el habla calzamos nuestras ideas en los marcos lingüísticos²⁵ disponi-

25. Es lo que Neubert llama, precisamente, *framing*, para señalar que lo que distingue el estilo transparentemente «traductoril» (o sea transparentemente opaco) es el «encuadramiento» antinatural, antiidiomático.

bles (producimos *LPI*). Pensar para hablar supone seleccionar los atributos de los objetos y acontecimientos que corresponden a determinada conceptualización y que pueden gramaticalizarse automáticamente en la lengua que estamos hablando. Al adquirir su lengua, el niño aprende determinadas formas de pensar para hablar. Una forma de investigar esta hipótesis es comparar la manera como hablantes de lenguas diferentes describen los mismos acontecimientos. Y agrega más que reveladoramente:

This approach is well known to students of translation, and there is a fascinating literature showing that translations of the same text cannot help but add or remove nuances in accord with the characteristics of the given language.

[Este enfoque es muy familiar para los estudiantes de traducción. Existe una literatura fascinante que muestra cómo las traducciones de un mismo texto no pueden sino añadir o sustraer detalles según las características de la lengua dada.]

(*ibid.* pág. 76).

Vemos cómo se perfila una vez más un hecho decisivo para la traducción: la representación semántica no es más que una manera posible de informar semánticamente un concepto o una proposición, pero no ha de confundirse con el concepto ni la proposición mismos (es decir con el *LP*). Otra ventana sobre el habla que Slobin abre sin darse cuenta es que su descubrimiento permite explicar, *contrario sensu*, la diferencia entre el habla interiorizada y el habla propiamente dicha: en el primer caso, no se trata ya de pensar para hablar, sino de *hablar para pensar*, y eso explica la organización tan *sui generis* del habla interiorizada, su aparente descalabro, su articulación permanentemente incompleta, en mil direcciones a la vez y en ninguna en particular; ese caos que Joyce apenas si logra remedar (después de todo, él sí está pensando para hablar y hablando para comunicar) en las últimas magistrales páginas de su *Ulises*. Y no solo que las diferentes lenguas exigen, posibilitan o dificultan ciertos puntos de vista, sino que cada lengua ofrece a sus hablantes diferentes repertorios de puntos de vista posibles. Así, dentro de los límites de su lengua (o, más rigurosamente, de su conocimiento de la lengua) el hablante a la vez a) *puede escoger* la manera de expresar toda percepción del entorno o del mundo y b) *debe hacerlo*. Esta dialéctica de la libertad y la necesidad es otra constante de la vida humana que, inevitablemente, tiene consecuencias decisivas para la mediación.

EL FETICHISMO DE LA REPRESENTACIÓN SEMÁNTICA

Si los objetos de la comunicación espontánea son *LPI*, debe haber entonces una diferencia ontológica entre sentido entendido (y/o comprendido) por los hablantes y el significado lingüístico —es decir, sistémico, lexicográfico— de las cadenas signicas que lo vehiculan. La cuestión es dónde buscarla exactamente. A mi modo de ver, esta frontera suele trazarse erróneamente entre el significado sistémico potencial de la unidad léxica o del sintagma y el significado más o menos coherente de unas cadenas lingüísticas más o menos cohesivas (básicamente, oraciones o cláusulas), ya que, una vez articuladas sintácticamente, el potencial semántico de las unidades se contextualiza y, por ende, queda automáticamente reducido. Entre significado sistémico y representación semántica hay, pues, una distinción importante y universalmente reconocida. Toda cadena más o menos cohesiva puede suscitar una representación semántica, que no es sino una interpretación más o menos plausible de su significado, algo que el ordenador suele captar más eficientemente que los seres humanos. Es el caso que cita Pinker (1994: 209) de la oración inglesa «Time flies like an arrow», a la que un ordenador no tuvo dificultad en atribuir las siguientes representaciones semánticas no metafóricas cohesivas:

1) «Time proceeds as quickly as an arrow proceeds» [El tiempo avanza tan rápidamente como avanza una flecha].

2) «Measure the speed of flies in the same way that you measure the speed of an arrow» [Tómales el tiempo a las moscas como se lo tomarías a una flecha].

3) «Measure the speed of flies in the same way that an arrow measures the speed of flies» [Tómales el tiempo a las moscas como se lo tomaría una flecha].

4) «Measure the speed of flies that resemble an arrow» [Tómales el tiempo a las moscas que se parezcan a una flecha].

5) «Flies of a particular kind, called “time flies”, are fond of an arrow» [A las moscas de tipo «time» les gusta una flecha]²⁶.

Esta es, precisamente, la enorme ventaja del lenguaje sobre los demás sistemas semióticos: hace posibles las representaciones semánticas, modelos precisos, detallados y flexibles de la experiencia, estructurados en forma proposicional, que pueden generarse y manipularse sobre la base del significado lingüístico de los enunciados. De modo que existe, en efecto, una importante

26. Por cierto que uno de mis colegas ha descubierto otra representación: «The flies of time like an arrow» [A las moscas del tiempo les gusta una flecha].

distinción entre significado potencial y representación semántica. Lo que no se suele ver tan claramente, en cambio, es que sigue siendo una distinción entre niveles lingüísticos, una distinción *dentro* de la lengua. La frontera entre significado y sentido, pienso, debe buscarse un nivel más arriba, en la intersección de lenguaje y pensamiento²⁷, entre representación semántica y sentido, o sea, entre $Fo(Xm^L, Sm^H)$ y $LPIo$. Como explica tan claramente Gutt:

The semantic representation is a representation that is the output of the language module of the mind. However, because the language module of the mind handles only linguistic data, the semantic representations, which it produces as output, are not normally complete and fully truth-conditional propositions or assumptions, but rather assumptions schemas or 'blueprints for propositions' [...] which need to be developed and enriched in a number of different ways [...] Verbal communication involves two distinct kinds of mental representations: semantic representations that are the output of the language module of the mind, and thoughts with propositional forms that are derived from semantic representations by further processing. The way in which audiences get from semantic representations to propositional forms crucially involves the use of context.

[La representación semántica es producto del módulo lingüístico de la mente. Solo que, como este módulo del lenguaje maneja únicamente datos lingüísticos, las representaciones semánticas que produce suelen no ser proposiciones o presuposiciones completas ni plenamente verificables, sino *esquemas de supuestos* o «borradores de proposiciones» que necesitan desarrollarse y enriquecerse de diferentes maneras. La comunicación verbal implica dos clases distintas de representaciones mentales: representaciones semánticas, que son el producto del módulo lingüístico de nuestra mente, y pensamientos con forma proposicional, que se derivan de las representaciones semánticas mediante un procesamiento ulterior. La manera como los interlocutores proceden de las representaciones semánticas a las formas proposicionales pasa decisivamente por el uso del *contexto* (es decir, todos los parámetros lingüísticos y no lingüísticos situacionalmente pertinentes. S.V.).]

(1991: 24-25)

La existencia de tal módulo especializado (como hipotetiza Fodor (1975) y tras él, entre otros, Jackendoff (1992)), independiente de los módulos que generan y procesan la información conceptual (o sea, el pensamiento) se corrobora neurofi-

27. O, mejor dicho, la elucubración. Como puntualiza Roothauer (1978), no hay duda de que el músico piensa en la partitura que está componiendo, pero seguramente sin palabras.

siológicamente. El significado léxico de las palabras, que, junto con sus atributos sintácticos y forma fonológica, es componente básico de cada lexema y por ende parte de la competencia lingüística del hablante, es vulnerable a la afasia. Pero no así las representaciones conceptuales, que no entran dentro de la competencia lingüística, aunque sí son vulnerables a otras formas de deterioro mental (Paradis 1997).

Como en la vida real nunca nos topamos con oraciones sino con enunciados intencionales socialmente pertinentes, damos por sentado automáticamente que cualquier oración es, en realidad, un enunciado, y procedemos como en toda situación similar: procuramos encontrarle una interpretación adecuada (o, al menos, plausible), producimos un *LPC*. Incluso una frase semánticamente incoherente, pero gramaticalmente cohesiva como la famosa «colorless green ideas sleep furiously» de Chomsky se percibe y procesa, sobre la base del principio de la pertinencia, como enunciado en definitiva lógico, aunque obviamente metafórico y abstruso: «*verdes ideas incoloras duermen rabiosamente... [el fauno se sueña insomne en ese bosque verde cuyos colores se esfuman entre el ruido salvaje de las bestias]*». Bajtín (1979: 281) lo dice con todas las letras: no intercambiamos proposiciones como tampoco intercambiamos palabras, ni reaccionamos ante proposiciones, sino a lo que el otro quiere comunicarnos con ellas. Como tendemos a tratar todo segmento de lengua más o menos cohesivo como acto de habla intencional, llegamos a veces a creer que podemos traducirlo, es decir traducir habla en vez de trascodificar lengua. Precisamente a este nivel, donde el plano virtual, abstracto, indeterminado de la lengua se cruza con el plano real, concreto, determinado del habla, se producen la traducción automática más avanzada y la traducción humana lingüísticamente idónea pero comunicativamente ingenua. Aquí, con un grado de refinamiento infinitamente superior al de la máquina, muchos traductores olvidan buscar un *LPIo* detrás de la representación semántica, la confunden con el sentido del enunciado y acaban haciendo pasar el gato de la forma semántica por la liebre del sentido entendido. No llegan a comprender que «traducir» la representación semántica es tan imposible como traducir una palabra aislada, ya que traducir es «re-producir» el *LPI* y no su forma semántica. El submodelo de la traducción escrita explica este mito. El *LPIo* que la comunicación y la traducción tienen por propósito transmitir, si bien presentísimo en el acto de escritura, está ausente del acto de lectura: es menester inferirlo. Todas las exhortaciones pedagógicas a traducir el «sentido» en vez de las palabras no son, de hecho, más que exhortaciones a inferir el *LPIo*, a traducir sobre la base de un *LPIi* coherente.

Es también al nivel de la representación semántica como, obnubilado igualmente por ella, el cliente ingenuo busca la equivalencia y protesta si no la encuentra. Esta es la maldición gitana del mediador: el fetichismo de la representación semántica, la confusión ontológica entre el significado lingüístico más o menos cohesivo y el sentido intenido. Me hago perfectamente cargo de que mi hipótesis debe ser analizada más a fondo, pero creo que casi toda la polémica acerca de la equivalencia textual se reduce a una ponderación diferente del papel que la representación semántica desempeña en la comunicación.

EL OBJETO DE LA PERCEPCIÓN HABLÍSTICA

¿Cuál es, entonces, el objeto de la percepción hablística entendida como espacio perceptual complejo? Vayamos por partes. A medida que leemos, nuestra retina no puede registrar más que ondas de diferente amplitud; eso es todo lo que nuestros ojos pueden hacer. En tu caso, lo único que percibes a través de ellos son contrastes, dibujitos negros sobre fondo blanco, que es lo único que percibiría un analfabeto²⁸. Sabes, sin embargo que son letras del alfabeto romano y, aplicando automáticamente tu paquete hermenéutico sobre la base de los principios de la pertinencia, percibes tras ellas una intención comunicativa. Te gustará el mensaje o no, y acaso el mensaje que recibes no es el que quería transmitirte, pero (crees que) sabes que estas letras, palabras y cláusulas no son meras cadenas de signos lingüísticos, ya que –atinada o erróneamente– lo que tu paquete hermenéutico, tu aparato perceptual de segundo grado, te hace percibir es, justamente, una intención comunicativa y su consiguiente mensaje²⁹.

Esto es lo que realmente percibe tu conciencia. Y por esto te estás tomando el trabajo de leer este libro. Tu cerebro –aún no sabemos cómo, eso es algo que

28. Como efectivamente lo eran para los copistas medievales que se limitaban a copiar dibujos.

29. Creo que fue Searle quien se preguntaba qué ocurriría si un gato, paseándose por el teclado de un ordenador, llegase a «escribir» el *Hamlet*. Desde el punto de vista perceptual, nada. Seguiríamos leyéndolo como un mensaje intenido, preguntándonos si acaso una misteriosa mano consciente no habría guiado al gato como gobierna la coreografía de las letras en un tablero Ouija. Volviendo a la percepción musical, hay ordenadores que «componen» cuartetos de cuerdas. Pero a la hora de tocarlos, los instrumentistas proceden como si hubiera detrás de las notas una percepción acústica intendida. Ni el *Hamlet* «escrito» por el gato ni un cuarteto de Haydn «compuesto» por un ordenador pueden hablar ni tocarse solos. Ciertamente, hay ordenadores que también producen sonido sintético. Pero cuando lo escuchamos, oímos música intendida, no aleatoria. Como con esos puntitos luminosos que se parecen tanto a Cary Grant ayudando a Eva Marie Saint a trepar por el monte Rushmore, no podemos impedir que nuestro aparato perceptual nos engañe.

están tratando de averiguar los estudiosos de las ciencias naturales— transforma esta percepción natural, puramente óptica, en un mensaje intencional exactamente de la misma manera como transforma esos mil puntos de luz de la pantalla del televisor en Antonio Banderas. En tanto que ciencia social, a la teoría de la traducción estos procesos cerebrales le interesan tanto como a la teoría de la percepción literaria o del ajedrez, o sea, poco o nada³⁰. El objeto de la percepción hablística, por consiguiente, es lo que el otro quiere decirnos «oficialmente». Así, explica García Landa, cuando tenemos una percepción hablística percibimos (o creemos percibir) lo que el otro está tratando de decirnos y, al mismo tiempo, tenemos la conciencia directa o indirecta de que eso que percibimos viene el ser de carne y hueso que nos está hablando. Esta es la gran diferencia entre la percepción natural y la percepción social: el objeto de la percepción social es, siempre, una *intención*.

Como venía diciendo, hay otro factor crucial. Para que la comunicación se establezca, no es preciso que exista identidad entre sentido intenido y comprendido. Al margen de su posible éxito o fracaso, la comunicación como tal se establece tan pronto hemos comprendido que alguien está tratando de comunicarnos algo y decidimos jugar el juego. La totalidad del proceso interpretativo es desencadenada por el estímulo ostensivo de comunicación. Aquí es donde entran a operar la mutua orientación (Toolan, 1996) y la pertinencia. La comprensión del habla (y, a veces, su propia producción) viene después. Esto es decisivo. Antes de que siquiera comiences a leer mi libro, antes de que me ponga a hablarte y tú a comprenderme, tienes que haberte tomado la molestia de obtenerlo, de hallar un tiempo y un lugar y de abrirlo. ¿Por qué habrías de hacerlo a menos que tuvieses tus propios motivos o intereses previos a tu comprensión, al menos en un principio?

30. No llego a comprender por qué la llamada *caja negra* habría de desempeñar un papel más decisivo o específico o interesante incluso en la traducción y la interpretación que en el ajedrez, la pintura, el cálculo matemático o, si a eso vamos, en el habla nuestra de cada día. ¿Por qué habría de ser la caja negra más importante para traducir un soneto que para escribirlo, leerlo o, acaso más decisivamente, disfrutarlo? Es probable, desde luego, que una comprensión más profunda de los procesos neurofisiológicos que se ponen en marcha para la producción y comprensión del habla nos ayude a refinar la práctica o la pedagogía —por ejemplo, explicando ciertos errores—, igual que a comprender los movimientos musculares puede ayudar a optimizar la destreza técnica del pianista. Pero por mucho que a la larga dependan de ellos, ni la traducción ni la música «están» en el cerebro. La teoría de la traducción no ha de confundirse, por lo tanto, con la descripción neurofisiológica de la actividad del traductor.

A todas luces, para que la comunicación prospere no basta que se haya establecido. A los niveles noético y, en menor medida, pragmático, el éxito de la comunicación equivale a la comprensión. Puedo detestar la física con toda mi alma, y más ferozmente el principio de Arquímedes, pero sigo pudiéndolo comprender y, en esa medida, su «autor» ha logrado comunicarse conmigo. ¿Es suficiente? Las más de las veces, no del todo.

Apenas queremos modelar la mediación, las intenciones metacomunicativas del mediador frente al locutor que le habla desde la izquierda del modelo y a su interlocutor que procura comprenderlo desde la derecha ya no pueden amputarse. Son parte integral de la escena que comienza en el momento de la producción del habla a la izquierda y termina con la comprensión a la derecha. Si las omitimos, terminamos con un mediador inteligente, libre, pero en definitiva deshumanizado. Por esto no puedo aceptar como verdad absoluta que el traductor jamás se interesa por las intenciones o efectos metacomunicativos, que está allí para redecir lo dicho oficialmente, con todas las «verrugas» pragmáticas, referenciales y éticas (cosa que, una vez más, es sin duda lo que tiene que hacer en determinadas situaciones concretas, aunque estadísticamente excepcionales). Esto es, precisamente, lo que a un nivel infinitamente menos refinado propician quienes ven al traductor como un diccionario ambulante o, en el mejor de los casos, como un secretario bilingüe. Y es también, por desdicha, como se ven a sí mismos muchos de los mejores profesionales (Pearl, 1995, es un caso particularmente revelador). Y aquí debemos distinguir entre manipular forma o contenido y juzgarlos. La deontología suele impedir al mediador abrir juicio acerca de la verdad y el valor de lo dicho o de las intenciones con que se dice. Pero no estoy hablando necesariamente de juzgar lo dicho ni las intenciones a que obedece, sino de aquilatar la eficacia con que se dice sobre la base de por qué y para qué se dice y de por qué y para qué se comprende.

Y hay, recordemos, algo más: los efectos de la comprensión. Lo que verdaderamente cuenta para el sujeto en la comunicación cotidiana es, al cabo, como «se siente» haber comprendido, los metaefectos *cualitativos* de los efectos cognitivos de la comprensión, que a menudo no son más que las resonancias afectivas de la comprensión noética. ¿Cómo vamos a juzgar –vuelvo a preguntar–, el habla y la traducción literarias «independientemente» de los efectos cualitativos (en este caso estéticos) a) perseguidos y b) efectivamente logrados por el autor, y c) perseguidos y d) efectivamente logrados por el traductor?

UN EJEMPLO TRIVIAL

Antes de intentar un modelo de la comunicación (y, posteriormente, de la mediación monolingüe e interlingüe) desde esta perspectiva más amplia, veamos de examinar los factores pertinentes que inciden en la comunicación hablística cotidiana. Imagina la siguiente situación: entra un joven de clase media-alta, español (pero criado en Argentina), en un bar madrileño y ve sentadas en la barra a dos muchachas de similar extracción social, una obviamente más bonita que la otra. El joven, sin poderse lo explicar, se siente más atraído por la menos atractiva. De esa pulsión inconsciente nace su motivación consciente de hablarle. Aún no sabe bien qué va a decir, pero sí lo que quiere hacer con lo que diga: su intención principal es romper el hielo y, de paso, caer simpático. Vienen a su cabeza como actos de habla interiorizada toda una serie de percepciones de posibles enunciados en castellano: «¿Están solas, chicas?», «¿Puedo invitarlas a un trago?», «¿Están esperando a sus novios o es mi día de suerte?» y otras. Finalmente se decide, avanza y resuelve espetar, quizá semiinconscientemente, «Perdón, chicas, ¿me puedo sentar con ustedes?». Es lo que dice, mediante un acto de habla, cuya *Fo* suena así: /perdònchikah mepwedosentârconuhtédeh/. El enunciado –y el joven acaso ni se dé cuenta– tiene una estructura fonomorfosintáctica y un potencial semántico; va, además, pronunciado con entonación interrogativa y acento cadencioso, y está instrumentado en registro coloquial. El joven seguramente ignora que sobre cada componente de su enunciado gravitan sistemas virtuales que permiten a las muchachas identificarlos y comprenderlos (la sintaxis es neutralmente española, el «chicas» y el «Uds.», la «s» aspirada antes de las consonantes oclusivas y en posición final, así como otros rasgos prosódicos y fonéticos delatan la manera de significar y enunciar de los argentinos; la entonación toda es decididamente rioplatense y el registro resalta frente a toda una serie posible que va del más vulgar al más solemne). Ambas muchachas perciben al mismo tiempo que el joven no es español, probablemente «sudaca», palabra usada en ocasiones con menosprecio (lo cual no es estrictamente cierto, ya que, según las prácticas sociales y experiencia que rigen la percepción de las muchachas, los «indianos» no son «sudacas»; sin saberlo, el joven va a tener que superar un prejuicio que se le aplica equivocadamente: le tocará corregir la percepción social de sus interlocutoras). El joven pronuncia su frase atarantándose, pero con voz agradable y gesto cordial. Todo esto hace y es percibido simultáneamente.

El enunciado se ha formulado en una situación social concreta, sobre la cual gravitan, como hemos visto, las experiencias personales, la historia y la cultura de los protagonistas, así como un mundillo reducido, el del bar. Esta situación

se da, además, dentro de un lapso histórico determinado (en el que es dado, por ejemplo, que haya bares donde las muchachas beban solas y los jóvenes las aborden) y en un instante preciso. También hemos observado que estas prácticas y experiencias sociales suelen no coincidir totalmente; nuestro héroe seguramente todavía tiene que aprender las reglas del juego.

A medida que el joven se les acercaba, las muchachas han percibido en su manera de caminar temor y entusiasmo. A la menos bonita le cae simpático el gesto entre torpe y desfachatado que acompaña su elocución y le resulta melodiosa la voz trepidante que ametralla el enunciado; la otra, cuyo horno no está para bollos, se siente menos bien impresionada. Todo eso perciben ellas simultáneamente, y, como podemos imaginar, la estructura fonomorfosintáctica y el contenido semántico del enunciado importan menos que la prosodia rioplatense o el registro educadamente coloquial. Y hasta el enunciado mismo cuenta menos que los gestos y la voz. Las muchachas han tamizado el estímulo mitad acústico, mitad óptico a través de sus respectivos filtros conscientes e inconscientes. La más atractiva cree que la beneficiaria real es ella, pero como el presunto argentino no le gusta demasiado, decide no prestarle mayor atención y responde: «Me encantaría, pero me esperan», un sentido oficialmente intenido y, además, una burda mentira, que el joven probablemente detecte, pero como la que le interesa es la otra, el sentido oficialmente intenido por la amiga le tiene sin cuidado. La otra, que se muestra más impresionada (y no sabe por qué), replica en cambio: «Vale, pero por unos minutos porque ya nos vamos», lo cual da pie a la metarrepresentación que el joven ansiaba: ¡tal vez no esté todo perdido! Sin ella, la serie de actos de habla habría terminado seguramente ahí mismo. Dentro del nuevo contexto social, el diálogo que sigue es un intercambio de enunciados cohesivo y coherente, todos ellos mentiras. «¿Cuántos minutos exactamente?», indaga el joven, que piensa en cualquier cosa menos en el reloj. Ella responde: que «Una media hora», escogiendo un lapso lo suficientemente prolongado para no desalentar al presunto argentino y que, al propio tiempo, le deja a ella la puerta abierta para una posible retirada. La amiga, que comprende lo que está ocurriendo *pese* a todos y cada uno de los sentidos oficialmente intendidos por todos y cada uno, decide solidarizarse con su compañera y exclama: «Tengo que irme. Me espera Roberto»; también una mentira: no hay tal Roberto. Sabe inconscientemente, sin embargo, que gracias a los principios de la pertinencia, a) el argentino va a interpretar que ella tiene, o, al menos, desea hacerle manifiesto que tiene un novio llamado Roberto que la está esperando y b) que la otra ha de suponer otro tanto y le agradecerá haber salvado la cara de ambas. De modo que esta,

entre suplicante y aliviada, miente a su vez: «¿De veras? ¿No quieres quedarte un rato más?». Mi pseudocompatriota, tratando de disimular su entusiasmo, aporta su propia mentira: «Bueno, si se tiene que ir, dejala». La amiga, diciendo la primera verdad de nuestro documental: «Igual te dejo bien acompañada». Y, también dejando de mentir por vez primera, la otra: «Vale, adiós³¹».

Nuestros protagonistas han podido entenderse hablando, merced a todos los factores que los han unido en esta transacción social, dentro de la cual comparten, en particular, ciertos esquemas de precomprensión que les permiten entender exactamente el sentido de lo que quiere decir cada uno (donde, por ejemplo, «con ustedes» se entiende como «a charlar un rato», «Roberto» como algún conocido pertinente, etc.). Al margen del desenlace de la historia, podemos suponer que, hasta aquí, la comunicación entre los tres ha prosperado, que el chico ha logrado transmitir su percepción hablística a ambas muchachas, quienes han tenido en sus respectivas mentes una serie de perceptos hablísticos idéntica a la que él procuraba producir y viceversa. Con lo que lo que cada uno ha querido decir oficialmente –su *LPI*– y lo que los demás han comprendido –sus respectivos *LPC*– son, para todos los efectos prácticos inmediatos, la misma cosa, independientemente de los diferentes intereses, intenciones, afectos y perspectivas de cada personaje en cada momento y de la forma como su mutua comprensión los vaya afectando.

Antes de despedirnos de nuestros tres jóvenes, detengámonos a pensar qué habría hecho un mediador si el joven y las muchachas no hubiesen tenido una lengua común. ¿Habría mediado exactamente de la misma manera, se hubiera limitado a reverbalar a diestra y siniestra con olímpica ecuanimidad sentidos oficialmente entendidos si hubiese sido amigo del joven, o de una de las muchachas, o un parroquiano servicial, o un profesional contratado por uno u otro de ellos o por el dueño del bar?

Mi desarrollo de los modelos landianos

El de la comunicación verbal reza así:

I) Todo **acto de habla** *D* (oral *V*, escrita *T* o interiorizada *I*) **exitoso** más o menos complejo en cierta lengua *o* es una transacción social mediante la cual alguien (el sujeto de la producción), obedeciendo a una **motivación consciente** *W*, regida por una adecuada **predisposición inconsciente a hacerse comprender** *Z*, con cier-

31. Como analizaré más adelante, la cara es convergente entre el joven y la muchacha menos atractiva y compatible entre ambos y la amiga.

tas **intención pragmática principal** *Y* e **intenciones pragmáticas secundarias** *y*, produce un **espacio perceptual hablístico intenido** *LPI* proposicionalmente más o menos complejo que es función de haberse activado una **serie de sistemas que constituyen una lengua** *o* y un conjunto de **esquemas de precomprensión o teorías transitorias o acervo de conocimientos pertinentes** *K*.

2) A tal fin pone en marcha una compleja operación mental que consiste fundamentalmente en construir y presentar a su(s) interlocutor(es) un producto social acabado constituido básicamente por una **cadena signíca** *F* en esa lengua *o*. Esa cadena manifiesta una **estructura fonomorfosintáctica** *X* (actualización de un **sistema fonomorfosintáctico** *L*), está dotada de un **potencial semántico** *S* (actualización de un **sistema semántico** *H*) y de una **estructura ritmicoprosódica** *V* (actualización de un **sistema rítmico** *R*), y corresponde, además, a un **registro** *J* (de cierto **conjunto de registros posibles** *Q*³²). La cadena va acompañada necesariamente de una configuración suprasegmental **paralingüística** (elucocional) o **perilingüística** (tipográfica) *C* y/o **cinética o gráfica**³³ *E* que precisa, refuerza o modifica su sentido³⁴. Todos estos componentes se caracterizan por una serie de **rasgos** *m, n*, etc.

3) El acto de habla se produce en una determinada **situación social** o **campo sociohistórico** *G* regidos por un **sistema compartido de creencias, normas y prácticas** o cierta **experiencia personal** *P* dentro de un «**mundillo**» *M* en un **tiempo histórico** *VH* y, dentro de este, en un **lapso concreto** *t* (caracterizado, como todos los demás componentes, por un conjunto específico de **rasgos** *m, n*, etc. que en el caso del lapso *t* indica un momento preciso).

4) El sujeto de la comprensión (interlocutor, testigo casual, espía, curioso, o el propio locutor en diálogo consigo mismo) escucha y comprende en otra compleja operación mental que le hace producir a su vez una **espacio perceptual hablístico comprendido** *LPC*, la cual es también función de haberse activado una **representación adecuada**³⁵ **de los sistemas que constituyen la lengua** *o*,

32. No está establecido que los registros formen un sistema.

33. En el habla escrita, *E* incluye también el llamado «paratexto»: los prefacios, notas y demás textos que no son, rigurosamente hablando, parte del texto propiamente dicho.

34. En la comunicación cara a cara o en la lectura, el estímulo que pone en marcha el proceso de comprensión consta, entonces, de tres componentes que se perciben y procesan globalmente: *F, C* y *E*, aunque este último se pierda en las comunicaciones estrictamente acústicas – radiales, telefónicas, etc. – dificultando muchas veces la comunicación.

35. Fíjate que mientras que el locutor debe activar los sistemas lingüísticos propiamente dichos, al interlocutor le basta activar una representación adecuada de ellos. Esto explica la diferencia entre competencia y desempeño o, más decisivamente, entre conocimientos lingüísticos activos y

así como ese mismo **acervo de conocimientos pertinentes** *K*, ya que la comunicación no puede prosperar cognitivamente sin que medien y se activen conocimientos y esquemas de precomprensión compartidos. Para ello, debe, según el caso, aprovechar o sortear su **motivación/resistencia conscientes** *U* y mantener una **disposición inconsciente a comprender** *Z*. Es imprescindible destacar el carácter activo de la comprensión, mediante la cual el interlocutor (re)construye su percepción hablística del querer decir del locutor retroproyectando sus propios filtros *U*, *Z* y *K* sobre el estímulo acústico/óptico *FCE*. La comprensión surte en quien comprende sus propios **efectos contextuales principal** *A* y **secundarios** *a* (cognitivos, pragmáticos o cualitativos), que, para que la comunicación no haya fracasado pragmáticamente, deben guardar cierta correlación con los efectos consciente o inconscientemente entendidos por el locutor.

Al margen de su éxito pragmático, la comunicación noética habrá prosperado en la medida que, en la situación social dada, se dé una identidad (=) entre lo que el locutor quiere decir «oficialmente» –su *LPI*– y lo que el interlocutor comprende –su *LPC*–; si no, habrá fracasado en mayor o menor medida. Como ninguno de estos perceptos es accesible a la observación, dicha identidad es a menudo imposible de verificar, solo puede postularse. Lo fundamental que cabe recordar es que, en definitiva, esta identidad depende de que ambos interlocutores apliquen el mismo paquete hermenéutico de conocimientos lingüísticos (*LHRQ*) y extralingüísticos (*KPM*) y de que estén predispuestos a comunicarse (*Z*). Para haber prosperado pragmática y, más aún, cualitativamente, el resultado

pasivos. En la novela de Umberto Eco *El nombre de la rosa*, uno de los frailes, Salvatore, habla un galimatías de las lenguas en que se había desparramado el latín («todas y ninguna», según explica Adso, el relator), lo cual no obsta a que ni Adso ni el lector originalmente entendido por Eco puedan comprenderlo sin mayor dificultad: «Penitenziagite! Vide quando draco venturus est a rodegara l'anima tua! La mortz est super nos! Prega che vene lo papa santo a liberar nos a malo de todas le peccata! [...] Bonun monasterium et qui se magna et se priega dominum vostrum. Et el resto valet un figo seco [...]» (Eco 1980/2000: 54). Por definición, ninguno puede conocer esta lengua inexistente; todo lo que nos, los hablantes de lenguas romances, podemos hacernos es una representación de ella. Eco tampoco puede pretender –ni creo que pretenda– que todos sus lectores latinos comprendamos todo lo que dice Salvatore: basta que comprendamos **lo suficiente**, o sea que basta que comprendamos pertinentemente. Esto es lo que comprende el traductor inglés, solo que él **no puede contar** con que su lector sea capaz de comprender sin más a Salvatore, de modo que germaniza su jerga panromance para que al lector le cueste menos representársela: «Penitenziagite! Watch out for the draco who cometh in futurum to gnaw your anima! Death is super nos! Pray the Santo Pater come to liberar nos a malo and all our sin!... Bonum monasterium and aquí refectorium and pray to dominum nostrum. And the resto is not worth merda...» (pág. 46). Como vemos, Salvatore no habla, en rigor, ninguna lengua, y, sin embargo, lo podemos comprender... y traducir, a una lengua dada o a otra ninguna.

de la comunicación debe ser una **identidad pertinente** ($[=]$) entre *LPI* y *LPC*, es decir, una correlación o equilibrio tan apto como resulte necesario –de suficiente a óptimo– entre identidad de sentido intenido y comprendido y efectos contextuales intendidos y producidos. Cabe destacar que en el caso del habla expresiva –especialmente la literaria– la predisposición a hacerse comprender y comprender entraña una sensibilidad compatible, una especie de **paquete afectivo** compartido que vendría a ser la contrapartida afectiva del cognitivo paquete hermenéutico. Sin esta empatía, el lector comprenderá el poema, pero no se sentirá afectado como el poeta seguramente pretendía³⁶.

En notación simbólica, el modelo luce, entonces, como sigue:

$$W^Z > Yy > LPI^{K_o} \rightarrow [Fo(Xm^L, Sm^H, Vm^R, Jm^Q)CmEm]G^{PM}VHtm \leftrightarrow U^Z > LPC^{K_o} \rightarrow Aa$$

Donde $>$ significa *rección*, \rightarrow *producción* y \leftrightarrow *producción por retroproyección*. Al nivel puramente noético, la comunicación habrá prosperado si:

$$LPI_o = LPC_o$$

Con esto, el interlocutor se entera de lo que el locutor quiere decirle, nada más. Pragmáticamente, por otro lado, la comunicación habrá prosperado si, dentro de la situación G^{PM} , las intenciones pragmáticas se corresponden con los efectos contextuales, o sea, si:

$$Yy = Aa$$

Conviene advertir que las intenciones pragmáticas Yy rigen el *LPI*, pero no lo producen, mientras que la comprensión, es decir el *LPC*, sí produce los efectos contextuales Aa . En este sentido, aclaro que el mismo signo ($=$) simboliza, según el caso, identidad y correspondencia entre efectos contextuales intendidos y surtidos, o, por mor de la brevedad, correspondencia pragmática. La comunicación globalmente perfecta radicaría, entonces, en una correspondencia óptima de motivaciones, intereses, intenciones y efectos pragmáticos y una identidad absoluta de las percepciones hablisticas intendida y comprendida. Huelga aclarar que, como sucede con todo quehacer humano, la comunicación perfecta no existe: hemos de contentarnos con un éxito socialmente pertinente, o sea, con poder

36. Claro está que este paquete afectivo puede desarrollarse con la experiencia existencial y el paquete hermenéutico: hay cosas que nos gustaban de niños y ya no nos conmueven, poetas que ahora encontramos algo ñoños o mediocres y otros que de pronto se nos revelan al cabo de años de espaciadas lecturas.

comunicarnos lo suficientemente cerca de ese ideal inalcanzable. En la realidad de la vida social, lo que buscamos y solemos conseguir, entonces, es algo a la vez menos ambicioso y más práctico: no una identidad total $LPIo/LPCo$ unida a una correspondencia perfecta Yy/Aa , sino una identidad suficiente y una correspondencia aceptable, o lo que yo llamo **identidad pertinente**:

$$LPIo[=]LPCo$$

A todas luces, el grado de identidad y el umbral de aceptabilidad varían para cada acto concreto y, más generalmente, para cada tipo de situación. En este sentido, la tipología de las situaciones es el fenómeno en que se basa la tipología de los textos. Algunos me han reprochado que esta noción es «vaga». Al contrario, es concretísima; el problema radica en que a) varía cada vez y b) en algunos casos puede ser difícil de determinar. Como siempre que se trata de la vida humana, solo la práctica social permite probar o desmentir su existencia. La culpa no la tengo yo, ni la noción, sino la testaruda realidad de la comunicación humana. Quienes desean algo más «concreto» me recuerdan al personaje de *Los bajos fondos*, de Gorki, que afirmaba que el mapamundi no servía para nada, pues que no aparecía en él el País de la Justicia.

El modelo del acto de habla escrita (que puede extrapolarse a cualquier caso en que el acto de producción esté separado del acto de comprensión) tiene dos fases: una primera que es el acto de escritura DT , y una segunda esparcida por cada acto de lectura $DL_{(n)}$, que pueden resultar muy separadas en el tiempo y el espacio, de modo que los diferentes actos de comprensión se producen en momentos diferentes y, a veces, en situaciones totalmente diversas. La comprensión se esparce así por el tiempo en una constelación de LPC en torno de un LPC arquetípico, postulado pero casi siempre inasequible (la existencia de un LPC común a todos los que hoy día leen el anuncio «Prohibido fumar» es más fácil de verificar que la de un mismo LPC compartido por todos los lectores del *Quijote* o de la Biblia). En la primera fase, no hay más LPC que el del propio escritor, quien, consciente o inconscientemente, supone que los posibles lectores también lo producirán. El escritor, además, prevé su reacción, es decir, los efectos contextuales que la comprensión surtirá en ellos. En el modelo de esta primera fase falta, pues, el polo de la comprensión (U^z , LPC y Aa):

$$DT_o: W^z > Yy > LPI^k_o \rightarrow [Fo(Xm^l, Sm^h, Vm^r, Jm^o)CmEm]GT^{PM}VHtm$$

En el momento de escribir, el locutor supone que lo que otros comprenderán es, precisamente, su LPI , pero en rigor lo ignora. Solo vive su propia y solitaria

percepción de lo que quiere decir, su único interlocutor es él mismo³⁷. En este sentido, el acto de habla escrita se asemeja al de habla interiorizada, donde el juego de intención y comprensión se da todo dentro de un mismo cráneo. El escritor solitario –del libro, de la carta, de la solicitud de empleo– juega consigo mismo un inconsciente ping-pong que lo lleva a correr de un lado de la mesa al otro: escribe y se lee, produce un *LPI* y lo percibe como *LPC*. Esta comprensión de sí mismo suele dejarlo insatisfecho y corre a modificar ya la cadena *F* ya el propio *LPI*. (Cada frase que lees, lector, ha saltado la red innumeradas veces).

En la segunda fase, la situación se invierte. Si en el acto oral el interlocutor tiene ante sí un locutor real que se le presenta con un querer decir (con su *LPI*), en el acto de lectura el lector está casi siempre desprovisto de esa presencia inmediata, «personificada» del *LPI* y las motivaciones W^Z e intenciones Y_y que lo rigen. Falta, pues, el polo de la intención de decir³⁸. Lo único presente es el soporte material del espacio sígnico, y ni siquiera de todo él, sino apenas de las estructuras morfosintáctica y semántica Xm^L y Sm^H de la cadena *Fo*. Bien que constituyentes necesarios de la percepción original del autor que procura colocarlos dentro de la cadena *Fo*, están ausentes, en realidad, la prosodia Vm^R y el registro Jm^Q , que son inferidos *a posteriori* a raíz del proceso de comprensión. Solo un buen lector puede, enunciando en voz alta o mentalmente, aportar prosodia y registro, pero serán siempre una interpretación (como las musicales). No sabemos a ciencia cierta, por ejemplo, cómo se pronunciaba el castellano de Lope o de Quevedo. Para los latinoamericanos, que han perdido el fonema sibilante interdental /z/ *voz* y *vos* son homófonos, con lo que muchas rimas consonantes en América resultan asonantes en la península. El lector cree imaginar la voz y el acento de García Márquez, Rulfo, Valle-Inclán o Cortázar, mas solo logra hacerse una ilusión social (no óptica ni acústica) de que tiene frente a él, en el silencio ambiguo de la página, un *LPI*: su verdadero «autor» es él, él lo imagina. El lector produce, entonces, un *LPC* creyendo que corresponde al *LPI* del autor... y a veces se equivoca (en cuyo caso, claro, la comunicación ha fracasado), solo como se encuentra frente a una cadena $Fo(Xm^L, Sm^H)$ en una situación de lectura *GL* acaso siglos y océanos distante de la de escritura *GT*. El acto de

37. Desarrollando la noción que Osimo (2001 y 2002) recoge de Eco, podemos decir que el *autor empírico* postula la existencia de un *lector modelo* al que trata de encarnar él mismo como su propio primer *lector empírico* (los conceptos coinciden con el autor y lector *implícitos* de que habla Sousa (2002)).

38. Esta vez, es el *lector empírico* quien postula la existencia de un autor modelo al que trata de encarnar como el *autor empírico* que ha escrito el texto para que él, el lector empírico, lo lea.

lectura, como vemos, también se parece al del habla interiorizada, solo que esta vez es el lector el que salta la red innúmeras veces para ponerse imaginariamente en los zapatos del que ha escrito, para imaginarse queriendo decir (como te acaece a ti, mi ajetreado amigo, en este instante).

$$DLO: [Fo(Xm^L, Sm^H)CmEm]GL^{PM}VHtm+n \leftrightarrow U^Z > LPC^K o \rightarrow Aa$$

El hecho de que el *DL* esté separado «existencialmente» del *DT*, aclara García Landa, se explica por la técnica misma de la escritura. Los signos gráficos estampados en una materia transportable y reproducible permiten –y hacen, incluso, inevitable– una plétora de actos de lectura por el mismo lector y por múltiples lectores. Por consiguiente, el modelo del acto de lectura será la suma de todos los actos de lectura individuales posibles, cada uno por un lector concreto en su situación concreta:

$$DLO_1: [Fo(Xm^L, Sm^H)CmEm]GL_1^{PM}VHtm+n_1 \leftrightarrow U^Z > LPC^K o_1 \rightarrow Aa$$

$$DLO_2: [Fo(Xm^L, Sm^H)CmEm]GL_2^{PM}VHtm+n_2 \leftrightarrow U^Z > LPC^K o_2 \rightarrow Aa$$

.....

$$DLO_n: [Fo(Xm^L, Sm^H)CmEm]GL_n^{PM}VHtm+n_n \leftrightarrow U^Z > LPC^K o_n \rightarrow Aa$$

Como el original landiano, el modelo desarrollado del acto de lectura representa así la red de lecturas posibles. La totalidad del modelo del acto de habla escrita es, en consecuencia, la relación entre esas dos fases:

$$DT_o/DLO_n$$

Al decir de García Landa, el DL_n escinde las presencias de ambos polos del habla, alejándose de la situación espaciotemporal concreta y creando una nueva situación más allá del espacio-tiempo «sensorial», una situación que sucede en una nueva longitud de onda. Es la modalidad de existencia de la historia, o sea el mundo o mundos en los que transcurre el existir de la vida humana. Esa escisión tiene dos vertientes: la separación de los *LPC* producidos por los distintos y sucesivos lectores y la separación entre *GT* y GL_n (es decir, entre la situación del acto de escritura y el conjunto de diversas y diferentes situaciones de lectura). Así es como, al decir de García Landa, la escritura crea un mundo, mientras que el acto de habla oral no es más que un episodio. Esa es la razón por la cual, a medida que van produciéndose cambios decisivos en las diferentes series de actos de lectura (incluidas las motivaciones y resistencias de los lectores, que rigen los efectos contextuales), junto con la propia lengua (y especialmente la carga semántica del léxico), van haciéndose necesarias nuevas traducciones, es

decir, nuevos actos de «re-escritura» DTi_n , incluso intralingüísticamente (quién podría o querría hacer frente al *Hamlet* o *Quijote* originales, con su «pésima» ortografía?³⁹).

Esta multiplicidad de lecturas explica la multiplicidad de las traducciones: a medida que cambia el propio traductor o evoluciona la sociedad, cambian las lecturas individuales o colectivas de los mismos textos y, con ellos, las metarrepresentaciones y los efectos de los $LPCi$, y, con estos, los $LPIo$ de los traductores⁴⁰.

Como decía, este modelo también se aplica a la comunicación oral grabada, salvo que en este caso la prosodia y, en menor medida, el registro son parte de la cadena F preservada, como lo es la configuración paralingüística y, a veces, cinética. En todo caso, la comunicación demorada también prospera si:

$$LPI [=] LPC$$

LOS REQUISITOS DE LA PERCEPCIÓN HABLÍSTICA

Repasemos entonces. Para que la comunicación se establezca, necesitamos una mutua orientación: la voluntad consciente, pero sobre todo inconsciente, de comprender pese a todos los obstáculos subjetivos y objetivos (algo que puede asimilarse al principio griceano de la cooperación). Para comprendernos, precisamos el trasfondo de una serie de conocimientos lingüísticos y extralingüísticos, experiencia y demás compartidos que podamos activar según resulte necesario en este acto de habla concreto y fugaz. Esta base de conocimientos es imposible de sistematizar, pero es probable que la llevemos almacenada como sistema.

Ante todo, necesitas una representación adecuada de los sistemas sintáctico y semántico que yo, como locutor, activo para organizar mi enunciado. En este caso, la cosa es bastante sencilla. Aunque yo sea porteño aguado por el exilio y tú no, ambos conocemos el castellano lo suficientemente como para encontrarnos. Aun así, yo estoy escribiendo el castellano que conozco –*mi* castellano– tal como lo activo aquí y ahora. Y tú estas trayendo a colación *tu* castellano tal como lo activas ahora y ahí. A los niveles fundamentales, a mí me da más trabajo la sintaxis que el léxico; mi torpeza se nota más en el eje de la combinación que en

39. Por ejemplo, los mismos libros se publican en el Reino Unido y en los EEUU con diferente ortografía.

40. Desde luego que lo mismo se aplica al habla en general y también a la interpretación, pero es en la traducción donde aparece de manera más obvia.

el de la selección; pero este enunciado se articula también según mi competencia prosódica y de registro. En total, estoy aplicando concomitantemente cuatro sistemas distintos: (fono)morfosemántico, sintáctico, prosódico y de registro, que llevo almacenados de algún modo en mi memoria a largo plazo, adquiridos sobre la base de los incontables actos de habla en que he participado. En la medida en que los conozcas o puedas inferirlos te será posible hacerte una representación adecuada de ellos (no tienes que saber portugués para comprender el portugués) y podrás comprender mi *Fo*. (Mi enunciado, de paso, está «configurado» gráfica y tipográficamente, y eso también es parte del estímulo que estás procesando).

Amén de activar tu conocimiento o representación de los sistemas lingüísticos que aplico, habrás activado y aplicado toda una serie de entradas enciclopédicas, residuo de incontables actos de habla orales o escritos en que has participado, filtradas por tu cacumen, que te han ayudado a atar los muchos cabos que la comunicación no puede menos que dejar sueltos. Lo que llevas comprendido de este libro es el vector resultante de lo que te he dicho y de lo que sabes y activas (potenciado o mermado por tu inteligencia y predisposición o resistencia a comprenderlo). No abordas este libro, entonces, en el vacío, sino que lo acomodas mejor o peor en tu biblioteca mental, donde complementa, refuta, enriquece o empobrece otros libros, y donde aguardará pacientemente que lo complementen, refuten, enriquezcan o empobrezcan otros más. En esa biblioteca virtual que es tu memoria a largo plazo, donde los libros aparecen o se esfuman misteriosamente y hasta por capricho al conjuro de la experiencia cotidiana, los hay que te gustan y que no, que te han marcado para mejor o peor. Tu comprensión de este dependerá grandemente de los que se despierten para recibirlo o rechazarlo. No, no es, en rigor, una biblioteca, sino la vasta marmita de tus experiencias cognitivas y afectivas, de toda tu práctica social anterior. Por eso es mejor pensar no en libros sino en actos de habla y memorias de actos de habla, y sobre todo de las metarrepresentaciones que han suscitado. Porque este libro que te estoy diciendo, como la *Odisea* y tu licencia de conductor o la *Constitución de la República Argentina*, no es más que un dilatado acto de habla, cuya producción y comprensión obedece a los mismos principios que rigen la producción y comprensión de todo acto de habla habido y probablemente por haber.

Pero esta memoria de pretéritos actos de habla no es suficiente. Cada acto de habla se produce y culmina en una situación concreta. Para ti, se trata de este instante y de este lugar, sobre el que gravitan dos series decisivas de factores: Por una parte, todo el sistema de creencias, hábitos, costumbres y, en general, prácticas sociales que compartes con otros miembros de tu clase social, tus coetá-

neos, tu comunidad, tu gremio, etc., eso que podemos llamar *cultura*, que Searle (1995) llama *background* (trasfondo), y que yo defino como los filtros sociales que facilitan o dificultan, profundizan o distorsionan la recíproca producción de perceptos hablisticos entre dos polos subjetivos y su ulterior elaboración como metarrepresentaciones. Y existe, además, el círculo más estrecho de creencias, hábitos, costumbres, prácticas sociales y conocimientos especiales que afectan específicamente a este acto particular, el «**mundillo**» en que tiene lugar, que puede estar altamente estructurado, como en una reunión de la ONU o una cena en familia, o este mismo libro, o apenas, como en un encuentro casual por la calle. (Por definición, la sola presencia de un mediador incluso no profesional ejerce una fuerte presión estructurante sobre las situaciones más inestructuradas, hecho que merece mayor atención que la que puedo prestarle aquí; véase también Roy (2000)).

García Landa previene que esta prolija distinción terminológica entre conocimientos generales, prácticas sociales y «mundillo» no es sino un artificio impuesto por la necesidad de segmentar el todo en partes más o menos asequibles. No se trata de compartimientos estancos. Poco importa, al cabo, dónde pongamos, por ejemplo, las entradas filosóficas que he activado en este proceso hermenéutico. Lo que sí interesa es que, a menos que las hayas activado tú también, no has podido comprender los aspectos correspondientes de mi sentido intenido. La cosa es que el conocimiento que traes a colación mientras lees está ahí, virtualmente presente todo el tiempo, encendiéndose y apagándose constantemente, un poco como la órbita de la Tierra, que solo se materializa en un punto concreto cada vez.

Lo mismo se aplica a las prácticas sociales que están gravitando sobre nosotros en este instante. Este acto de habla escrita se aparta bastante de las convenciones establecidas. Si mis transgresiones de las prácticas sociotextuales pertinentes te irritan, te tocará empeñar un esfuerzo adicional para comprenderme pese a tu disgusto. En cambio, si no te importa mi estilo rapsódico e informal, tu comprensión se lubrica⁴¹. Cualquiera tu reacción personal, el hecho de que este acto transgrede las prácticas sociales que gravitan sobre él las pone de manifiesto. En efecto, estas prácticas tienden a traslucirse solo cuando se que-

41. Entre los lectores de este y otros trabajos, a los estudiantes mi estilo coloquial les ha gustado más que a los estudiosos, que me lo han criticado con dureza (y comprensiblemente, puesto que a ellos les bastaría con un cuarto de las palabras que escribo).

brantan; igual que los conocimientos lingüísticos y extralingüísticos brillan con más fuerza cuando faltan.

Además, esta hora, este día o esta semana que escribo es un eslabón de la historia de la humanidad, producto de esa historia que ha hecho posible, sin ir más lejos, los libros sobre teoría de la traducción en castellano, así como la confluencia del modelo landiano del habla con la visión marxista de la sociedad y la concepción psicoanalítica de la subjetividad individual. En momentos históricos sucesivos, el desarrollo del conocimiento y de la praxis social harán que otros lectores me entiendan diferentemente. No una cosa diferente, espero (mi sentido entendido no habrá cambiado), sino lo mismo pero de forma distinta, en función de diferentes arsenales hermenéuticos, de memorias de actos de habla aún por ocurrir.

Recordemos que García Landa llama a la totalidad de los sistemas que gravitan sobre cada acto de habla **campo exponencial** y al conocimiento necesario para que prospere la comunicación, **paquete hermenéutico**. Su aplicación, agregado yo, debe obedecer a una **disposición inconsciente a hacerse comprender y comprender**: si esta disposición inconsciente no se da en uno de los polos (y mucho más si falta en ambos), la comunicación no puede prosperar, ya que es lisa y llanamente la negativa inconsciente (y, por ende, imposible de modificar conscientemente) a aplicar debidamente el paquete hermenéutico.

García Landa explica que para comprender el paquete hermenéutico debemos examinar más de cerca otro aspecto decisivo de la producción y comprensión del habla: la diferencia ontológica entre las acciones humanas y los sistemas virtuales que gravitan sobre ellas y determinan su organización. En su modelo formal, simboliza las virtualidades como exponentes y los acontecimientos como mantisas, cosa que encuentro muy esclarecedora. García Landa supera así dialécticamente el pulso entre estructuralismo y existencialismo (¡menuda hazaña para una teoría de la traducción!) Y no se queda ahí: explica audazmente que el lenguaje (nuestro sistema perceptual de segundo grado) hace las veces de gafas virtuales a través de las cuales percibimos nuestro mundo⁴². Sin lenguaje no podríamos percibir nada más que nuestro entorno presente; no podríamos «ver» el pasado ni el futuro, ni otros presentes, ni unicornios, ni números, ni personajes literarios ni teorías de la traducción. Los sistemas lingüísticos que

42. Reiss y Vermeer (1996: 20-21) hablan de toda suerte de lentes de distinta curvatura: convenciones, actitud individual, mundos posibles, tradiciones y valoraciones, pero se olvidan de la fundamental: el habla misma, que posibilita todas las demás.

hemos internalizado, afirma, rigen nuestra percepción de la vida humana. En todo caso, déjame terminar esta sección recalcando que las lenguas en verdad no existen, que lo que llamamos lenguas, dialectos, sociolectos y demás no son sino abstracciones estadísticas de incontables actos de habla de innúmeros seres humanos en momentos y lugares precisos. Sospecho que lo que hemos acordado en llamar, digamos, el *castellano*, no es más que la coincidencia estadísticamente significativa y nunca total en los procesos neuronales asociativos que gobiernan la producción y comprensión del habla, incluidas las órdenes a los músculos pertinentes, en determinado grupo social⁴³.

El habla, entonces, es más que la lengua. El ordenador en el BMW de James Bond parece que habla, pero ni *habla* ni *dice* nada. Hablar (en sus dos formas, pues que comprender también es hablar) es servirnos de nuestro sistema de segundo grado para producir percepciones hablísticas. Hablar es una *Gestalt* semiótica que la escritura tiende, por desdicha, a enmascarar. Hablamos asimismo con nuestro rostro y nuestro cuerpo como también con el «resto» de nuestra voz: con nuestras pausas, nuestro timbre, nuestro tono y todo lo que producimos que no provenga de los sistemas lingüísticos que aplicamos (cuyas empobrecidas contrapartidas ópticas son los tipos de imprenta, párrafos, títulos, ilustraciones, disposición gráfica y todo aquello que, una vez más, no es parte de los sistemas lingüísticos aplicados, pero que va «con» el enunciado gráfico). Esto es esencial, porque dichos estímulos son, por así decir, parte de la explicatura.

Tomemos *Le Ton beau de Marot. In Praise of the Music of Language* [El tono bello de Marot. Elogio de la música del lenguaje], de Douglas Hofstadter. Clement Marot fue un poeta provenzal del siglo XV, aventurero y *bon vivant* que, entre otras cosas, escribió un poemilla, *A une Damoyseille malade*, cuya múltiple traducción es el pretexto del libro (y al que volveré en el último capítulo). Quedémonos con el título. Una vez comprendido el *LPI*, te habrás preguntado, como yo (y como Hofstadter quiere que nos preguntemos) por qué mitad del título está en francés y mitad en inglés, o sea, por qué una *Fo/i*; por qué, si a eso vamos, el extraño juego de mayúsculas. ¿Por qué no *Le Ton Beau de Marot*, siguiendo la convención inglesa, o *Le ton beau de Marot*, con arreglo a la gala? El título francés, *Le Ton beau de Marot* no es sino una grafía posible de la cadena fónica [*letombòdmaró*], que puede escribirse también como *Le tombeau de Marot* [la tumba de Marot]. Como la ambigüedad fónica no puede

43. Me convence más el modelo conexionista propuesto por Lamb (1998) que el computacional que defiende Pinker (1997).

reproducirse en inglés (ni tampoco en castellano), Hofstadter deja medio título en francés, con mayúsculas que ayudan a aunar *Ton* y *beau*. Como calcula que no todos sus lectores saben francés y que muchos de los que sí no percibirán de todos modos la ambigüedad (la comprensión es, al cabo, automática), la explica: Si no sabes francés y no has captado el juego de palabras, lector, tienes ahora las herramientas hermenéuticas necesarias para lograr la identidad *LPI/LPC*. La segunda mitad del título anuncia el tema por venir: el lenguaje como instrumento musical que no como herramienta semántica del pensamiento. La portada, por cierto, ayuda a resolver el doble sentido. Bajo el título *Le Ton beau de Marot. In Praise of the Music of Language* se ve una gran cruz en la que puede leerse el poema y, debajo, la inscripción «C.M. 1496-1544». Como será el caso con *La disparition* de Perec (que también voy a analizar en el último capítulo), este «texto» es un estímulo global en el cual *F*, *C* y *E* constituyen una totalidad semiótica en la que cada uno de las tres contribuye a la verbalización pertinente del *LPI*. Esto, desde luego, es mucho más palmario en los avisos publicitarios ilustrados. Por ello me parece tan útil incorporar los tres elementos explícitamente en un modelo de la comunicación y, por ende, de la mediación interlingüe, sobre todo ahora que el traductor debe ser también ducho en diagramación y demás lides de eso que se llama *desktop publishing*, para no hablar de los llamados textos *multimediatícos*.

UNA DISTINCIÓN MÁS PRECISA ENTRE SIGNIFICADO Y SENTIDO, CONTEXTO Y SITUACIÓN

Analicemos más a fondo estos dos pares de nociones. En la literatura especializada cada vez se establece más la distinción decisiva entre significado lingüístico y sentido, entendido este como el contenido proposicional básico del mensaje, el *LPI*.

Si bien los conceptos se traslapan, conviene no confundir la distinción entre significado y sentido con la de explicatura e implicatura. Las implicaturas fuertes surgen más o menos espontáneamente de la situación concreta. Si las luces están apagadas, la explicatura «¡Luz, por favor!» produce la implicatura fuerte «[enciendan] La luz»; con las luces encendidas, se activa la implicatura fuerte contraria. El sentido, como veremos, es una noción mucho más amplia y compleja. Lo que tradicionalmente se ha venido llamando en los dos últimos milenios como *sentido* puede definirse también como el vector resultante del significado lingüístico del mensaje y la intención del locutor dentro de la situación del habla que incluye el campo exponencial (según la perspectiva, lo he llamado *LPI* o *LPC*). De estos cuatro factores, el primero es el único que no suscita mayor

controversia, y el segundo ya resulta más complejo (si se trata solamente de la intención de decir algo ¿dónde queda la intención inconsciente? ¿y dónde el lapsus, la traición de la intención consciente?), al tiempo que el tercero y el cuarto engloban todo lo que no es la cadena de signos, incluida en ocasiones, la propia intención del locutor. Para nombrarlo, solía emplearse el término comodín de *contexto*, que, para colmo, también cubre el entorno puramente lingüístico de cualquier segmento de la cadena. De modo que si la distinción conceptual y terminológica entre significado y sentido ya está establecida (aunque no suficientemente, por desdicha), sigue prevaleciendo en la literatura un uso indiscriminado de los términos *contexto* y *situación*.

Uno de los primeros en distinguir terminológicamente *contexto lingüístico* de *situación*, que yo sepa, es Catford (1969), que los llama respectivamente *co-texto* y *contexto*. Catford es de los primeros en comprender claramente que la traducción no puede ser una simple sustitución mecánica de unidades lingüísticas. Dos enunciados, dice, son equivalentes cuando pueden intercambiarse en la misma situación. Lo ilustra con su famoso ejemplo *ja prishlá* y *I have come* [he llegado], donde la serie de semas y morfemas pertinentes en ruso e inglés para describir el mismo fenómeno coincide solo parcialmente (por ejemplo, el sujeto femenino solo se semantiza en ruso y el presente perfecto solo en inglés). Pero para Catford la misma situación parece ser, literalmente, una situación idéntica: cada vez que una muchacha haya llegado, dirá «ja prishlá» en ruso y «I have come» en inglés. La cosa, claro, no es tan sencilla. Como habíamos visto, no se trata tanto de los rasgos que seleccionan los idiomas, sino de los que seleccionan los hablantes, es decir, de los rasgos intencionalmente enunciados o dejados implícitos, *aprovechando* las libertades y servidumbres de un idioma particular⁴⁴.

Casi 30 años más tarde, aparecen simultáneamente dos libros que sí abundan sobre la distinción: Neubert (1985) y Lvóvskaya (1985, adaptado al castellano en la versión de 1997). Neubert describe la situación como una serie de círculos concéntricos que van apartándose cada vez más del texto hasta llegar a la cultura. Entre los muchos aciertos de su obra se destaca la noción de *encuadramiento (framing) lingüístico* de la situación. El ruso y el inglés encuadran diferente-

44. En tiempos del mundo bipolar, los países en subdesarrollo propugnaban «*el* nuevo orden económico internacional» (en el que los ricos fueran menos omnipotentes), mientras que los desarrollados no estaban dispuestos a consentir sino «*un* nuevo orden económico internacional» (cualquiera menos el que exigían los subdesarrollados). La entonces Unión Soviética se lavaba tranquilamente las manos, porque como en ruso el artículo no existe, para sus delegados siempre se trató de «nuevo orden internacional» a secas.

mente la situación de Catford (uno de los criterios fundamentales de la calidad de la traducción pasa a ser, precisamente, la naturalidad del encuadramiento). Lvóvskaya explica la estructura sémica del texto en función jerárquica:

a) lo que llama la situación del habla (cuyos *formantes* son *quién, a quién, por qué, para qué, cómo, dónde y cuándo*), producto de la interacción de la personalidad del locutor y de las circunstancias pertinentes de la comunicación, que motiva el comportamiento lingüístico y los medios de su realización.

b) la subestructura pragmática del texto, es decir, el programa interno del comportamiento lingüístico, formado en la conciencia del locutor bajo la influencia de la situación del habla, y que aparece como una serie de tareas comunicativas supeditadas a una tarea comunicativa principal y a la lógica del desenvolvimiento del discurso.

c) la subestructura semántica, es decir el contenido objetual, conceptual y lingüístico del texto, su contexto, y, al mismo tiempo, la forma lingüística de la realización de la intención comunicativa del locutor.

El esquema que propone Lvóvskaya es el único intento sistemático que conozco de analizar la situación, aunque lo hace en el sentido estrecho que acabo de apuntar. Se me ocurren dos críticas fundamentales. Por lo pronto, en la subestructura semántica, Lvóvskaya mezcla elementos cualitativamente disímiles: una cosa es la referencia objetual, otra su conceptualización (ambas extralingüísticas) y desde luego que otra la forma como resultan significadas lingüísticamente. Pero lo que me interesa aquí es que entre la personalidad del locutor y su intención comunicativa, el contexto extralingüístico y la cultura (que Lvóvskaya deja de lado), queda demasiado espacio en torno de la cadena de signos como para arreglarse con las simples categorías de *sentido y situación*.

Paso a proponer, entonces, un principio de clasificación de ese espacio con su correspondiente terminología. Ello me obligará a repetir sucintamente algunos conceptos, pero sospecho que a los estudiantes les vendrá bien este repaso.

Un enunciado

Mantén presente el ejemplo que sigue. En la casa de uno de ellos juegan en torno de la piscina varios amiguitos. A la hora de arrojarse al agua, Pedrito se excusa diciendo: «no me dejan». Vamos a analizar exclusivamente el estímulo lingüístico, dejando de lado su configuración paralingüística y cinética.

Más acá del enunciado

a) La personalidad del locutor

Todo acto de habla, oral o escrito, es sin duda obra de una personalidad, singular o colectiva, síntesis de factores psicológicos, intelectuales y sociales, conscientes e inconscientes, que influyen o determinan su conducta hablística en general y, en particular, lingüística, vale decir la forma y el contenido del enunciado, de su *Fo*, más el hecho mismo de que decida producirlo. El modelo no incorpora explícitamente la personalidad del locutor, solo sus motivaciones e intenciones, pero nada lo impide si resulta necesario.

En nuestro caso, tenemos a un niño seguramente inseguro.

b) La intención pragmática y las motivaciones conscientes e inconscientes del locutor

La intersección entre la personalidad del locutor (que puede ser el originador de la cadena de signos o su locutor propiamente dicho) y la necesidad o el deseo consciente o inconsciente de hacer verbalmente manifiesto algo a alguien se sintetiza en el enunciado *Fo*, producto y objetivación lingüísticamente encuadrada de una intención oficial de decir –la cual, no lo olvidemos, es el eje principal del acto de habla– más una **intención pragmática** principal y una constelación de intenciones pragmáticas secundarias que obedecen a las **motivaciones conscientes o inconscientes**. Puede tratarse del haz de intenciones de un locutor concreto –de una persona histórica, social y psicológicamente condicionada– o la de un originador despersonalizado, colectivo o individual, igualmente condicionado, expresada muchas veces a través de un locutor tan anónimo como prescindible, como es el caso de la mayoría de los textos pragmáticos. Pero quede claro que aun cuando no podemos hablar de un locutor individual, sigue habiendo detrás del «texto» el Estado, un grupo social, intereses que lo producen o que encargan su producción.

La motivación puede ser de diversa índole: motivación de comunicar información verdadera o falsa, mostrar u ocultar, o bien dar una impresión genuina o falaz a determinado interlocutor individual o colectivo. Ese interlocutor puede ser real o imaginario, o bien, recordémoslo, incluso el propio locutor en diálogo consigo mismo⁴⁵. He distinguido la motivación inconsciente de la consciente

45. Sí, incluso en el caso del habla interiorizada inciden las motivaciones consciente e inconsciente y las intenciones pragmáticas más diversas. Pensemos en la enconada polémica interior que precede toda decisión importante, desde pedir un aumento de sueldo hasta decidirnos por poner la ficha a tal o cual número en la ruleta.

porque a menudo están reñidas la una con la otra. La psicología individual o colectiva del locutor (desdoblado o no en originador y locutor propiamente dicho) rige igualmente el cálculo táctico y estratégico de qué decir a quién en qué momento y cómo. Esa decisión se materializa, además, según la competencia retórica y lingüística del locutor, que es parte de la competencia más general necesaria para producir el discurso.

La intención pragmática es, pues, la intención comunicativa en que desembocan las motivaciones conscientes e inconscientes. Con el desarrollo del acto de habla, claro, la intención puede modificarse, pero podemos suponer que es siempre previa a la enunciación. Ello vale incluso para las vacilaciones y las muletillas que, como se sabe, obedecen casi siempre a la intención inconsciente de mantener abierto el canal de comunicación (lo que Jakobson llamó *función fática* del lenguaje).

En nuestro caso, tenemos a un niño que teme meterse en el agua (y no sabe por qué), que quiere zafarse del brete en que lo han metido y que miente para no perder la cara.

c) El sentido entendido directo ('LPI')

Antes del enunciado hay una personalidad que, a consecuencia de sus motivaciones inconscientes y conscientes, tiene una intención pragmática que lo lleva a iniciar un acto de habla. La intención pragmática va a manifestarse mediante un **sentido entendido directo**, equivalente sémico de la tarea comunicativa de Lvóvskaya, lo que el locutor quiere decir –incluidos los efectos perlocutorios inmediatos que conscientemente se propone producir– para surtir el efecto cognitivo, pragmático y/o cualitativo buscado. Este sentido entendido es una síntesis de pensamiento y habla y se manifiesta como un espacio perceptual hablístico: el *LPI* landiano⁴⁶. A veces se olvida que *sentido entendido*, *intención pragmática* y *motivación* son cosas diferentes. General Motors explica a los consumidores potenciales las virtudes del nuevo modelo (sentido entendido directo) a fin de vendérselo (intención pragmática) con el fin de lucrar (motivación). General Motors no dice, ni pretende dar a entender que, «¡Venga su dinero!» Si muestra la hilacha, su intención se frustra, aunque el sentido entendido directo haya sido verbalizado de manera impecable. Por eso podemos afirmar que para que la co-

46. Según el modelo de Allwood (1996: 60 y siguientes), el locutor manifiesta abiertamente (*signals*) el sentido entendido directo.

municación prospere metacomunicativamente, puede ser inconveniente o hasta contraproducente que el interlocutor capte la verdadera motivación consciente o inconsciente del locutor. Sería, por ejemplo, el caso del médico que tranquiliza mendazmente al pequeño paciente antes de una inyección dolorosa o del marido que finge haberse olvidado del aniversario de bodas para luego sorprender a su mujer con un bello regalo: tanto al médico y al marido como al niño y a la esposa les «conviene» que las verdaderas motivaciones e intenciones del locutor resulten inaccesibles al interlocutor.

Como con la intención, podemos también distinguir un sentido intenido principal –equivalente a la macroproposición del análisis del discurso– y una serie de sentidos intendidos secundarios, correlacionables con proposiciones.

La interacción de la intención pragmática y del sentido intenido rige la organización de los temas y remas, es decir, la articulación de sujeto y predicado lógicos o la distribución de la carga informativa de cada enunciado.

En nuestro caso, el *LPI* inferido automáticamente de la *Fo* «No me dejan» es «No puedo meterme en el agua porque mis padres me lo tienen prohibido». Pronunciada en otra situación, la misma *Fo* se interpretaría seguramente como vehículo de otro sentido.

d) El sentido intenido indirecto

Podemos distinguir un *sentido intenido indirecto* (al que se encuentra pragmáticamente supeditado el *sentido intenido directo*). El sentido intenido indirecto es una metarrepresentación que el locutor se propone inducir en su interlocutor sobre la base del *LPI*; el caso arquetípico es la alegoría⁴⁷. Es decir que el *LPI* tiene un propósito perlocutorio determinado. El locutor cuenta con que su interlocutor realice las inferencias necesarias para proceder a una segunda semiosis, tomando el sentido directo por índice del indirecto. Claro está que el interlocutor puede comprender el sentido intenido directo sin captar el indirecto. La comprensión del «habla» literaria exige, más que ninguna otra, esta capacidad metarrepresentativa. La identidad entre sentido indirectamente intenido y comprendido es, por lo tanto, un problema mucho más problemático, como lo demuestran las interpretaciones encontradas del «verdadero» sentido de tantas obras literarias, filosóficas o políticas.

47. Allwood diría que el locutor exhibe (*displays*) el sentido intenido indirecto, pero sin manifestarlo abiertamente.

Por mor de la simplicidad, no he hecho la distinción en el modelo, pero, una vez más, nada lo impide. Por último, el sentido indirecto, como todas las demás metarrepresentaciones, es parte de los efectos contextuales cognitivos de la comprensión del *LPI*.

En nuestro caso, el sentido entendido indirecto sería «No es que tanga miedo, por el contrario, me encantaría, pero sucede que no me dejan».

El enunciado

a) El sentido objetivo del enunciado

Conviene distinguir *sentido intenido directo* de *sentido objetivo*, es decir el sentido –incluidos los actos ilocutivos secundarios habituales y las correspondientes metarrepresentaciones ulteriormente inducidas– que el enunciado tendría normalmente en la situación dada (que suele ser, aunque no necesariamente, su interpretación literal) o, en todo caso, el sentido que le atribuiría el grueso de los interlocutores en una situación típica, independientemente de la intención del locutor. Si bien habitualmente coinciden, sentido intenido directo y sentido objetivo no deben confundirse. El sentido alegórico de la obra literaria, superpuesto a su sentido directo, se interpreta a partir de este. El autor recurre *intencionalmente* al sentido directo para expresar el alegórico. El sentido objetivo, recordémoslo, es *independiente de la intención del locutor* (aunque el locutor puede aprovecharse conscientemente de ello)⁴⁸. El sentido objetivo es la interpretación por defecto, dijérase, que la cadena *Fo* suscitaría en la mayoría de los interlocutores en una determinada situación, como es el caso del sentido metafórico de «time flies like an arrow», que es el que se comprende automáticamente. Es muy frecuente que el locutor niegue las segundas intenciones que el interlocutor le atribuye y jure y perjure que no ha querido decir más que lo que ha dicho: «No, no es que no tenga ganas de salir; simplemente he comentado que está lloviendo». En los textos puramente informativos, sentido objetivo y sentido intenido suelen coincidir. Es decir, que el locutor no se propone, básicamente, efectos perlocutorios indirectos, con lo que la semiosis se simplifica (el locutor dice exactamente lo

48. En su película *El baile de los bomberos*, Milos Forman utilizó alegóricamente a una incompetentísima brigada de bomberos para satirizar a los dirigentes estalinistas de la antigua Checoslovaquia. El sentido intenido indirecto, empero, quedó tan bien enmascarado que no lo comprendieron ni los burócratas ni los propios bomberos. La censura dejó pasar el filme... y los bomberos protestaron contra lo que creyeron una burla injusta y despiadada. Ambos grupos de interlocutores tomaron el sentido objetivo por intenido.

que quiere decir). Si coincide con su *LPI* (o sea si sentido intenido directo = sentido objetivo), la comunicación se desarrolla sin tropiezos. Es, espero, el caso de este texto, ante el cual, el lector (al menos el contemporáneo) no necesita inferir demasiado para pasar de lo que le digo a lo que quiero que entienda.

Pero aun en tales casos, el desplazamiento cultural y situacional propio de la escritura y de la mediación suele producir fisuras entre ambos sentidos. Las discrepancias entre sentido intenido directo y objetivo (entre lo que el locutor dice inocentemente y lo que inocentemente entiende el nuevo interlocutor) suelen deberse a tres órdenes de factores: una verbalización incompetente del sentido intenido por parte del locutor, una insuficiente sagacidad del interlocutor⁴⁹ o una modificación decisiva de cualquiera de los factores de la segunda situación del habla, de manera que si en la situación original ambos sentidos coinciden, en la nueva ya no, y como la primera resulta inaccesible, la cadena de signos se interpreta exclusivamente en función de la segunda⁵⁰. Este último es, como veíamos, el caso típico de la traducción escrita, donde el *LPI* queda muchas veces inaccesible, y el traductor debe recurrir a toda suerte de conocimientos temáticos, filológicos y generales para poder trascender el sentido objetivo de la cadena *Fo*. El primer caso pude ilustrarse trivialmente: Muchas abuelas confunden los nombres de nietos e hijos. A veces queda claro de quién están hablando; otras, el interlocutor no tiene forma de saber que Pedro no es, en realidad Pedro, sino Juan. Se ha producido un cortocircuito entre *LPIo* y *Fo*; la abuela *quiere decir* «Juan», pero enuncia «Pedro». De modo que, si bien el sentido intenido es, por caso, «Ha llamado mi hijo», el sentido objetivo es «Ha llamado mi nieto».

Tampoco debemos confundir el sentido objetivo correctamente comprendido por el interlocutor con el sentido intenido que éste comprende equivocadamente por error o incompetencia propios. (En una situación delicada, incluso el buen intérprete suelta el sentido intenido para avanzar con pies de plomo, ajustándose al sentido objetivo. El malo, ni siquiera sabe que puede haber una diferencia y que su trabajo es, primero, distinguirlos, y luego decidir con toda responsabi-

49. Como sucedió con los interlocutores estalinistas y bomberos de Forman, que, por cierto, no eran los intendidos.

50. Preguntado por su traductor, Norman Thomas DiGiovanni, qué había querido decir mediante determinada metáfora en un de sus poemas juveniles, Borges no pudo recordarlo. Cambiada la situación, su propio sentido intenido indirecto se le escapaba y no le resultaba ya accesible por vía del intenido directo. En la misma entrevista, por cierto, mi gran compatriota aconsejaba a su traductor que no tradujera lo que había escrito sino lo que había querido decir, distinguiendo así entre sentido intenido y significado literal y dando la primacía al primero.

lidad cuál es el que debe reproducir, que es normalmente el entendido⁵¹. En otras palabras, el objeto por defecto de la reverbalización debería ser invariablemente el sentido entendido, que solo debiera ser desatendido en circunstancias excepcionales, exactamente como ocurre en la vida cotidiana.)

En nuestro caso, el sentido objetivo es, simplemente «Me lo tienen prohibido».

b) El sentido literal

Como acabo de precaver, el *sense objetivo* no debe equipararse al *sense literal*, que es la interpretación literal del significado lingüístico del enunciado, sin atender a los factores extralingüísticos pertinentes. Una de las características más enternecedoras de los niños es que son incapaces de ver más allá del sentido literal y lo confunden con el entendido (para ellos el sentido literal es el objetivo y, por ende, el entendido). En el filme homónimo, Forrest Gump cree literalmente que él y sus demás compatriotas están en la jungla vietnamita buscando a un tal Charley (que, como sabemos los menos jóvenes, es el mote con que los soldados norteamericanos llamaban a los combatientes del Viet Cong). Por cierto, pese a haber descubierto sentidos literales que pocos seres humanos podrían haber percibido, el sentido objetivo de «Times flies like an arrow» —que es metafórico— es precisamente el que el ordenador no pudo captar. Aquí vemos claramente la diferencia ontológica entre sentido objetivo y literal; porque ninguno de los lingüistas consultados fue capaz de percibir todos los sentidos literales de «Times flies like an arrow». Con el sentido literal, abandonamos la comunicación por el nivel inferior para adentrarnos en la esfera impersonal y abstracta de la lengua. Dejemos ya de hablar de sentido (de la expresión o comprensión de una intención de comunicar un *LP*) para hablar exclusivamente de significados lingüísticos, de semántica, de abstracciones no intencionales (¡y pobre del traductor que se aferra a este endeble madero cuando la comprensión ha naufragado!).

En nuestro caso, hay varios sentidos literales posibles: «Me lo tienen prohibido», «Me lo impiden», «No me abandonan», etc.

c) El sentido profundo

Añadamos una categoría indispensable, como veíamos con el ejemplo de Justine, para la interpretación psicoanalítica del texto: el *sense profundo* —incluidos los

51. Reproducir el sentido objetivo, o incluso literal, puede ser un dulce instrumento de venganza (ver Robinson (1991)) y no solo de prudencia.

efectos perlocutorios no intencionales— que viene del inconsciente y con frecuencia no tiene nada que ver ni con el entendido ni con el objetivo, y al que se accede siempre mediante una metarrepresentación⁵². Melville juraba que *Moby Dick* no tenía sentido alegórico. Si él lo creía sinceramente, nosotros no⁵³. Sabido es, por otra parte, que, además de los psicoanalistas, también los detectives, los analistas políticos y los sociólogos buscan sobre todo el sentido profundo, lo que el locutor no quiere decir conscientemente o pretende, incluso, ocultar. El sentido profundo es la última capa de la «cebolla textual» que he de pelar. Con ella, mi análisis abandona la comunicación por el nivel superior para meterse en la caja negra del inconsciente humano de la cual procede, junto con las demás acciones y sentimientos, todo enunciado.

De modo que el sentido profundo es comunicado inconscientemente por el locutor, el entendido proviene de su intención consciente, el objetivo es el terreno donde intervienen las convenciones entre locutor y interlocutor y el literal es la mera rasgadura de la superficie lingüística del enunciado sin considerar los factores extralingüísticos menos inmediatos. Sentido entendido directo y objetivo se perciben casi siempre en forma espontánea, mientras que el entendido indirecto y el profundo son siempre producto de una metarrepresentación (o de varias). También lo es, paradójicamente, el sentido literal, como que ninguno de los lingüistas consultados logró percibir todos los sentidos literales posibles de «Time flies like an arrow». En gran parte de los textos pragmáticos, por ejemplo en los artículos científicos sin intención polémica, sentido entendido y objetivo coinciden. El literal, por su parte, puede descuidarse en la certeza de que el lector sabrá cuándo ha de entender literalmente un enunciado y cuándo no, mientras

52. Según Allwood, el locutor no exhibiría ni manifestaría abiertamente el sentido profundo, sino que lo indicaría (*indicate*) sin proponérselo.

53. Por otra parte, si Melville mentía y sí tenía la intención consciente de escribir una alegoría, el sentido alegórico hubiera sido entendido indirecto. En todo caso, no creo que Sófocles estuviera al tanto del complejo de su Edipo ni, si a eso vamos, del suyo. En *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, Engels cita una interesantísima interpretación de *Las Euménides* de Esquilo como triunfo de la sociedad patriarcal sobre la matriarcal, cosa que el dramaturgo no pudo haber entendido concientemente. Otro caso interesante es el de Chanchy (the) Gardener, el personaje interpretado por Peter Sellers en *En el jardín (Being There)*, que le valió la candidatura al Oscar. Chance es un retrasado —un poco como el Forrest Gump que interpreta Tom Hanks— que se la pasa diciendo las trivialidades más obvias mientras todo el mundo lo toma por pensador profundísimo. Sus interlocutores sencillamente se niegan a tomarlo literalmente y proceden a toda suerte de metarrepresentaciones acerca de lo que «verdaderamente ha querido decir».

que el profundo pierde pertinencia. (Aunque sería un error pensar que, por colectivo o anónimo, un texto pragmático carece de sentido profundo, como puede apreciarse en el contenido de clase, racista o sexista de tantos anuncios publicitarios.) En un texto jurídico como la mentada Resolución 242, sin embargo, donde deben negarse al interlocutor artero todas las coartadas, el sentido literal resulta decisivo.

En nuestro caso, el sentido profundo sería «Tengo miedo, pero no quiero perder la cara admitiéndolo».

En torno al enunciado

a) El contexto lingüístico

El locutor produce su enunciado en función de su personalidad, de sus motivaciones, de la intención propia o ajena y del interlocutor previsto, y según su capacidad comunicativa y lingüística específicas. Resulta un enunciado lineal, cuyas diferentes unidades cobran vida lingüística propia en la cadena, dentro de un **contexto lingüístico** que precisa su significado semántico y gramatical. (Así, por ejemplo, merced al objeto directo, el «precisa» de la oración precedente se interpreta gramaticalmente como presente indicativo del verbo *precisar*, y no como adjetivo femenino singular, y semánticamente como sinónimo de *concretar* y no de *necesitar*⁵⁴).

En nuestro caso, es el contexto lingüístico el que permite comprender *dejar* como *dar consentimiento*.

b) El contexto extralingüístico

Lo demás –la entonación y los gestos que acompañan la oralidad, o las ilustraciones y disposición gráfica y tipográfica específicas de los textos escritos– constituyen lo que llamo **contexto extralingüístico**, que, como el lingüístico, suele contribuir decisivamente a la interpretación del enunciado y de las diferentes capas de sentido. Distingo, como recordarás, dos componentes básicos: *paralin-*

54. Recientemente se ha publicado un libro dedicado a la forma como los hablantes interpretan semánticamente los enunciados sobre la base del principio de la pertinencia (Rouchota y Jucker 1998). Sin desdeñar este tipo de análisis, pienso que la proyección semántica que hace todo interlocutor sobre cualquier cadena que lo estimule es casi siempre automática, inconsciente. Desde el punto de vista de la producción, comprensión y «re-producción» del habla, este tipo de análisis es, en el mejor de los casos, meramente auxiliar.

güístico o *suprasegmental* –como la entonación o su equivalente tipográfico– inseparable del enunciado, y *perilingüístico* –como los gestos o la diagramación gráfica– que se le añade. Me viene a la memoria una colega que debía traducir del ruso al español, a fuer de mera lengua, el catálogo de una exposición de fotografías. Una llevaba por título *Djévushka s ljéikoj*, es decir *Muchacha con regadera...* aunque quizás *con cámara fotográfica*, es decir con una *Leika*. O, sin ir más lejos, el comienzo de *El principito*, donde en lugar de una descripción minuciosa, St. Exupéry nos muestra el dibujo del personaje que, dice, hizo después. El texto del catálogo y hasta cierto punto el de la novela están casi a la merced de su contexto gráfico.

En nuestro ejemplo, es el contexto extralingüístico el que permite que «No me dejen» se refiera a meterse en la piscina.

c) El escenario del acto de habla

Texto y contexto van, además, situados en un **escenario** en el que se actualizan las coordenadas de tiempo, espacio y persona, el *dónde*, *cuándo* y *quiénes* inmediatos. Se trata del marco de las relaciones anafóricas y catafóricas, tan indispensable para el intérprete de conferencia o el subtitulador de filmes, ya que los deícticos pueden ahorrar una gran cantidad de sílabas.

En nuestro ejemplo, el escenario es la piscina del amigo de Pedrito.

d) Las circunstancias del acto de habla

El escenario no es más que la plataforma en que intervienen las **circunstancias**, el *quién*, *a quién*, *para qué*, *a raíz de qué*, *por qué*, *cuándo* y *dónde* más latos. Las circunstancias representan las causas y efectos inmediatos de la comunicación en vivo o, al menos, en tiempo real (noticias, reportajes, informes periodísticos, avisos publicitarios y toda la literatura del momento). Explico a qué se debe que distinga *a raíz de qué* de *por qué*. Esta es la motivación consciente fundamental: General Motors hace publicidad porque quiere lucrar; pero *este* aviso de *este* modelo de *este* año se publica a raíz, precisamente, de que existe un nuevo modelo, y su forma (lingüística y gráfica, así como el tipo de campaña) obedece a un cálculo *ad hoc*. El *a raíz de qué* es siempre una reacción inmediata a las demás circunstancias del habla. En mi desarrollo del modelo landiano (como en el original) todas estas circunstancias que dan pie concreto a la motivación y a la intención pragmática o en las cuales se realizan en el acto de habla se encuentran

condensadas en la situación, pero, como acabo de hacerlo, nada impide distinguirlas.

En nuestro caso, las circunstancias son las que obligan a Pedrito a buscar la excusa.

e) El acervo de conocimientos pertinentes

Locutor e interlocutor(es) se comunican y comprenden activando un **acervo de conocimientos pertinentes**, es decir porciones de su conocimiento general del mundo que permiten, en un caso, cristalizar el sentido intenido en el enunciado y, en el otro, la sinapsis del sentido: ese *clic* en el que las unidades más o menos discretas de la cadena signica se interpretan cada tanto como unidades de sentido (los *LPC* que se articulan en el espacio perceptual); o sea, la eclosión de la percepción lingüística en sentido comprendido. De los saberes prácticos del mundo pertinente (¡como también de la inteligencia y sensibilidad, formantes decisivos si los hay!) dependen la accesibilidad, asociabilidad y evocabilidad de la información necesaria para producir y comprender el sentido. La comunicación resulta más sencilla y eficiente cuanto mayor es el saber compartido y, más aún, cuando ese saber se *sabe* compartido (Neubert 1985), como, supongo, es nuestro caso. Aun así, hay esferas que individualmente se nos escapan a unos u otros. Me he referido a la organización temático-remática de la cadena de signos y a la sinapsis del sentido sin tener la certeza de que todos los lectores fueran a saber de qué se trataba, procurando explicarlo de modo de no ofender a los que lo ignoran ni a los que lo saben. También se han deslizado la concepción psicoanalítica del individuo y marxista de la sociedad. Las sempiternas generalizaciones, típicas de toda traducción, no son sino un esfuerzo por reducir a un ámbito más eficazmente gestionable el saber pertinente y optimizar así la ergonomía del procesamiento del discurso por parte del interlocutor, es decir, la pertinencia. La comunicación, recordémoslo, opera inferencialmente y se torna más eficiente en la medida en que el estímulo lingüístico, paralingüístico y perilingüístico conduzcan más directamente a las implicaturas y demás meta-representaciones pertinentes.

En nuestro ejemplo, tanto Pedro como sus amiguitos activan los conocimientos que permiten pasar por alto los diferentes sentidos literales, enriquecer el sentido objetivo e inferir que quienes supuestamente no le dejan meterse en el agua son sus padres.

f) El «mundillo»

Amén de los saberes generales activados para la producción y comprensión del sentido, existen esquemas de precomprensión (temáticos y otros) y prácticas sociales específicos de la situación concreta y que son la marca distintiva del acto de habla, eso que García Landa llama el *mundillo*. En nuestro caso, todo lo directamente relacionado con la teoría y práctica de la traducción –que es lo que le interesa a cualquiera que compre un libro sobre teoría de la mediación interlingüe– más las convenciones que rigen este tipo de publicación.

En nuestro caso, el mundillo es el del grupo de amiguitos reunidos para jugar en casa de uno de ellos una tarde de verano.

g) La cultura

Por último, el locutor y, desde luego, su texto son producto, reflejo y parte de una *cultura*, definida en términos generales como el receptáculo de la experiencia del grupo social: los valores, saberes, hábitos, gustos y afectos históricamente condicionados a través de los cuales cada ser humano filtra lo que dice y lo que oye. Huelga decir que el interlocutor puede pertenecer a una cultura diferente de la del locutor (como es sistemáticamente el caso de los destinatarios de una traducción). La cultura, como es natural, es, a su vez, una categoría compleja. Varía con la nacionalidad, la edad, el sexo, la profesión, el origen de clase, la ideología, la época y tantísimos otros factores que en mayor o menor medida influyen en cada acto de producción y comprensión del habla. En el modelo de García Landa, estos aspectos están condensados en el exponente *P*, pero, como aquí, nada impide detallarlos.

No es posible –ni necesario– escindir con un bisturí los saberes prácticos y los correspondientes esquemas de precomprensión específicos del mundillo de los más generales que la comprensión mutua requiere. García Landa opta por hablar de dos categorías porque los esquemas generales no son privativos del «mundillo», en tanto que cada mundillo activa ciertas esferas concretas, diferentes de las activadas por otros (los *frames*, *scenes* y *scenarios* o escenas, fotografías y guiones, propios del escenario y las circunstancias del acto de habla son, por definición, constitutivos del «mundillo»). En una reunión, el intérprete participa básicamente de dos mundillos parcialmente traslapados, el de la reunión propiamente dicha (tema, procedimientos, etc.), que comparte con los delegados, pero en el cual es, en verdad, un advenedizo, y el de la interpretación simultánea (los colegas, la cabina, el cliente, etc.).

La cadena de signos, al funcionar dentro del conjunto de actividades y relaciones en el campo exponencial del acto de habla, por su parte, puede modificar, recrear o inventar nuevamente los diversos niveles. Cada personaje de cualquier novela tiene su propia personalidad e intención, y está ubicado dentro de su entorno social, circunstancias, mundo pertinente y cultura específicos.

En nuestro caso, es propio de la cultura pequeñoburguesa occidental que los niños jueguen solos alrededor de la piscina privada y que los padres les prohíban meterse en el agua, como lo es que los pequeños sean ya conscientes de la necesidad de salvar la cara.

Del otro lado del enunciado

a) La personalidad del interlocutor

Todo acto de habla es dirigido a una **personalidad** (o culmina en la comprensión de una personalidad que no es la intendida) individual o colectiva, síntesis de factores psicológicos, intelectuales y sociales, conscientes e inconscientes, que influyen o determinan su conducta hablística, es decir, la forma y el contenido de su comprensión y los efectos que produce en ella. El modelo no la incorpora explícitamente, pero nada impide hacerlo.

En nuestro caso, tenemos a un grupo de niños seguramente más o menos homogéneo que buscan divertirse.

b) Los criterios de aceptabilidad del interlocutor

La intersección de la personalidad del interlocutor (que puede ser institucional o de carne y hueso) y la necesidad, o deseo (o resistencia) consciente o inconsciente de comprender algo de alguien se sintetiza en los **criterios de aceptabilidad** de aquel. Pueden ser los criterios de un interlocutor concreto –de una persona histórica, social y psicológicamente condicionada– o los de una «institución» igualmente condicionada pero despersonalizada, a menudo materializada en un interlocutor anónimo y no pertinente (como la secretaria que toma un mensaje para su jefe). Pero quede claro que aun cuando no podemos hablar de un interlocutor individual y concreto, sigue habiendo detrás de la comprensión el Estado, un grupo social, intereses que la producen o encargan.

La motivación para comprender puede ser de diversa índole: enterarse de cierta información verdadera o falsa, mostrar u ocultar interés, dar una impresión genuina o falaz a determinado locutor individual o colectivo, disfrutar, entretenerse, etc. Ese locutor puede ser real o imaginario, o bien, recordémoslo, incluso

el propio interlocutor en diálogo consigo mismo. He distinguido la motivación inconsciente de la consciente porque a veces están reñidas la una con la otra. La psicología individual o colectiva del interlocutor (deshablado o no en originador interlocutor propiamente dicho) rige igualmente el cálculo táctico y estratégico de qué actitud adoptar ante quién, en qué momento y cómo. Además, dicha comprensión se produce en función de la competencia retórica y lingüística del interlocutor, ella misma parte de la competencia necesaria para comprender el discurso.

Los criterios de aceptabilidad son, entonces, el punto donde convergen las motivaciones y/o resistencia conscientes e inconscientes del interlocutor. Con el desarrollo del acto de habla estos criterios pueden, sin duda, cambiar, pero podemos postular que son siempre previos a la comprensión.

En nuestro caso, los niños estarán más o menos dispuestos creer la excusa o, al menos, a aceptarla. Su reacción dependerá de cómo la tomen.

c) El sentido comprendido por el interlocutor

Hasta ahora he hablado del sentido como entendido por el locutor o de alguna manera presente en la cadena de signos (lo cual, repito, no es más que una ilusión del que comprende o cree comprender).

Veamos lo que pasa en el otro extremo de la comunicación. Al otro lado del enunciado aparece el **sentido comprendido**, que es lo que el interlocutor produce al final del acto de habla, su interpretación de los sentidos literal, objetivo, entendido y profundo. Los diferentes grados de comprensión dependen grandemente de la personalidad y disposición del interlocutor (incluidos su inteligencia, conocimientos, intereses y sensibilidad), de manera más o menos análoga a la del locutor. Si sentidos entendido, objetivo, literal, profundo y comprendido fuesen siempre idénticos la comunicación sería ideal. Entre esos extremos subjetivos que son el sentido que el locutor procura transmitir y el que el interlocutor comprende tenemos los aspectos materiales de la comunicación, incluido su vehículo lingüístico. Repito que el que los diversos aspectos del sentido no sean siempre idénticos no merma la validez del modelo: cada acto de comprensión del sentido es, de hecho, diferente (incluso cuando la misma persona comprende el mismo enunciado por segunda o enésima vez). Aun así, en la medida en que se dé una identidad pertinente entre *LPI* y *LPC*, la comunicación habrá prosperado. No estoy afirmando que esa identidad se dé invariablemente, sino que me limito a postular su existencia como condición indispensable para el éxito de la comunicación. Si el locutor ha querido decir una cosa y el interlocutor ha entendido otra,